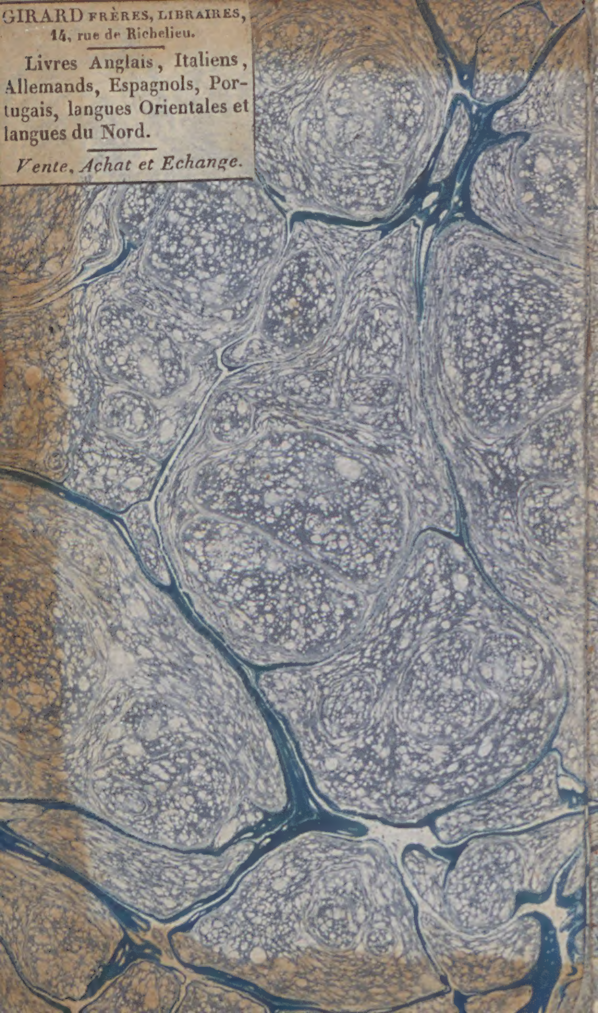
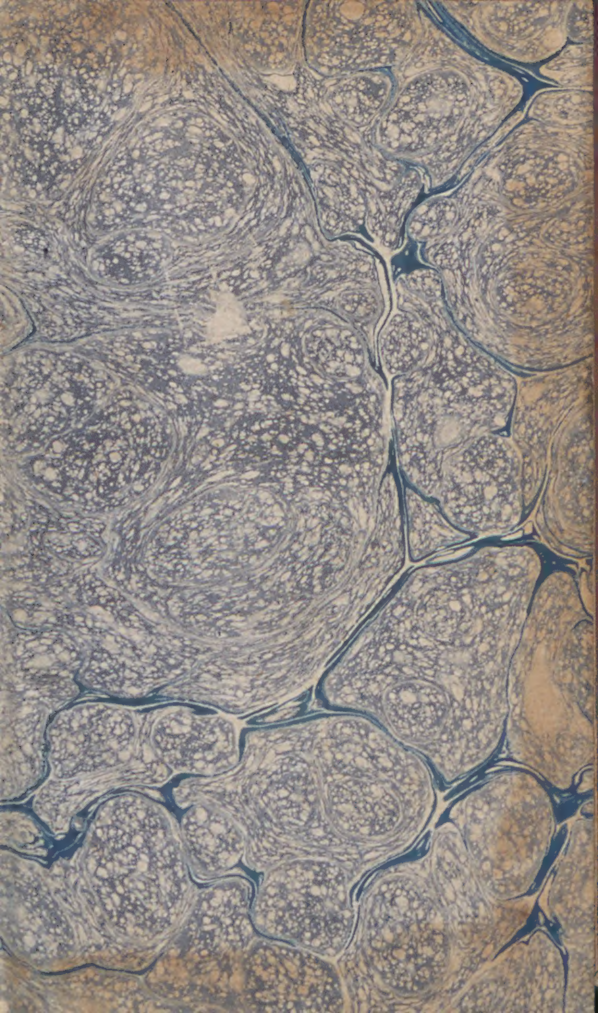



GIRARD FRÈRES, LIBRAIRES,
14, rue de Richelieu.
Livres Anglais, Italiens, Allemands, Espagnols, Portugais, langues Orientales et langues du Nord.
Vente, Achat et Echange.







J. J. Rousseau.

DISCURSO

SOBRE

EL ORÍGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD DE CONDICIONES ENTRE LOS HOMBRES.

POR J.-J. ROUSSEAU.

PUESTO EN CASTELLANO POR M***.

REVISTO Y CORREGIDO.

Non in depravatis, sed in his quœ benè secundùm naturam se habent, considerandum est quid sit naturale.

ARISTOT., Politic. lib. I.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE JOSÉ DEL COLLADO.

1822.

CUESTION

Propuesta por la Academia de Dijon.

Cual es el orígen de la desigualdad entre los hombres, y si esta desigualdad se halla autorizada por la ley natural?

PREFACIO.

El mas útil de todos los conocimientos humanos, y en el que menos progresos se han hecho, me parece ser el del hombre (*a*), y me atrevo á decir que la sola inscription del templo de Délfos contenia un precepto mas importante y mas difícil que todos cuantos se hallan en los gruesos volúmenes de los moralistas. Por esta razon yo miro el asunto de este Discurso como una de las cuestiones mas interesantes que la filosofía puede proponer; y desgraciadamente para nosotros, como una de las mas escabrosas de cuantas los filósofos puedan resolver. Porque, ¿como es posible conocer el orígen de la desigualdad entre los hombres, sino se principia por conocerlos á ellos? ¿Y de que modo el hombre conseguira verse tal como la naturaleza lo ha formado, en medio de todas las mutaciones que la sucesion de los tiempos y de las cosas ha debido producir en su constitucion original, y distinguir lo que tiene de si propio, de aquello que las circunstancias y sus progresos han añadido ó cambiado de su estado primitivo? Igual á la estatua de Glauco, (á la que el tiempo, el mar y las borrascas habian de tal modo desfigurado, que parecia mas bien á una fiera, que á un Dios) el alma humana alterada en el seno de la sociedad por mil causas sin intermision renacientes, por la adquisicion de una multitud de conocimientos y de errores, por las variaciones acaecidas á la constitucion de

los cuerpos, y por el choque continuo de las pasiones, ha cambiado de aspecto hasta el grado de ser casi desconocida; y en lugar de un ser que obrase siempre por principios ciertos é invariables, y de aquella celeste y magestuosa simplicidad de que su autor la habia dotado, está el disforme contraste de la pasion que cree razonar, y del entendimiento en delirio.

Lo que hay de mas cruel, es que todos los progresos de la especie humana (alejandola sin cesar de su estado primitivo, á proporcion que le acumulan nuevos conocimientos) nos disminuyen y quitan los medios de adquirir el mas importante de todos; y á fuerza de estudiar al hombre, nos hallamos en una situacion distante de poder conocerlo.

Es facilísimo ver que en estas variaciones ó mutaciones sucesivas de la constitucion humana debe buscarse el orígen primitivo de las diferencias que distinguen á los hombres, los cuales, de un comun consentimiento, son naturalmente tan iguales entre ellos como lo eran los animales de cada especie, ántes que diversas causas físicas hubiesen introducido en algunos de ellos las variaciones que observamos. En efecto, no puede concebirse que estas primeras mutaciones (sea cual fuese el móvil que las haya producido) puedan haber alterado, á un mismo tiempo y del mismo modo, todos los individuos de la especie: pero habiéndose los unos perfeccionado ó deteriorado, y ha-

biendo aquirido diversas cualidades buenas ó malas, que no eran inherentes á su naturaleza; los otros permanecieron por mas largo tiempo en su estado original; y tal fue entre los hombres el orígen de la desigualdad; y es mucho mas fácil demostrar esto en general, que designar con precision y exactitud las verdaderas causas.

Mis lectores no se imaginen por esto, de ningun modo, que yo oso jactarme de haber llegado á distinguir lo que me parece y creo tan dificil. He principiado algunos raciocinios; me he atrevido á presentar algunas conjeturas, no tanto con el objeto y esperanza de resolver la cuestion, como con la intencion y deseo de aclararla y reducirla á su verdadero estado. Otros podran fácilmente ir mucho mas allá, sin que sea dado á nadie llegar al término; pues no es pequeña empresa distinguir lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza actual del hombre, y conocer á fondo un estado que ya no exîste, que no ha existido tal vez, que probablemente no existirá jamas, y del cual es necesario tener nociones exactas para poder juzgar con fundamento de nuestro estado presente. Necesitará tener mucha mas filosofía que la que se imagina, aquel que trate de determinar exactamente las precauciones que deben tomarse, para poder hacer sobre este asunto observaciones é indagaciones sólidas: y una buena solucion del problema siguiente, no me pareceria indigna de los Aristóteles, y de los Plinios de nuestro siglo.

¿Qué esperiencias serian necesarias para llegar á conocer al hombre natural? y cuales son los medios para poder hacerlas en el seno de la sociedad? Lejos de tratar de resolver este problema, creo haber meditado bastante la importancia del asunto, para atreverme á decir con anticipation, que los mayores filósofos no serán suficientemente aptos para dirigir estas esperiencias, ni los soberanos mas poderosos para hacerlas: concurso que no es casi posible, sobre todo con la perseverancia ó mas bien con la sucesion de luces y de buena voluntad que se requieren de una y otra parte, para conseguir el éxito.

Estas investigaciones tan imposibles de hacerse, y á las cuales se ha pensado tan poco hasta aquí, son sin embargo los únicos medios que nos quedan para poder estinguir una multitud de dificultades que nos ocultan y sustraen el conocimiento de las reales y verdaderas bases de la sociedad humana. Ésta ignorancia de la naturaleza del hombre es la que arroja tanta incertidumbre y oscuridad sobre la verdadera definicion del derecho natural: porque la idea del derecho, dice el señor Burlamaqui, y mucho mas la del derecho natural, son sin contradiccion, ideas relativas á la naturaleza del hombre. De la naturaleza misma del hombre, continua dicho señor, de su constitucion y de su estado, es necesario deducir los principios de esta ciencia.

No puede verse sin sorpresa y sin escándalo la divergencia que reina sobre tan importante materia entre los diversos Autores que han tra-

tado de ella. Entre los mas graves escritores, apenas podrán hallarse dos del mismo parecer sobre este punto. Sin hablar de los antiguos filósofos (que parece haber tenido por único objeto el contradecirse sobre los principios mas fundamentales) los jurisconsultos romanos someten indiferentemente al hombre y á los demas animales á la misma ley natural, porque consideran mas bien bajo este nombre la ley que la naturaleza se impone á sí misma, que aquella que prescribe; ó á causa de la acepcion particular segun la cual estos jurisconsultos entienden la voz ley, que parecen no haber tomado en esta circunstancia, sino por la espresion de las relaciones generales establecidas por la naturaleza, entre todos los seres animados, para la comun conservacion. Los modernos, no reconociendo, bajo el nombre de ley, sino una regla prescrita á un ser moral, es decir inteligente, libre y considerado en sus relaciones con otros seres, limitan por consecuencia al solo animal dotado de razon (es decir al hombre) la competencia de la ley natural: pero definiendo á esta ley cada uno á su modo, la establecen todos sobre principios tan metafisicos, que se hallan, aun entre nosotros, muy pocas personas en estado de conocer estos principios, y muy distantes de poder hallarlos dentro de si mismos. De suerte que todas las definiciones de esos sabios, casi en perpetua contradiccion sobre ellas, se hallan de acuerdo solamente en que es imposible entender la ley de la naturaleza, y por consecuencia el obedecerla, sin ser un gran investigador y un profundo metafísico: lo

cual significa justamente, que los hombres han empleado, para el establecimiento de la sociedad, luces que no se descubren, ni se manifiestan sino á fuerza de un inmenso trabajo, y á muy pocas personas, aun en el seno mismo de la sociedad.

Conociéndose tan poco la naturaleza, y acordandose tan mal sobre el verdadero sentido de la voz ley, será casi imposible convenir en una definicion exacta de la ley natural. Todas cuantas se hallan en los libros, (ademas del defecto de no ser uniformes) tienen el de ser emanadas de muchos conocimientos, que naturalmente no tienen los hombres; y de las ventajas que han producido; de las cuales no pueden concebir la idea sino despues de haber salido del estado natural. Principian todos por inquirir y buscar las reglas, de las cuales seria mucho mejor para la utilidad comun que los hombres conviniesen entre sí, y despues dan el nombre de ley natural á la coleccion de estas reglas, sin otra prueba en su apoyo, que el bien que piensan debia resultar y resultaria infaliblemente de su práctica universal. Ved aquí un método muy cómodo de componer definiciones, y de esplicar la naturaleza de las cosas por medio de convenciones casi arbitrarias.

Hasta tanto que no conozcamos al hombre natural, es inútil querer determinar, fijar y conocer la ley que ha recibido, ó aquella que convendria mejor á su constitution. Todo cuanto podemos ver distintamente con relacion al objeto de esta ley, es que no solamente es necesario,

para ser ley, que la voluntad de aquel á quien obliga pueda someterse á ella con conocimiento, si no que es forzoso aun, para que sea natural, que hable inmediatamente por la voz y órgano de la naturaleza.

Dejando aparte, pues, todos los libros científicos, que no nos enseñan sino á ver á los hombres tales como ellos se han formado, y meditando sobre las primeras y mas simples operaciones del alma humana; yo creo descubrir en ella dos principios anteriores á la razon; el uno es aquel que nos estimula é interesa poderosa y ardientemente á nuestro bien estar y á nuestra propia conservacion; y el otro aquel que nos inspira una repugnancia natural de ver perecer ó sufrir á todo ser sensible, y principalmente á nuestros semejantes. Del concurso y de la combinacion que nuestro entendimiento puede hacer de estos dos principios (sin que sea necesario recurrir al de la sociabilidad) me parece que emanan ó provienen las reglas del derecho natural, reglas que la razon está en seguida obligada á restablecer sobre otras bases, luego que por sus descubrimientos sucesivos ha llegado al punto de sofocar ó de estinguir la naturaleza.

Por esta causa no se debe pretender hacer del hombre un filósofo antes de hacerlo hombre: sus deberes para con sus semejantes no le han sido dictados únicamente por las lecciones tardías de la sabiduría; y en tanto que no resista á la impulsion interior de la conmiseracion, no hará jamas mal á otro

hombre, ni aun á ningun ser sensible, escepto en los casos legítimos en que su conservacion se encuentre comprometida ó interesada; pues en esta posicion está obligado á darse la preferencia á sí mismo. Por este medio se terminan igualmente las antiguas disputas sobre la participacion de los animales á la ley natural; pues es evidente que privados de luces y de libertad, no pueden reconocer esta ley; mas teniendo de algun modo cierta conexion con nuestra naturaleza, por la parte sensible de que se hallan dotados, se deducirá, que deben participar tambien del derecho natural, y que el hombre está obligado para con ellos á cumplir cierta especie de deberes. Parece en efecto, que si estoy obligado á no hacer ningun mal á mi semejante, es mucho menos porque séa un ser razonable, que con motivo de que es un ser sensible: cualidad que siendo comun al hombre y á la bestia, debe á lo menos dar á esta el derecho de no ser maltratada inutilmente por él.

Este mismo estudio del hombre original, de sus verdaderas necesidades, y de los principios fundamentales de sus deberes, es el solo medio que puede emplearse para aclarar las infinitas dificultades que se presentan sobre el orígen de la desigualdad moral; sobre los verdaderos fundamentos del cuerpo político; sobre los derechos recíprocos de sus miembros; y sobre otras mil cuestiones tan importantes como mal aclaradas.

Observando la sociedad humana de un modo tranquilo y desinteresado, parece no presenta otro aspecto sino el de la violencia de los hom-

bres poderosos, y la opresion de los débiles: él espíritu se irrita é indigna contra la tiranía de los unos, y se vé insensiblemente forzado á deplorar la ceguedad de los otros, pero como nada es menos estable entre los hombres que estas relaciones esteriores, que la casualidad produce con mas frecuencia que la rectitud y la sabiduría, y á las que llaman debilidad ó potencia, riqueza ó pobreza, los establecimientos humanos parecen á primera vista fundados sobre montones de arena movibles: examinandolos de cerca, despues de haber separado el polvo y la arena que circunvalan al edificio, puede apercibirse la base inmobil sobre la cual se halla establecido, y se aprende á respetar los cimientos. De aqui se sigue, que sin el estudio serio del hombre, de sus facultades naturales, y de sus progresos sucesivos, no se podrá jamas conseguir hacer estas distinciones, y separar en la actual constitucion de las cosas, lo que ha hecho la voluntad divina, de aquello que el arte humano ha pretendido hacer. Las investigaciones políticas y morales, á las cuales da lugar la importante cuestion que examino, son por consecuencia útiles de todas maneras, y la historia hipotética de los gobiernos es para el hombre una leccion instructiva á todas luces. Examinando y considerando lo que hubieramos sido, abandonados á nosotros mismos, debemos aprender á bendecir á aquel cuya mano bienhechora, corrigiendo nuestras instituciones y dándoles un asiento firme, sólido é inmoble, ha prevenido los desórdenes que debian resultar,

y producido nuestra felicidad por los mismos medios que parecia deber oponerse á ella y colmar nuestra miseria.

Quem te Deus esse
Jussit, et humana qua parte locatus es in re.
Disce.

ADVERTENCIA

SOBRE LAS NOTAS.

He añadido algunas notas á esta obra, segun mi costumbre perezosa de trabajar por intervalos. Estas notas se apartan demasiado del, asunto, algunas veces, y no siendo á propósito para leerse con el testo, las he colocado por esta causa al fin del Discurso, en el cual he procurado seguir lo mejor que me ha sido posible el camino mas recto. Aquellos que tengan ánimo para volver á principiar, podrán recrearse y entretenerse segunda vez en descubrir el espíritu, y aventurarse á

recorrer las notas; y no será de modo alguno gran mal que los otros no las lean.

INDICE.

DISCURSO

SOBRE

EL ORÍGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD DE CONDICIONES ENTRE LOS HOMBRES.

El hombre es de quien tengo que hablar; y la cuestion que examino, me manifiesta palmariamente que voy á hablar á hombres: porque semejantes discusiones no deben proponerse quando se teme honrar á la verdad. Yo defenderé enfin, con energía y confianza, la causa de la humanidad delante de los sabios que me estimulen á ello, y me creeré feliz y estaré contento de mí mismo, si me hago digno, por mi zelo, de mi asunto y de mis jueces.

Yo concibo en la especie humana dos clases de desigualdades, la una que llamo natural ó física, creyendo que se halla establecida por la naturaleza, y que consiste en la diferencia de las edades,

de la salud, de las fuerzas del cuerpo, y de las cualidades del espíritu ó del alma: la otra, que puede llamarse desigualdad moral ó política, porque depende de un género de convencion, y que se encuentra establecida, ó autorizada por el consentimiento de los hombres. Esta consiste en los diferentes privilegios de que gozan algunos con perjuicio de los demas, como son, el ser mas ricos, mas ennoblecidos, mas poderosos, y tambien el de hacerse obedecer.

No se puede preguntar cual es el orígen de la desigualdad natural, porque la respuesta se hallaria enunciada en la simple definicion de la voz. Menos aun podria buscarse y analizarse, si hay o pudo haber] alguna liga ó analogía esencial entre las dos desigualdades; porque esto seria preguntar, en otros términos, si los que mandan, valen esencialmente mas que los que obedecen; y si la fuerza del cuerpo ó del espíritu, la sabiduría ó la virtud, se hallan siempre en los mismos individuos en proporcion del poder ó de la riqueza: cuestion excelente para que la agitasen y discutiesen los

esclavos que conociesen á fondo á sus amos, pero no los hombres razonables y libres, que buscan la verdad.

¿De que se trata, pues, esencial y principalmente en este discurso? de señalar y dar á conocer en el progreso de las cosas el momento, en el cual el derecho sucediendo á la violencia, la naturaleza fue sometida á la ley: esplicar por que encadenamiento de prodigios el fuerte pudo resolverse á servir al débil, y el pueblo á comprar un reposo ideal por el precio de una felicidad efectiva.

Los filósofos que han examinado los fundamentos de la sociedad, han conocido la necesidad de remontar hasta el estado natural, pero ninguno de ellos ha podido llegar á él. Los unos no han fluctuado en suponer al hombre en este estado la nocion de lo justo y de lo injusto, sin curarse de manifestar y probar que debió tener esta nocion, ni menos que le fue útil. Los otros han hablado del derecho natural que cada uno tiene de conservar lo que le pertenece, sin explicar lo que ellos entendian por pertenencia. Y algunos otros, dando sin dificultad al mas fuerte la autoridad sobre el mas débil, han al hecho momento

nacer el gobierno, sin hacer caso del tiempo que debió trascurrir antes que el significado de las voces *autoridad* y *gobierno* pudiese existir entre los hombre

Enfin hablando todos sin cesar, de necesidad, de codicia, de opresion, de deseos y de orgullo, han transmitido al estado natural las ideas que ellos habian adquirido en la sociedad: trataban del hombre sálvage, y pintaban al hombre civil. No ha pasado siquiera por la idea á la mayor parte de los nuestros el dudar que el estado natural hubiese existido, no obstante ser evidente (segun lo manifiestan los libros sagrados) que el primer hombre, habiendo recibido inmediatamente de Dios luces y preceptos, no podia hallarse por ningun titulo en tal estado, y que añadiendo á los escritos de Moises la fe que les debe todo filósofo cristiano, es forzoso negar que, aun antes del diluvio, los hombres se hubiesen jamas encontrado en el estado puro de la naturaleza; á menos que no hubiesen vuelto á él por algun acaecimiento estraordinario: paradoja bastante difícil de defender, y del todo imposible de probar.

Principiemos pues por separar todos los hechos, respecto á que no tocan, ni tienen relacion con la cuestion. No es necesario hacer caso de las investigaciones con las cuales se puede entrar en materia sobre este asunto, por medio de las verdades históricas: valgámonos solamente de razonamientos hipotéticos y condicionales, mucho mas á propósito para aclarar la naturaleza de las cosas, que para manifestar el verdadero origen, y muy parecidos á aquellos que hacen diariamente nuestros físicos acerca de la formacion del mundo. La religion nos obliga á creer que Dios habiendo sacado á los hombres del estado natural, inmediatamente despues de la creacion, no son iguales porque no tuvo á bien que lo fuesen: mas la religion no nos prohibe formar conjeturas sacadas de la naturaleza sola del hombre, y de los seres que le rodean, y sobre lo que hubiera llegado á ser el género humano si hubiese permanecido abandonado á sí mismo. Ved aquí lo que se me pide, y lo que me propongo examinar en este discurso. Mi asunto interesa al hombre en general: trataré de adoptar un lenguage que convenga á todas las naciones, ó mas

bien (olvidando el tiempo y los lugares, para no pensar sino en los hombres á quienes hablo) me supondré en el liceo de Atenas, repitiendo las lecciones de mis maestros, teniendo por jueces á los Platones y á los Xenócrates, y al género humano por oyente.

O hombre! de cualquier region que seas, y sean cuales fuesen tus opiniones, escucha: ve aquí tu historia, tal cual he creido leerla, no en los libros de tus semejantes que son engañosos, sino en la naturaleza que no miente jamas. Todo cuanto será suyo, es verídico: no habrá nada falso sino aquello que yo haya mezclado de mi pertenencia sin querer. Los tiempos de que voy á hablar están muy distantes. ¡ Ah, y cuanto has cambiado de lo que eras! Es, por decirlo así, la vida de tu especie la que voy á describirte con relacion á las cualidades que has recibido, y que tu educacion y costumbres han podido depravar, pero no destruir. Hay, lo conozco, una edad en la que el hombre individual querria detenerse: tú buscarás la edad en la cual desearias que tu especie se hubiese fijado. Descontento de tu estado presente, por

razones que anuncian á tu posteridad desgraciada mayores disgustos, puede ser que quisieras poder retregradar; y ese sentimiento ó deseo hace el elogio de tus primeros abuelos, la crítica de tus contemporáneos y el horror de aquellos que tendrán la fatal desgracia de vivir despues que tú.

PRIMERA PARTE.

Por mas importante que sea para juzgar bien del estado natural del hombre, considerarlo desde su orígen, y examinarlo, por decirlo así, en el primer embrion de la especie, yo no seguiré su organizacion por medio de sus progresos sucesivos: no me detendré á inquirir y buscar en el sistema animal aquello qué pudo ser al principio, para llegar á ser lo que es. No examinaré si (como lo piensa Aristóteles) sus uñas alargadas fueron garras corvas; si era velludo como un oso, y sí, marchando en cuatro pies (*b*), dirigiendo sus miradas ácia la tierra, y circunscrito á un horizonte de algunos pasos, manifestaba á un mismo tiempo el carácter y los límites de sus ideas. Yo no podré formar sobre esta materia, sino conjeturas vagas, y casi imaginarias. La anatomía comparada ha hecho aun muy pocos progresos, y las observaciones de los naturalistas son todavía

davía muy inciertas, para que se pueda establecer sobre semejantes fundamentos la base de un razonamiento sólido : así, sin recurrir á los conocimientos sobrenaturales que tenemos respecto á este objeto, y sin tener en consideracion las mutaciones que han debido sobrevenir en la conformacion, tanto interior como esterior del hombre, á medida que aplicaba sus miembros á nuevos usos, y que se nutria de nuevos alimentos, le supondré conformado de todo tiempo como le veo hoy, marchando en dos pies, sirviéndose de sus manos del mismo modo que nosotros, dirigiendo sus miradas sobre toda la naturaleza, y midiendo con sus ojos la vasta estension del cielo.

En despojando este ser, así constituido, de todos los dones sobrenaturales que ha podido recibir, y de todas las facultades artificiales que no ha podido adquirir sino por largos progressos ; y considerándole, en una palabra, tal cual ha debido salir de las manos de la naturaleza, no veo sino un animal más débil que los unos, y menos ágil que los otros ; pero á todo respecto organizado con ventajas muy superiores á todos : yo le veo saciándose debajo de una en-

cina, desalterándose en el primer arroyo, hallando su cama al pie del mismo árbol que le ha suministrado su comida. Y ved aquí sus necesidades satisfechas.

La tierra abondonada á su fertilidad natural (*c*), y cubierta de bosques inmensos que la hacha no mutiló jamas, ofrece á cada paso almacenes y acogidas á los animales de toda especie. Los hombres dispersados entre ellos, observan, imitan su industria, y se elevan de este modo hasta el instinto de las bestias, con esta ventaja, que cada especie no tiene sino el suyo propio, y que el hombre, no teniendo tal vez ninguno que le pertenezca, se los apropia todos, se nutre igualmente de la mayor parte de los alimentos diversos (*d*), que los otros animales se dividen, y halla por consecuencia la susistencia con mucha mas facilidad que puede hacerlo cualquiera de ellos.

Acostumbrados desde la infancia á las intemperies del aire, y al rigor de las estaciones, egercitados en la fatiga, y obligados á defender, desnudos y sin armas, sus vidas y sus presas contra las bestias feroces, ó bien á evitarlas por la carrera, los hombres se forman un

temperamento robusto y casi inalterable: los hijos trayendo al mundo la escelente constitucion de sus padres, y fortificándola por los mismos egercicios que la han producido, adquieren de este modo todo el vigor de que la especie humana es capaz. La naturaleza en esta parte obra con ellos de la misma manera que la ley de Esparta con los hijos de los Ciudadanos: ella vuelve fuertes y robustos á los que están bien constituidos, y hace perecer á todos los demas: diferente en este punto de nuestras sociedades, en las cuales el Estado, haciendo à los hijos onerosos á los padres, los mata indistamente antes de nacer.

El hombre salvage, siendo su cuerpo el único instrumento que conoce, lo emplea á diversos usos de los cuales, por la falta de egercicio, nuestros cuerpos son incapaces; y es precisamente nuestra industria la que nos quita la fuerza y la agilidad que la necesidad nos obliga á adquirir. Si hubiera tenido una hacha, ¿su puño romperia tan fuertes y gruesas ramas? ¿Si hubiera tenido una honda, tiraria una piedra con tanta impetuosidad? Si hubiera tenido una escala, ¿subiria con tanta ligereza sobre un árbol?

Y si hubiera tenido un caballo ¿seria tan veloz en la carrera? Dejad al hombre civilizado el tiempo de reunir todas esas máquinas al rededor de sí, y no se puede dudar que no sobrepuje con facilidad y triunfe del hombre salvage: pero si quereis ver un combate mas desigual aun, ponedlos desnudos y desarmados enfrente el uno del otro, y reconocereis muy pronto, cual es la ventaja de tener sin cesar todas sus fuerzas á su disposicion; de estar siempre pronto y preparado á todo acontecimiento, y de transportarse, por decirlo así, siempre todo entero consigo (*e*).

Hobbes pretende que el hombre es naturalmente intrépido, y que no busca sino atacar y combatir. Un filósofo ilustre piensa lo contrario, ¿y Cumberlan y Puffendorf aseguran tambien, que nada hay mas tímido que el hombre en el estado natural, y que está siempre temblando y preparado á huir, al menor ruido que le hace impresion, ó al menor movimiento que apercibe. Eso podrá ser así acerca de los objetos que no conoce; y no dudo que no se espante de todos los nuevos espectáculos que se ofrezcan á sus sentidos, todas las veces

que no pueda distinguir el bien y el mal físico que debe resultarle de ellos, ni comparar sus fuerzas con los peligros que tiene que correr: circunstancia muy rara en el estado de la naturaleza, en donde todas las cosas marchan de un modo tan uniforme, y en el que la faz de la tierra no está espuesta á esas mutaciones bruscas y continuas que causan en ella las pasiones y la inconstancia de los pueblos reunidos. Pero el hombre salvage, viviendo disperso entre los animales, y hallándose desde su infancia en el caso de medir sus fuerzas con ellos, hace muy pronto sobre esto su comparacion, y conociendo que les sobrepuja en destreza mucho mas que ellos en fuerza, aprende así á no temerles. Echad un oso, ó un lobo, á pelear con un salvage robusto, ágil y valiente como son todos, armado de piedras y de un buen palo, y veréis que el peligro será por lo menos recíproco; y que despues de muchas esperiencias semejantes, las bestias feroces, â que no agrada el atacarse entre sí, atacarán de muy mala gana al hombre, que habrán hallado tan feroz como ellas. Con respecto á los animales que tienen realmente mas fuerza

que él hombre destreza, se halla con relacion á ellos en el mismo caso que las otras especies menos fuertes, y que por eso no dejan de subsistir, pero con la ventaja, de que no menos ágil que ellas en la carrera, y hallando sobre los árboles un refugio casi seguro, tiene por todas partes la libertad de tomar ó dejar en los encuentros, y la eleccion de la huida ó del combate. Añádase a esto que parece que ningun animal hace naturalmente la guerra al hombre, fuera de los casos de su propia defensa, ó de una hambre estrema; ni manifiesta contraél esas violentas antipatias que parecen anunciar que una especie está destinada por la naturaleza para servir de pasto á la otra.

Ve aquí sin dudalas razones porque á los negros y á los salvages da tan poco cuidado de las bestias feroces que pueden encontrar en los bosques. Los caribes de Venezuela viven entre otros, con respecto á esto, en la mas profunda seguridad, y sin el menor inconveniente. Aunque están casi desnudos, dice Francisco Correal, no dejan de esponerse audazmente en los bosques, armados solamente de la flecha y del arco; mas

nunca se ha oido decir que ninguno de ellos haya sido devorado por las fieras.

Otros enemigos mas formidables, y de los cuales el hombre no tiene los mismos medios de défensa, son las enfermedades naturales, la infancia, la uejez, y los males y dolencias de toda especie: tristes señales de nuestra debilidad; de las cuales las dos primeras son comunes á todos los animales, y la últimapertenece principal y esclusivamente al hombre viviendo en sociedad. Yo observo ademas, acerca de la infancia, que la madre llevando por todas partes á su hijo con ella, tiene mucha mas facilidad de criarle y sustentarle que la que tienen las hembras de muchos animales, que están obligadas de ir y venir sin intermision, con bastante fatiga y trabajo, de un lado á buscar su pasto, y del otro á dar de mamar ó de comer á sus hijuelos. Es verdad que si la muger perece, el hijo está muy espuesto á perecer tambien; pero este peligro es comun á otras cien especies, de las cuales los pequeñuelos no se hallan en mucho tiempo en estado de ir á buscar ellos mismos su alimento, y si la infancia es mas larga entre nosotros, la vida siendo mas larga

tambien, todo viene á ser casi igual sobre este punto (*f*), y aunque hay no obstante sobre la duracion de la primera edad, y sobre el número de los hijos (*g*) otras reglas, no tienen analogía con mi asunto, ni son de mi incumbencia. Entre los viejos, que trabajan y transpiran poco, la necessidad de alimentos disminuye á proporcion de la facultad que tienen de proveerse; y como la vida salvage aleja de ellos la gota y los reumatismos, y la vejez es de todos los males aquel á quien los socorros humanos pueden menos aliviar, se consumen y acaban casi sin distinguirse que cesan de existir, y sin que aun ellos mismos lo aperciban.

Con respecto á las enfermedades no repetiré las vanas y falsas declamaciones que hacen contra la medicina la mayor parte de las gentes que gozan de salud; pero preguntaré, si hay alguna observacion sólida de la cual se pueda deducir que en los países en donde este arte se halla casi abandonado, el término medio de la vida del hombre es menor que en aquellos en donde se cultiva con el mayor celo y cuidado. ¿Y de que modo podrá ser eso, siendo así que nosotros nos procuramos

muchas mas dolencias, que remedios puede suministrarnos la medicina? La notable desigualdad en el modo de vivir; el esceso de ociosidad en los unos; el del trabajo en los otros; la facilidad de escitar, y de satisfacer nuestros apetitos y nuestra sensualidad; los alimentos tan escogidos, y preparados con tanto esmero de los poderosos, que se nutren de sucos ardientes, y les abruman de indigestiones: el mal alimento de los pobres que suele faltarles con frecuencia, y cuya carencia les conduce y obliga á sobrecargar vorazmente sus estómagos en la ocasion; las vigilias, y los escesos de todas especies; los enagenamientos y arrebatamientos inmoderados de todas las pasiones; fas fatigas y los descaecimientos del espíritu, y las pesadumbres, cuitas y penas infinitas que se tienen en todos los estados, y de lo cual las almas se hallan perpetuamente atormentadas; ve aquí los funestos garantes de que la mayor parte de nuestros males son obra nuestra, y de que hubiéramos evitado casi todos conservando el método de vivir simple, uniforme y solitario, que nos fué prescrito por la naturaleza. Si ella nos ha destinado á estar sanos, me

atrévo casi á asegurar que el estado de reflexion es un estado antinatural, y que el hombre que medita, es un animal depravado. Cuando se considera la buena constitucion de los salvages, alomenos de aquellos que no hemos corrompido ni perdido con nuestros licores fuertes; y cuando se sabe que no conocen casi otras enfermedades que las heridas y la vejéz, se està muy próximo y aun decidido á creer, que se haria facilmente la historia de las enfermedades humanas, siguiendo la de las sociedades civiles. Esta es alomenos la opinion de Platon, que juzga sobre ciertos remedios empleados ó aprobados por Podalyro y Macaon, en el sitio de Troya, que diversas enfermedades que aquellos remedios debian escitar, no eran aun conocidas entre los hombres; y Celso refiere que la dieta, hoy tan necessaria, no fue inventada sino por Hipócrates.

Con tan poco gérmen de males, el hombre en el estado de la naturaleza no tiene casi necesidad de remedios, y menos aun de médicos. La especie humana no es por ningun título de peor condicion que todas las otras, y es muy fácil el poder saber de los cazadores, si

en sus correrías hallan muchos animales enfermos. Infinitos suelen encontrar algunos que han recibido heridas considerables, muy bien cicatrizadas : otros que han tenido huesos y miembros rotos, reparados y colocados en su lugar, sin otro cirujano que el tiempo, sin otro régimen sino el de su vida ordinaria ; y que no dejan de estar perfectamente curados, á pesar de no haber sido atormentados de incisiones, emponzoñados de drogas, ni estenuados por los ayunos. Enfin por mas útil que sea entre nosotros la medicina bien administrada, es siempre cierto que si el salvage enfermo, abandonado á sí mismo, no tiene nada que esperar sino de la naturaleza, en recompensa no tiene otra cosa que temer, sino su mal : lo que hace infinitas veces su situacion preferible á la nuestra.

Guardémonos bien de confundir al hombre salvage con los hombres que tenemos á la vista. La naturaleza trata á todos los animales abandonados á sus cuidados con una predileccion que parece demostrar hasta que grado ama, es zelosa y se enorgullece de este derecho ó prerogativa. El caballo, el gato, el

toro, y aun el asno mismo, tienen la mayor parte una estatura mas considerable; todos una constitucion mas robusta, y mas vigor y fuerza en los bosques que en nuestras casas: ellos pierden la mitad de estas ventajas cuando se hacen domésticos, y se diria que todos nuestros cuidados en tratar, y en alimentar bien à estos animales, no conduce sino á degenerarlos. Del mismo modo sucede con el hombre: haciéndose sociable y esclavo, se hace débil, tímido y bajo; y su régimen de vida holgazana y afeminada, acaba de enervar á un mismo tiempo sus fuerzas y su espíritu. Añadamos á esto, que entre las condiciones salvages y domésticas, la differencia de hombre à hombre debe ser mayor que la de bestia á bestia; en atencion á que el animal y el hombre habiendo sido tratados del mismo modo por la naturaleza, todas las comodidades que el hombre se proporciona de mas de las que da á los animales que domestíca, son otras tantas causas particulares que le hacen degenerar palpablemente y con mas rapidez.

No es de ninguna manera un mal tan grande como se imagina ó supone para los

los hombres que viven en el estado natural, ni un ostáculo tan poderoso para su conservacion, la desnudez, la falta de habitacion, y la privacion de todas esas inutilidades que creemos tan necesarias. Si no tienen el cútis velludo, tampoco tienen necesidad de ello en los paises cálidos, y saben muy bien, en los frios, apropiarse las pieles de las bestias que han vencido: si no tienen mas que dos pies para correr, en recompensa tienen dos brazos para proveer á su defensa, y á sus necesidades. Sus hijos principian á andar puede ser algo tarde y con gran trabajo, pero las madres los llevan con facilidad; prerogativa ventajosísima que no tienen las otras especies, en las que la madre siendo perseguida, se ve forzada á abandonar sus hijuelos, ó á concertar sus pasos con arreglo á los de ellos (*). Enfin (á menos de suponer estos concursos singulares

(*) Puede haber sobre esto algunas escepciones, por egemplo, la de cierto animal que se cria en la provincia de Nicaragua, parecido al raposo, que tiene los pies, como las manos del hombre, y que, segun Correal, tiene debajo del vientre un saco, en el cual la madre mete sus hijuelos cuando se ve forzada de huir. Este es sin duda, el mismo animal que llaman Tlaquatzin en Mejico, á la hembra del cual Laet da un saco igual para el mismo uso.

de circunstancias, de las que hablaré mas adelante, y que podrán no tener cabida jamas) es claro, en todo estado de causa, que el primero que se hizo vestidos ó construyó una habitacion, se procuró en esto cosas muy poco necesarias, respecto à que habia pasado y existido sin ellas hasta entonces, y que no se ve porque razon no pudo sufrir, ya hombre hecho, un género de vida que habia soportado desde su infancia.

Solo, ocioso, y siempre próximo del peligro, al hombre salvage debe gustar el dormir, y tener el sueño ligero, como los animales que, pensando poco, duermen, por decirlo así, todo el tiempo que no piensan. Su propia conservacion siendo casi su único cuidado, sus facultades las mas egercitadas deben ser aquellas que tienen por objeto principal el ataque y la defensa, ya para subyugar su presa, ya para precaverse de serlo de algun otro animal: por el contrario, los órganos que no se perfeccionan simo por medio de la molicie y de la sensualidad, debe tenerlos en un estado rudísimo, que escluye toda especie de delicadeza; y sus sentidos hallándose divididos sobre este punto, tendria el tacto y el gusto de una as-

pereza estremada, y la vista y el olfato sutilísimos. Tal es el estado animal en general, y es igualmente, segun las relaciones de los viageros, el de la mayor parte de los pueblos salvages; así no debemos maravillarnos de que los Hotentotes del cabo de Buena Esperanza descubran con la simple vista los navíos en alta mar, y á tanta distancia como los Holandeses pueden apercibirlos por medio de sus anteojos de larga vista; ni de que los salvages de América oliesen y distinguiesen á los españoles por el rastro ó las pisadas, de la misma manera que pudieran efectuarlo los mejores perros: ni que todas, las naciones bárbaras soporten sin incomodidad la desnudez; que animen y aguzen su gusto á fuerza de pimiento; y que beban los licores europeos como si fueran agua.

Hasta aquí no he considerado sino al hombre físico: tratemos ahora de mirarle por el lado metafísico y moral.

Yo no veo en todo animal sino una máquina ingeniosa, á la cual la naturaleza ha dado sentidos para que por sí misma se reparase y diese cuerda, y para que se precaviese, hasta un cierto punto, de todo cuanto propende á su

desorganizacion. Las mismas cosas y operaciones noto precisamente en la máquina humana, con esta diferencia, que la naturaleza sola hace todo en las funciones de la bestia, en lugar que el hombre concurre á las suyas en calidad de agente libre: el uno escoge, elige ó rechaza por instinto, y el otro por un acto de libertad; lo que hace que la bestia no puede apartarse de la regla que le está prescrita, aun cuando pudiese serle ventajoso el hacerlo, y que el hombre se separa de ella comunmente en su perjuicio. Es por esta razon que un palomo se moriria de hambre cerca de un plato lleno de los mas deliciosos manjares, y un gato sobre un monton de frutas y de granos, siendo asi que el uno y el otro habria podido nutrirse muy bien del alimento que desdeña, si se hubiera decidido á ensayarlo; y es tambien por esto mismo que los hombres disolutos se entregan y abandonan á los escesos que les causan la fiebre y la muerte, porque el espiritu deprava y corrompe los sentidos, y la voluntad habla cuando la naturaleza calla.

Todo animal tiene ideas, puesto que tiene sentidos: el combina igualmente sus ideas hasta un cierto grado, y el hom-

bre no difiere en esto de la bestia sino en el mas ó el menos : algunos filósofos han añadido que hay mas diferencia de tal hombre á tal hombre, que de tal hombre á tal bestia. No es, pues, tanto el entendimiento quien entre los animales la distincion especifica del hombre, como su cualidad de agente libre ; la naturaleza manda á todo animal ; y la bestia obedece.

El hombre siente la misma impresion, pero se reconoce libre para consentir, ceder ó resistir ; y es sobre todo en el convencimiento íntimo de esta libertad en donde se manifiesta la espiritualidad de su alma ; pues la física descifra de algun modo el mecanismo de los sentidos y la formacion de las ideas ; mas acerca de la potencia de querer, ó mas bien de elegir, y en el sentimiento de esta potencia, no se hallan sino actos puramente espirituales, de los cuales no se esplica nada por las leyes de la mecánica.

Pero cuando las dificultades, que rodean todas estas cuestiones, dejasen alguna márgen para disputar sobre la diferencia del hombre al animal, hay ademas otra cualidad muy esencial que le distingue, y sobre la cual no puede haber altercado,

y es la facultad que tiene de perfeccionarse, la cual á favor de las circunstancias, desenvuelve sucesivamente todas las otras, y con el reside entre nosotros, tanto en la especie como en el individuo : en lugar que un animal es, al cabo de algunos meses, lo mismo que será toda su vida : y su especie al cabo de mil años, será lo mismo que era el primer dia. ¿ Por que motivo solamente el hombre es susceptible de volverse imbécil ? ¿ No manifiesta esto que vuelve á su estado primitivo, y que mientras la bestia, que no ha adquirido nada, y que por consecuencia nada tiene que perder, permanece siempre con su instinto, el hombre tornando á perder por la vejez ú otros accidentes, todo cuanto su *perfectibilidad* le habia hecho adquirir, racae por esta via en un estado mas bajo que la bestia misma ? Seria muy triste y doloroso para nosotros el vernos obligados á convenir, que esta facultad distintiva y casi ilimitada es el manantial de todas las desgracias del hombre ; que es ella quien le saca, á fuerza de tiempo, de su condicion originaria, en la cual disfrutaria y pasaria dias tranquilos é inocentes ; y que es ella la que haciendo brotar y relucir con

los siglos sus luces y sus errores, sus vicios y sus virtudes, le constituye y convierte á la larga en tirano de si mismo y de la naturaleza (*h*). Seria tambien terrible el verse forzado á celebrar como un ser bienhechor á aquel que fue el primero que sugirió al habitante de las orillas del Orinoco el uso de las tablillas que aplica sobre las sienes de sus hijos, y que les conservan por lo menos una parte de su imbecilidad, y de su felicidad original.

El hombre salvage, abandonado por la naturaleza al solo instinto, ó, mas bien, indemnizado del que le falta, por medio de facultades capaces de sustituirle y de elevarlo en seguida á una altura superior á aquella, principiará precisamente por las funciones puramente animales (*i*); apercibir y sentir será su primer estado, comun con todos los animales: querer y no querer, desear y temer, serán las primeras y casi las únicas operaciones de su alma, hasta tanto que nuevas circunstancias causen y operen en él nuevos desenvolvimientos.

A pesar de cuanto dicen y pretenden los moralistas, el entendimiento humano debe infinito á las pasiones, las que, de un

comun consentimiento, le deben mucho tambien: por su actividad nuestra razon se perfecciona: nosotros no ansiamos ó procuramos conocer, sino porque deseamos gozar, y es imposible el concebir por que causa aquel que no tenga ni deseos ni temores, se tomará la pena de raciocinar. Las pasiones deben su origen á nuestras necesidades, y sus progresos á nuestros conocimientos; porque no se pueden desear ó temer las cosas, sino con relacion á las ideas que de ellas se han podido tener, ó por la simple impulsion de la naturaleza; y el hombre salvage, privado de todo género de luces, no esperimenta sino las pasiones de esta última clase: sus deseos no van mas allá de sus necesidades físicas (*k*): los únicos bienes que conoce en el universo, son la comida, una hembra y el reposo: los solos males que teme, son el dolor y el hambre: digo el dolor, y no la muerte, porque jamas el animal podria saber que cosa es morir; y el conocimiento de la muerte y de sus terrores es una de las primeras adquisiciones que hizo el hombre al alejarse de la condicion animal.

Me seria muy fácil, si me fuese ne-

cesario, apoyar este sentimiento por los hechos, y hacer ver que en todas las naciones del mundo, los progresos del espíritu son infaliblemente análogos y en proporcion á las necesidades que los pueblos habian recibido de la naturaleza, ó á las que las circunstancias les habian sometido y hecho contratar, y por consecuencia á las pasiones que les conducian á proveer tales necesidades. Yo presentaré y manifestaré en Egipto las artes naciendo y propagándose con la inundacion del Nilo. Seguiré sus progresos entre los griegos, en donde se les vieron germinar, crecer y elevarse hasta los cielos entre las arenas y rocas del Atica, sin que pudiesen echar raices sobre las orillas fértiles del Eurotas; y observaré que en general los pueblos del norte son mas industriosos que los del mediodia, en razon á que pueden menos dejar de serlo, como si la naturaleza quisiese por esta via igualar las cosas, dando á los espíritus la fertilidad que rehusa á la tierra.

Mas sin recurrir á los testimonios inciertos de la historia, ¿quien no ve que todo parece conspirar á alejar del hombre salvage la tentacion y los medios de dejar de serlo? Su imagina-

cion no le representa ni pinta ningun objeto diferente y lisongero, y su corazon no le pide nada : sus pequeñas y limitadas necesidades se hallan satisfechas con gran facilidad bajo su mano ; y está tan distante del grado de los conocimientos que se requieren para desear adquirir otros mayores, que no puede tener ni prevencion, ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza le llega á ser indiferente, á fuerza de serle familiar ; siempre reina el mismo órden, y siempre las mismas revoluciones : su entendimiento no es capaz de admirarse de los mayores portentos ; y no es en él adonde debe irse á buscar la filosofía de que el hombre tiene necesidad, para saber observar una vez aquello que ha visto diariamente ; su alma, que nada la conmueve ni agita, se entrega al solo sentimiento de su existencia actual, sin la menor idea de lo futuro, por próximo que pueda estar : y sus proyectos, tan limitados como sus miras, apenas se estienden hasta el fin del dia. Tal es aun hoy el grado de prevision del Caribe ; por la mañana vende su cama de algodon, y á la tarde viene á llorar para rescatarla, por no haber previsto que tendria necesidad de ella la noche inmediata.

Mientras mas se medita sobre esta materia, tanto mas la distancia de las puras sensaciones ó de los simples conocimientos se aumenta á nuestra vista; y es imposible concebir de que modo el hombre hubiera podido solo con sus fuerzas, sin el auxilio de la comunicacion, y sin el aguijon de la necesidad, vencer tantos ostáculos, y traspasar un intervalo tan enorme. ¿Cuantos siglos habrán, tal vez, trancurrido antes que los hombres se hayan encontrado en estado de ver otro fuego mas que el del cielo? ¿Cuantas circunstancias diferentes, y casualidades habrán sido necesarias, para que pudiesen conocer los mas simples usos de este elemento? ¿Cuantas veces le habrán dejado apagar, antes de conocer el arte de reproducirlo? ¿Y cuantas veces, cada uno de estos secretos ha parecido ó muerto con el que le habia descubierto? ¿Qué dirémos pues de la agricultura, arte qué pide tanto trabajo y previsiones, y que tiene conexion con tantas otras artes ¿que evidentemente no se puede practicar sino en una sociedad á lo menos principiada, y que no nos sirve tanto para sacar de la

tierra los alimentos, que produciria sin esto por sí misma, como para forzarla á darnos aquello que preferimos, y que es mas de nuestro gusto? Pero supongamos que los hombres se hubiesen de tal forma multiplicado, que no fuesen suficientes las producciones naturales para alimentarlos; suposicion que, por decirlo así como de paso, manifestaria una gran ventaja para la especie humana en este género de vida. Supongamos que sin fraguas, y sin talleres, los instrumentos de la labranza hubiesen caido del cielo sobre las manos de los salvages: que estos hombres hubiesen vencido el odio mortal que tienen todos á un trabajo continuo: que hubiesen aprendido á preveer de tan lejos sus necesidades; que hubiesen adivinado de que modo es menester cultivar la tierra; sembrar los granos y plantar los árboles; que hubiesen encontrado el arte de moler el trigo, y hacer fermentar las uvas; cosas todas, que les ha sido forzoso decir y convenir que fueron enseñ..das por los Dioses, á causa de no serles posible concebir de que modo ellos mismos pudieran aprenderlas: ¿donde se hallaria, despues de esto, un hombre tan insensato que se atormentase y fatigase, en

en la cultura de un campo, de que seria despojado por el primero que viniese, ya hombre ó ya bestia indistintamente, á quien su cosecha conviniese? ¿Y de que modo cada uno podria resolverse á pasar su vida en un trabajo penoso, del cual estaba tanto mas seguro de no sacar premio, cuanto mas necesario le fuese? En una palabra, ¿de que forma, y como esta situacion podia conducir á los hombres á cultivar la tierra, mientras no fuese repartida ó distribuida entre ellos, quiero decir, mientras el estado natural no fuese abolido ó anonadado?

Cuando quisiésemos suponer un hombre salvage tan hábil en el arte de pensar como nos lo hacen nuestros filósofos; cuando hiciésemos á egemplo de ellos un filósofo del mismo individuo, descubriendo él solo las mas sublimes verdades, estableciéndose y dàndose, por medio de razonamientos muy abstractos, maxìmas de justitia y de razon, sacadas ó deducidas del amor del órden en general, ó de la voluntad conocida de su criador; en una palabra, cuando su pusiésemos en su entendimiento toda la inteligencia y luces que deberia tener, y tanta cuanto se le halla de idiotismo, inep-

titud y estupidez, ¿ que utilidad resultaria á la especie de toda esta metafísica que no podria comunicarse, y que acabaria infaliblemente con el individuo que la hubiese inventado? ¿Qué progresos podria hacer el género humano esparcido en los bosques entre los animales? ¿ Y hasta que punto podrian perfeccionarse é ilustrarse mutuamente unos hombres que no teniendo ni domicilio fijo, ni ninguna necesidad el uno del otro, se encontrarian apenas dos veces en su vida, sin conocerse y sin hablarse?

Que se considere de cuantas ideas somos deudores al uso de la palabra, cuanto la gramática egerce y facilita las operaciones del espíritu; y que se piense los trabajos inconcebibles y el tiempo infinito queha debido costar la primera invencion de las lenguas: que se unan estas reflexìones á las antecedentes, y se juzgará cuantos millares de siglos hubieran sido necesarios, para desenvolver sucesivamente el espíritu humano las operaciones de que era capaz.

Que me sea permitido considerar un instante las dificultades y embarazos del origen de las lenguas. Podria contentarme con citar ó traer aquí las inves-

tigaciones que el señor abate Condillac ha hecho sobre esta materia, las cuales todas confirman plenamente mi opinion, y tal vez me han dado de ella la primera idea : pero el modo por el cual este filósofo resuelve las dificultades que se propone á sí mismo sobre el origen de las señas instituidas, manifiestan que él ha supuesto lo que yo pongo en cuestion, á saber, una suerte de sociedad ya establecida entre los inventores del lenguage. Yo, creo refiriéndome á sus reflexiones y remitiéndome à ellas, deber unir las mias, para esponer las mismas dificultades con toda la claridad y delicadeza que conviene á mi asunto : la primera que se presenta, es la de imaginar como las lenguas pudieron venir á ser necesarias, puesto que no teniendo los hombres ninguna correspondencia entre ellos, ni ningun motivo menesteroso de tenerla, no puede concebirse ni la necesidad de esta invencion, ni su posibilidad, si no fue indispensable. Yo diré no obstante como muchos otros, que las lenguas tuvieron su orígen en el comercio doméstico de los padres, de las madres, y de los hijos : mas á pesar que esto no résolveria de modo alguno las

objeciones, sería ademas cometer la falta de aquellos que raciocinando sobre el estado natural, y transmitiéndole las ideas adquiridas en la sociedad, ven en todos tiempos la famillia reunida en una misma habitacion, y sus miembros guardando entre sí una union tan íntima y tan permanente como entre nosotros, cuando tantos intereses comunes les reunen, en lugar de que en el estado primitivo, no teniendo ni casas, ni cabañas, ni propiedades de ninguna especie, cada uno se aposentaba á la ventura, y muchas veces por una sola noche: los varones y las hembras se unian fortuitamente, segun el encuentro, la ocasion y el deseo, sin que la palabra fuese un intérprete muy preciso de las cosas que tenian que decirse, y se separaban con la misma facilidad (*l*). La madre daba pues de mamar á sus hijos por su propia necesidad, y en seguida el trato y el hábito haciéndoselos amar, los alimentaba luego por la de ellos: al momento que tenian la fuerza sufficiente para buscar su sustento, no tardaban mucho en separarse de la madre misma, y como que no habia entre ellos casi otro medio de volverse á encontrar, sino el de no per-

derse de vista; se hallaban muy pronto en estado de no reconocerse aun los unos á los otros : obsérvese ademas que el niño teniendo que esplicar todas sus necesidades, y por consecuencia mas cosas que decir à la madre que esta al hijo, es él quien debe tener la mayor parte en la invencion; y el idioma que emplea, debe ser casi todo obra suya: lo que multiplica las lenguas en tanto número como individuos hay para hablarlas; á lo cual contribuye tambien la vida errante y vagabunda, la cual no da á ningun idioma el tiempo de tomar consistencia : porque decir ó suponer que la madre dicta al hijo las palabras de que deberá servirse para pedirle tal ó tal cosa, esto manifiesta perfectamente el modo como se enseñan las lenguas ya formadas, pero no demuestra de ninguna manera como se forman.

Supongamos vencida esta primera dificultad : superemos por un instante el espacio inmenso que debió haber entre el puro estado natural y la necesidad de los idiomas, y tratemos de examinar ó buscar, suponiéndolos necesarios (*m*), como pudieron principiar á establecerse. Nueva dificultad y peor aun que la an-

tecedente; porque, si los hombres han tenido necesidad de la palabra para aprender á pensar, han tenido mucha mas necesidad de saber pensar para encontrar el arte de la palabra; y cuando se comprendiese de que modo los sonidos de la voz han sido concebidos por los intérpretes convencionales de nuestras ideas, quedaria todavía por saber. cuales han podido ser los verdaderos intérpretes de esta convencion por unas ideas, que no teniendo un objeto sensible, no podian indicarse, ni por el gesto, ni por la voz: de suerte que apenas pueden formarse conjeturas aproximativas y racionales sobre el nacimiento de este arte de comunicar sus pensamientos, y de establecer un comercio entre los espíritus: arte sublime que se halla ya muy distante de su órigen, pero que el filósofo ve á una distanzia tan prodigiosa de su perfeccion, que no hay hombre alguno, por osado que sea, que se atreva á asegurar que llegará á ella jamas, á pesar de que las revoluciones que los tiempos traen necesariamente, fuesen suspendidas en favor suyo; que las preocupaciones se retirasen de las academias ó enmudeciesen en ellas,

y que estas pudieran ocuparse de este objeto escabroso, durante siglos enteros, sin interrupcion.

El primer lenguage del hombre, el lenguage mas universal, el mas enérgico, y el solo de que tuvo necesidad antes que fuese importante persuadir á los hombres reunidos, fue sin duda el grito de la naturaleza; pero como este grito no era arrancado ó producido sino por una suerte de instinto en las ocasiones urgentes, ya para implorar socorro en los grandes peligros, alivios en los males violentos; no era de un gran uso en el curso ordinario de la vida, en el cual reinan sentimientos mucho mas moderados. Cuando las ideas de los hombres principiaron á estenderse y multiplicarse, y se estableció entre ellos una comunicacion mas íntima, buscaron y adoptaron un número mayor de señas y un lenguage mas estenso; multiplicaron las inflecsiones de la voz, y añadieron á ellas los gestos, que son, por su naturaleza, mas espresivos, y cuya significacion depende menos de una determinacion anterior. Manifestaron pues los objetos visibles y mo-

vibles por medio de los gestos, y los que hieren el oido por sones imitativos: pero como el gesto no indica casi otra cosa que los objetos presentes ó fáciles de describir, y las acciones visibles, y no es de un uso universal, puesto que la oscuridad ó la interposicion de un cuerpo le hace inútil, y exige tambien la atencion mucho mas que la escrita, discurrieron sustituirle las articulaciones de la voz, las cuales, sin tener la misma analogía con ciertas ideas, son mas á propósito para representar todas como señas instituidas: sustitucion que no pudo hacerse sino de un comun consentimiento, y de un modo bastante difícil para ser practicado por hombres, cuyos órganos groseros no tenian aun ningun egercicio, y mucho mas difícil todavía de concebirse en ella misma, mediante que este acuerdo unánime debió ser motivado, y que la palabra parece haber sido muy indispensable para establecer el uso de la palabra.

Se debe conjeturar y decidir que las primeras palabras de que los hombres hicieron uso, debieron tener en sus entendimientos una significacion mucho

mas extensa, que la que tienen las que se emplean en las lenguas ya formadas, y que ignorando la division del discurso en sus partes constitutivas, dieron por consecuencia á cada palabra el sentido ó valor de una proposicion entera. Cuando principiaron á distinguir el sugeto del atributo, y el verbo del nombre (lo que no debió ser pequeño esfuerzo del ingenio) los substantivos no fueron sino otros tantos nombres propios: el presente de infinitivo fue el único tiempo de los verbos; y con respecto á los adjetivos la nocion de ellos ne pudo desenvolverse sino con mucha dificultad, en atencion á que todo adjetivo es una voz abstracta, y que las abstracciones son operaciones demasiado penosas y poco naturales.

Cada objeto recibio incontinenti un nombre particular, sin hacer atencion á los géneros, ni á las especies, que estos primeros institutores no se hallaban en estado de distinguir; y todos los individuos se presentaron aislados á sus espíritus, como lo están en el cuadro de la naturaleza. Si una encina se llamaba A, otra encina se llamaba B: pues la primera idea que se tiene y deduce de dos

cosas, es la de que ellas no son la misma, é infinitas veces es necesario mucho tiempo para observar lo que tienen entre sí de comun; de forma que siendo mas limitados los conocimientos, el diccionario vino á ser mucho mas estenso. El embarazo y confusion de toda esta nomenclatura no pudo repararse fácilmente, pues para ordenar y designar los seres bajo de dominaciones comunes y genéricas, era forzoso conocer sus propiedades y sus diferencias; y eran indispensables observaciones y definiciones, por decirlo así, de la historia natural y de la metafísica, en un grado superior á los alcances é ideas que de esto podian tener los hombres de aquel tiempo.

Ademas de esto, las ideas generales no pueden introducirse en el espíritu sino con el auxilio de las voces, y el entendimiento no se apodera de ellas sino por medio de proposiciones: esta es una de las causas porque los animales no podrian formarse tales ideas, ni adquirir jamas la *perfectibilidad* que de ellas depende. Cuando un mono va sin detenerse de una nuez á otra, ¿se piensa que tiene la idea general de esta

clase de fruta, y que compara su arquétipo á estos dos individuos? No sin duda; mas la vista de una de estas nueces trae á su memoria las sensaciones que recibió de la otra; y sus ojos modificados de un cierto modo, anuncian á su gusto el placer que va á recibir. Toda idea general es puramente intelectual, y por poco que la imaginacion tome parte en ella, se convierte al momento en particular. Procurad trazaros ó representaros la imágen de un árbol en general, jamas podréis conseguirlo; y á pesar de vos mismo, será necesario verle, sea grande ó pequeño, raro ó denso, claro ú obscuro; y si pudiese depender de vos el no ver en él sino aquello que se encuentra en todo árbol, esta imágen no tendria semejanza alguna con un árbol. Los seres puramente abstractos se ven del mismo modo, y no se conciben sino por el discurso. La definicion sola de un triangulo os da la verdadera idea: al instante que os figurais uno en vuestro entendimiento es sin duda tal triángulo, y no otra cosa ni podeis evitar el representaros sus líneas sensibles ó el plan coloreado. Es

ndispensable pues enunciar proposiciones, y es forzoso igualmente hablar para tener ideas generales; porque desde el momento en que la imaginacion se detiene, el entendimiento no puede marchar sino ayudado del discurso: así pues, si los primeros inventores no han podido dar nombres sino á las ideas que tenian, se sigue subsidiariamente, que los primeros sustantivos no han podido ser otra cosa que nombres propios.

Pero cuando por medios que no concibo, nuestras nuevas gramáticas principiaron á estender sus ideas, y á generalizar sus voces, la ignorancia de los inventores debió circunscribir este método á cortos límites: y como habian multiplicado enormemente los nombres de los individuos, por no conocer los géneros y las especies, hicieron tambien pocas especies y géneros, à causa de no haber considerado los seres en todas sus diferencias. Para llevar y estender las divisiones mucho mas allá hubiera sido necesario mas esperiencia y luces que las que ellos podian tener acerca de esto, y mas investigaciones y

trabajo

trabajo que lo que para ello querian emplear. Pero siendo evidente, aun en la actualidad, que se descubren cada dia nuevas especies que se habian escapado hasta aquí á todas nuestras observaciones, imaginese cuantas debieron ocultarse á unos hombres que no juzgaban de las cosas sino por el primer aspecto! Con respecto á las clases primitivas y á las nociones mas generales, es inútil añadir que debieron escapárseles igualmente; porque ¿ de que manera, por egemplo, hubieran imaginado ó entendido las voces de materia, de espíritu, de substancia, de modo, de figura, y de movimiento, mientras nuestros filósofos, que se sirven de ellas despues de tanto tiempo, hallan bastante dificultad para entenderlas ellos mismos, y que las ideas que se dan é identifican á estas voces, siendo absolutamente metafisicas, no podian ellos encontrar ningun modelo en la naturaleza.

Yo me detengo en estos primeros pasos, y suplico á mis jueces que suspendan aquí su lectura, para considerar, acerca de la invencion de los solo sustantivos físicos, quiero decir, sobre

la parte de la lengua la mas fácil de hallar, el camino que le queda aun que hacer para manifestar todos los pensamientos de los hombres; para tomar una forma constante, y sólida, para poder ser hablada en público, é influir en la sociedad : les suplico ademas, que reflexionen el tiempo y sobre los conocimientos que han sido necesarios para encontrar los números (*n*), las voces abstractas, losaoristos, y todos los tiempos de los verbos, las partículas, la sintaxis, unir las proposiciones, los razonamientos, y formar toda la lógica del discurso : por lo que hace á mí, amedrentado de las dificultades que se multiplican, y convencido de la imposilidad casi demostrada de que las lenguas hayan podido crearse y establecerse por medios puramente humanos, dejo á quien quiera el emprender la discusion de estê difícil problema : cual ha sido la cosa mas necesaria, la sociedad ya ligada á la institucion de las lenguas; ó las lenguas ya inventadas al establecerse la sociedad.

Así pues, sean como fuesen estos orígenes, siempre se ve, á lo menos, el casi ningun cuidado que ha tenido la naturaleza en conciliar y reunir á los hombres por las necesidades mutuas, y

facilitarles el uso de la palabra; cuan mezquinamente ha contribuido á preparar su sociabilidad, y cuan poco ha puesto de suyo en todo lo que han hecho para establecer entre ellos los vínculos que les unen. En efecto, es imposible imaginar porque motivo en este estado primitivo un hombre tendria mas bien necesidad de otro hombre, que un mono ó un lobo de su semejante: ni que razon podria, supuesta esta necesidad, obligar al otro á socorrerla y proveerla; ni como, dando aun por cierto este último caso, podrian convenir entre si sobre las condiciones. Yo sé que nos repiten sin cesar que nada hubiera sido tan miserable como el hombre en este estado; y si es verdad, como creo haber probado, que no puede tener sino despues de muchos siglos el deseo y la ocasion de salir deél, esto daria lugar mas bien para procesar à la naturaleza, que á aquel á quien constituyó asi: mas, si entiendo bien este término *miserable*, él es una voz que no tiene ningun sentido, ó que no significa otra cosa sino una privacion dolorosa y el sufrimiento del cuerpo ó del alma. En atencion á esto, quisiera que me esplicasen ¿ cual pudo ser la clase de miseria

de un ser libre, cuyo corazon está en paz y el cuerpo goza de salud? Pregunto: ¿Cual vida entre la natural y la civil es la mas propensa á llegar á ser insoportable á aquellos que disfrutan de ella? Nosotros no vemos casi al rededor nuestro sino individuos que se lamentan de su exìstencia; infinitos que aun se privan de ella tanto cuanto está en su poder: y la reunion de las leyes divinas y humanas apenas son sufficientes para contener tal desórden. Yo deseo que se me diga ¿si se ha oido decir jamas que un salvage en libertad haya imaginado quejarse de la vida, y darse la muerte? Que se juzgue enfin con menos orgullo, y se verá de que lado se encuentra la verdadera miseria. Nada por el contrario hubiera sido mas miserable que el hombre salvage, ofuscado por las luces, atormentado por las pasiones, y raciocinando sobre un estado diferente del suyo. Obra fue de una providencia sapientíssima el que las facultades que tenia en potencia, no debieran desenvolverse sino á medida que llegasen las ocasiones de egercerlas, afin de que no le fuesen superfluas ni á carga antes del tiempo: ni tardias é inutiles en la necesidad: [illegible]

en el instinto todo cuanto le era indispensable para vivir en el estado de la naturaleza, y no hay en una razon cultivada sino aquello que se requiere para vivir en sociedad.

Parece á primera vista que los hombres en este estado, no teniendo entre ellos ningun género de relacion moral, ni deberes conocidos, no podrian ser ni buenos ni malos, y no tendrian ni vicios ni virtudes, á menos que, tomando estas voces en un sentido fisico, se llamen vicios en el individuo, las cualidades que pueden perjudicar á su propia conservacion; y virtudes aquellas que puedan contribuir á ella; en cuyo caso seria forzoso dar la denominacion de mas virtuoso á aquel que resistiese menos á los simples impulsos de la naturaleza: pero será muy á propósito, sin separarnos del sentido ordinario, suspender el juicio que pudiéramos hacer sobre semejante situacion, y desconfiar de nuestras preocupaciones hasta tanto que se haya examinado, con la balanza en la mano, si hay mas virtudes que vicios entre los hombres civilizados: si sus virtudes son mas ventajosas que sus vicios funestos; si el progreso de sus conocimientos es una

indemnizacion suficiente de los daños que se hacen mutuamente á medida que se instruyen del bien que deberian hacerse; ó si no se encontrarian, comparado todo, en una situacion mas feliz, no teniendo ni mal que temer, ni bien que esperar de nadie, que en la de haberse sometido á una dependencia universal, y obligádose á recibir todo de aquellos que no se obligan á darles nada.

Guardémonos sobre todo de decidir con Hobbes, que por no tener ninguna idea de la bondad, el hombre es naturalmente perverso; que es vicioso porque no conoce la virtud; que rehusa siempre á sus semejantes los servicios que no cree deberles; y que en virtud del derecho que se atribuye con razon á las cosas de que tiene necesidad, se imagina locamente que es el solo propietario del universo. Hobbes ha visto perfectamente el defecto de todas las definiciones modernas del derecho natural; mas las consecuencias que saca de la suya demuestran que la toma en un sentido igualmente falso y erróneo. Raciocinando sobre los principios que establece; este autor debia decir, que el estado natural, siendo aquel en el cual el cuidado

de nuestra conservacion es el menos perjudicial al de los otros, este estado era por consecuencia el mas propio á la paz, y el mas conveniente al género humano; pero él dice precisamente lo contrario, por haber introducido mal á propósito en el cuidado de la conservacion del hombre salvage, la necesidad de satisfacer una multitud de pasiones que son hechura de la sociedad, y que han hecho necesarias las leyes. El perverso, dice, es un niño robusto; nos queda que saber si el hombre salvage es un niño robusto: y en caso de que se le conceda, ¿qué deducirá de esto? Que si este hombre, cuando es ya robusto, estuviese tambien bajo la dependencia de aquellos que lo estuvo cuando era débil, no hubiera ningun género de esceso a que no se entregara y abandonase; él maltrataria y pegaria á su madre cuando tardase mucho en darle el pecho; ahogaria uno de sus hermanitos cuando este le incomodase, y morderia la pierna del otro cuando tropesase en él ó le inquietase: pero esto de ser robusto y dependiente, son dos suposiciones muy contradictorias en el estado natural. El hombre es débil cuando es dependiente, y se halla emancipado antes

de ser robusto. Hobbes no ha visto que la misma causa que impide á los salvages usar de su razon, como lo pretenden nuestros jurisconsultos, les impide al mismo tiempo abusar de sus facultades, como el mismo lo pretende: de suerte que podrá decirse, que los salvages no son malos precisamente sino porque no saben que cosa sea el ser bueno, porque ni el desenvolvimiento de las luces, ni el freno de la ley les impide hacer mal, pero si la calma de las pasiones, y la ignorancia del vicio: *tantò plus in illis proficit vitiorum ignorantia, quàm in his cognitio virtutis.* Hay ademas otro principio que Hobbes no ha percibido, y que habiendo sido dado al hombre para dulcificar, en ciertas circunstancias, la ferocidad de su amor propio, ó el deseo de conservarse antes del nacimiento de este amor (*o*), tempera el ardor que tiene por su bien estar, con la repugnancia innata que esperimenta de ver sufrir á su semejante. No creo que debo temer ninguna contradiccion accordándole al hombre la sola virtud natural que se ha visto obligado á reconocer el mas furioso y exaltado detractor de las virtudes hu-

manas. Hablo de la piedad, disposicion tan conveniente á unos seres tan debiles como somos, y propensos á tantos males: virtud tanto mas universal, y tanto mas util al hombre, cuanto ella precede al uso de toda reflexion: y tan sumamente natural que aun las bestias mismas dan algunas veces señales nada equivocas de ella. Sin hacer mérito de la terneza de las madres para con sus hijos, y de los peligros que arrostran para preservarlos, se observa todos los dias la repugnancia que tienen los caballos de pisar un cuerpo viviente. Un animal no pasa sin inquietud cerca de uno de su especie muerto; hay entre ellos algunos que les dan une especie de sepultura: y los tristes bramidos del ganado cuando entra en una carniceria, anuncian la impresion que le hace el horrible espectáculo que le sorprende y espanta. Se ve con bastante placer al autor de la fabula de *las abejas*, obligado á reconocer al hombre por un ser compasivo y sensible; é igualmente se le vé salir, (en el ejemplo que da) de su estilo frio y sutil, para ofrecernos la imagen patetica de un hombre encerrado, que apercibe por fuera una bestia feroz &c.

cando un niño del seno de su madre; rompiendo con su diente mortal y homicida sus debiles y delicados miembros; y despedazando con sus horríbles uñas las entrañas palpitantes del niño. ¡Qué cruel y horrible agitacion no siente este testigo, á la vista de un accidente en el cual no puede tomar ningun interes personal! ¡Qué congojas y que angustias no sufre al ver tan espantoso suceso, y no poder socorrer por ninguna via á la madre desmayada, ni al hijo espirando!

Tal es el puro movimiento de la naturaleza, anterior á toda reflexion; tal es la fuerza y energía de la piedad natural, la que las costumbres mas depravadas aun no pueden sin gran trabajo destruir. pues que vemos todos los dias en nuestros teatros enternecerse y llorar por los males é infortunios de un desgraciado, tal persona que agravaría, si se hallase en el lugar del tirano, aun mucho mas los tormentos de su enemigo: semejante al sanguinario Sila, tan sensible á los males que no habia causado; ó á aquel Alejandro de Fero, que no se atrevia á asistir á la representacion de ninguna tragedia, por temor de que no se le viese gemir con Andrómaca y Priamo,

mientras que esuchaba sin emocion los gritos y lamentos de tantos ciudadanos que degollaban por sus órdenes todos los dias.

> . . . . mollissima corda
> Humano generi dare se natura fatetur,
> Quæ lacrymas dedit.

Mandeville ha conocido muy bien que los hombres con toda su moral no hubieran jamas sido otra cosa que unos monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razon; pero no ha observado que de esta sola cualidad dimanan todas las virtudes sociales, que quiere disputar ó negar á los hombres. En efecto, ¿que cosa es la generosidad, la clemencia, y la humanidad, sino la piedad aplicada á los culpables, ó á la especie humana en general? La benevolencia y la amistad misma son, considerándolas bien, producciones de una piedad constante, fijada sobre un objeto particular, porque desear que un individuo no padezca, ¿qué es mas, sino desear que sea dichoso? Cuando fuese cierto que la conmiseracion no es otra cosa mas que

un sentimiento que nos coloca ó pone en el lugar de aquel que sufre; sentimiento oscuro y vivo en el hombre salvage, desenvuelto, pero débil en el hombre civil, ¿qué importaria esta idea á la verdad de todo cuanto digo, sino de darle mucha mas fuerza? En realidad, la conmiseracion será tanto mas enérgica cuanto el animal espectador se identifique mas íntimamente con el animal que sufre; luego es evidente que esta identificacion ha debido ser infinitamente mas estrecha y activa en el estado del razonamiento. Es sin duda la razon la que engendra el amor propio, y es la reflexion quien la fortifica: ella es quien repliega ó hace volver al hombre sobre sí mismo, y es ella tambien quien le separa de todo cuanto le fatiga y le aflige: es la filosofía la que le aisla; y por ella dice en secreto, á la vista de un hombre padeciendo: perece, si quieres, yo estoy en seguro. No hay ninguna otra cosa, sino los peligros de la sociedad entera, que sea capaz de turbar el sueño tranquilo de un filósofo, y hacerle abandonar su lecho: se puede impunemente degollar á su semejante debajo de su balcon: el no tiene

qu-

que hacer tapar con sus manos sus oídos, y argumentarse un poco, á efecto de impedir que la naturaleza que se subleva, le identifique con el que asesinan. El hombre salvage carece de este admirable talento, y por falta de sabiduría y de razon, se le ve en todas ocasiones entregarse aturdidamente al primer sentimiento de la humanidad. En los alborotos y en las riñas ó querellas publicas, el populacho se reune, y el hombre prudente se retira; la canalla, y verduleras separan á los combatientes, impiden que las gentes honradas se asesinen entre sí.

Es pues certísimo que la piedad es un sentimiento natural, que concurre moderando en cada individuo la actividad del amor de sí mismo, á la conservacion mutua de toda la especie: ella nos conduce, sin reflexìonar á socorrer á aquellos que vemos sufrir; ella en el estado natural, ocupa el lugar de las leyes, de las costumbres y de la virtud, con la ventaja de que nadie se halla tentado á desobedecer á su dulce voz: ella disuadirá, á todo salvage robusto. de quitar á un tierno niño,

ó á un anciano enfermo, su subsistencia adquirida con trabajo, si espera encontrar la suya en otra parte; y es ella quien, en lugar de esta máxima sublime de justicia motivada, *haz á otro como quisieras que hiciesen contigo*, inspira á todos los hombres esta otra máxima de bondad natural, mucho menos perfecta, pero mas útil puede ser que la precedente, *haz tu bien con el menos mal que sea posible de otro*. Es, en una palabra, en este sentimiento natural, mas bien que en los argumentos sutiles, en donde es necesario buscar la causa de la repugnancia que todo hombre esperimenta de hacer mal, prescindiendo de las máximas de la educacion. Aun cuando pudiese pertenecer á Sócrates, y á los espíritus de su temple, el adquirir la virtud por medio de razones, ya hubiera mucho tiempo que el género humano no existiria, si su conservacion hubiese dependido de los razonamientos de aquellos que le componen.

Con pasiones tan poco activas, y con un freno tan saludable, los hombres, mas bien ariscos que perversos, y mas cuidadosos en precaverse del mal que pueden recibir, que tentados de hacerlo

á otros, no eran propensos, ni se hallaban espuestos á contiendas muy peligrosas: como no tenian entre ellos ninguna especie de comercio, no conocian por consecuencia ni la vanidad, ni la atencion, ni el aprecio, ni el menosprecio, y no tenian la mas pequeña nocion *de lo tuyo y de lo mio*, ni ninguna idea verdadera de la justicia: miraban las violencias que podian sufrir, como un mal fácil de remediar, y no como una injuria que era necesario castigar; y como no pensaban jamas en la venganza, si no maquinalmente y en el acto, como el perro que muerde la piedra que le tiran: por esta razon sus disputas hubieran rara vez sido sangrientas, siempre que no hubiesen tenido un motivo mas poderoso y sensible que el del pasto: mas yo veo uno mucho mas peligroso, del cual me quedaba que hablar.

Entre las pasiones que agitan el corazon del hombre, hay una de ellas que es ardiente é impetuosa, la cual hace que un sexo sea necesario al otro: pasion terrible que arrostra todos los peligros, abate y destruye todos los ostáculos, y que parece, en sus furores, propia

para destruir el género humano, el cual está destinada á conservar. ¿Qué seria de los hombres poseidos y en poder de esta rabia desenfrenada y brutal, sin pudor, sin retencion, y disputándose á cada instante sus amores al precio de su sangre?

Es forzoso convenir indubitablemente, que mientras mas violentas son las pasiones, tanto mas necesarias son las leyes para contenerlas: pero ademas de que los desórdenes y los crimenes que estas pasiones causan todos los dias entre nosotros, manifiestan palmariamente la insuficiencia de ellas sobre este punto, seria muy bueno y á propósito, examinar si estos desórdenes deben su nacimiento á las mismas leyes; porque en este caso, cuando ellas fuesen capaces de reprimirlos, seria lo menos que debiera exigírseles, que impidiesen un mal, que sin ellas no existiria.

Principiemos por distinguir lo moral de lo físico en el sentimiento del amor. Lo físico es el deseo general que conduce á un sexo á unirse al otro. Lo moral es la parte que determina y decide este deseo, y la que lo fija esclusivamente sobre un objeto, ó cuando no, le da por este ob-

jo preferido un grado de energia muy superior: de aquí se sigue, que es muy fácil ver que lo moral del amor es un sentimiento facticio, dimanado del uso de la sociedad, y celebrado por las mugeres con mucha destreza, zelo y cuidado afin de establecer su imperio, y hacer dominante el sexo que deberia obedecer. Fundándose este sentimiento sobre ciertas nociones del merito ó de la hermosura, que un salvage no se encuentra en estado de tener, y sobre comparaciones que no está en el caso de hacer, debe ser nula para él: porque como su entendimiento no ha podido formarse ideas abstractas de regularidad y de proporcion, su corazon no es tampoco susceptible de sentimientos de admiracion y de amor, que nacen, (casi sin que se aperciban de ellos) de la aplicacion de estas ideas: bajo este concepto, él cede únicamente al temperamento que ha recebido de la naturaleza, y de ningun modo al tedio que no ha podido adquirir: por cuya razon cualquiera muger es buena para él.

Limitados á solo lo físico del amor, y bastante felices por ignorar estas preferencias, que estimulan ó exaltan el

sentimiento y aumentan las dificultades, los hombres deben esperimentar con menos frecuencia y menos vigor los ardores del temperamento, y por consecuencia tener entre ellos pocas querellas, y nada crueles. La imaginacion que causa tantos desastres entre nosotros, no tiene ninguna influencia ni habla á los corazones salvages: cada uno espera tranquilamente el impulso de la naturaleza; se entrega á él sin eleccion, con mucho mas placer que furor, y satisfecha la necesidad, todo deseo desaparece y queda apagado.

Es pues una cosa incontestable que el amor mismo, así como las otras pasiones, no ha adquirido sino en la sociedad aquel ardor impetuoso que le hace repetidas veces tan funesto á los hombres; y es tanto mas ridículo el representar á lossalvages despedazándose entre ellos sin intermision por saciar su brutalidad, cuanto esta opinion es diametralmente opuesta á la esperiencia, y que los Caribes, uno de los pueblos existentes que hasta ahora ha sido el que menos se ha separado del estado natural, son precisamente los mas pacíficos en sus amores, y los menos sujetos á los zelos

no obstante que viven bajo un clima abrasador, que parece debe dar constantemente un impulso mucho mas activo, y poderoso á estas pasiones.

Con respecto á las inducciones que pueden sacarse de muchas especies de animales, ya de los combates de los machos que ensangrientan en todo tiempo nuestros patios: ó ya de los bramidos, que hacen resonar en la primavera los bosques y las selvas, disputándose la hembra, es necesario principiar por escluir todas las especies en las cuales la naturaleza ha establecido palpablemente, en la potentia relativa de los sexos, otras relaciones ó analogías que entre nosotros: mediante esto, las riñas de los gallos no pueden servir de manera alguna de comparacion á la especie humana. En las especies en las cuales esta proporcion se halla mejor establecida, estos combates no pueden proceder sino de la escasez de las hembras, en paralelo con el número de los machos, ó de los intervalos esclusivos, durante los cuales la hembra rehusa constantemente los halagos del macho, lo que es igual á la primera causa; porque si cada hembra no admite al ma-

cho sino durante dos meses del año, es lo mismo que si el número de las hembras fuese menor que el de los machos de las cinco sestas partes: luego, no pueden ser aplicables ninguno de estos dos casos á la especie humana, en que el número de las hembras es superior generalmente al de los varones, y en que no se ha observado jamas que las hembras, aun entre los salvages, tengan, como las de las otras especies, tiempos de calor y de esclusion. Ademas, entre muchos de estos animales entrando toda la especie á un mismo tiempo en efervescencia, sobreviene un momento terrible de ardor comun, de tumulto, de desórden y de combate; momento que no tiene cabida en la especie humana, en donde el amor no es nunca periódico. No se puede por ningun título decidir de las riñas de ciertos animales por la posesion de las hembras, que lo mismo sucederia al hombre en el estado natural; y aun cuando se pudiese deducir esta conclusion, como estas disensiones no destruyen las otras especies, se debe creer á lo menos que no serian mucho mas funestas á la nuestra, y es muy

probable que les causaria menos desastres que hacen en la sociedad, sobre todo en los países en donde las costumbres siendo reputadas todavía por alguna cosa, los zelos de los amantes y la venganza de los esposos causan todos los dias duelos, muertes, y accidentes mucho peores aun; en los que el deber de una fidelidad eterna no sirve sino para cometer adulterios; y en los cuales las leyes mismas de la continencia y del honor multiplican necesariamente la disolucion, y aumentan considerablemente los abortos..

Concluyamos que errante en las selvas, sin industria, sin lenguage, sin domicilio, sin guerra, sin enlaces, sin ninguna necesidad de sus semejantes, como sin ningun deseo de hacerles daño, puede ser quizas, sin conocer jamas ninguno individualmente, el hombre salvage, sujeto á muy pocas pasiones; y siendose suficiente á sí mismo, no tenia sino los conocimientos y las luces propias á tal estado; no esperimentaba mas que sus verdaderas necesidades; no miraba sino aquello que creia tener interes de ver; y su inteligencia no hacia mas progresos que su vanidad. Si por casua-

lidad hacia algun descubrimiento, podia tanto menos comunicarlo cuanto no conocia ni aun á sus hijos mismos; y así el arte perecia con el inventor. No habia en este estado ni educacion ni progresos; las generaciones se multiplicaban inútilmente, y cada uno partiendo constantemente del mismo punto, los siglos se transcurrian en toda la rusticidad de las primeras edades; la especie era ya bastantemente vieja, y el hombre permanecia siempre niño.

Si me he estendido tanto sobre le posicion de esta condicion primitiva, ha sido porque teniendo errores antiguos y preocupaciones inveteradas que destruir, he creido deber profundizar hasta la raiz, y manifestar en el cuadro del verdadero estado natural, cuan distante se halla la desigualdad natural misma, de tener en el referido estado tanta realidad é influencia como pretenden nuestros escritores.

En effecto, es muy fácil ver que entre las diferencias que distinguen á los hombres, muchas pasan por naturales, que no son sino hechura del hábito y de los diversos generos de vida que adoptan los hombres en la

sociedad : así un temperamento robusto ó delicado, la fuerza ó la debilidad que dependen déél, proceden comunmente mas bien del modo duro ó afeminado en que se ha criado, que en la constitucion primitiva de los cuerpos : de la misma manera sucede con las fuerzas del espíritu ; y la educacion no solo establece ó hace la diferencia entre los entendimientos cultivados, y los que no lo son, sino que aumenta aquella que se halla entre los primeros á proporcion de la cultura ; porque si un gigante y un pigmeo marchan por un mismo camino, cada paso que hagan el uno y el otro, presentará una nueva ventaja para el gigante. Luego, si se compara la diversidad prodigiosa de la educacion y del género de vida que reina en las diferentes clases del estado civil, con la simplicidad y uniformidad de la vida animal y salvage, en la cual todos se sustentan de los mismos alimentos, viven de la misma manera, y hacen exactamente las mismas cosas, se comprenderá cuanto menor debe ser la diferencia de hombre á hombre en el estado natural que en el de la sociedad; y cuanto debe aumentar la desigualdad natural en la especie

humana por causa de la desigualdad de institucion.

Pero cuando la naturaleza afectase en la distribucion de sus dones tantas preferencias como se pretende, ¿ que ventaja sacarian los mas fovorecidos en perjuicio de los otros, en un estado de cosas que no admitiria casi ninguna suerte de relacion entre ellos? allí donde no se conoce al amor, ¿ de que serviria la belleza? ¿ De que sirve el entendimiento á gentes que no hablan absolutamente? ni la astucia á aquellos que no tienen ningunos negocios? Yo oigo repetir sin cesar, que los mas fuertes oprimirán á los débiles; pero que se me esplique ¿ que quieren decir por la voz opresion? Los unos dominarán con violencia, y los otros gemirán esclavos de todos los caprichos de sus tiranos. Ve aquí precisamente lo que observo entre nosotros; pero no veo como pudiera decirse esto de los hombres salvages, á los que no se podria, ni aun con trabajo infinito, hacer entender que cosa es servidumbre y dominacion. Un hombre podria muy bien apoderarse de los frutos que otro ha cogido, de la caza que ha atado, de la gruta que le servia

servia de asilo, mas ¿ como llegará jamas al punto de hacerse obedecer ? y cuales podrán ser las cadenas de la dependencia entre los hombres que nada poseen? Si se me echa de un árbol por la fuerza, estoy recompensado y satisfecho con irme á otro: si se me atormenta en un sitio, ¿quien podria impedirme ir á otra parte? Si se halla por desgracia un hombre de una fuerza superior á la mia, y ademas horrible y altamente depravado, atrozmente feroz y perezoso, para obligarme á proveer á su subsistencia, en tanto que el permenace ocioso; es necesario igualmente que se resuelva á no perderme de vista un solo instante, á tenerme atado perfectamente durante su sueño, de miedo de que no me escape ó de que le mate; quiero decir, que se ve forzado y constituido voluntariamente á un trabajo mucho mayor y mas penoso que el que queria evitar, y que el que me da á mí mismo: despues de todo esto, si disminuye su vigilancia ó pierde su energía un solo instante, ó un ruido imprevisto le hace volver hácia otro lado la cabeza, entonces doy veinte pasos en la selva, mis hierros se rompen al momento y no me torna á ver en toda su vida..

Sin prolongar inúltimente estos por menores, cada uno debe ver que los lazos de la servitumbre no siendo formados sino de la dependencia mutua de los hombres y de las necesidades recíprocas que los unen, es imposible sujetar á un hombre sin haberle puesto antes en el caso de no poder pasarse de otro; situacion que, no existiendo sino en el estado natural, deja por sí misma la libertad del yugo, y hace que sea ilusoria y vana la ley del mas fuerte.

Despues de haber probado que la desigualdad es apenas sensible en el estado natural, y que su influencia es casi nula: me queda que demostrar su orígen y sus progresos en los desenvolvimientos sucesivos del espíritu humano: y despues de haber manifestado que la *perfectibilidad*, las virtudes sociales, y las otras facultades que el hombre natural habia recibido en potencia, no podian jamas desenvolverse por ellas mismas; que tenian necesidad para efectuarlo del concurso fortuito de muchas causas exóticas que podian no haber tenido lugar nunca, y sin las cuales hubiera permanecido eternamente en su primitiva constitucion, me queda que conside-

rar, acercar y reconciliar las diferentes casualidades que han podido perfeccionar la razon humana, deteriorando la especie; hacer un ser perverso, constituyéndole sociable; y desde un término tan distante traer enfin al hombre y al mundo al punto en que le vemos.

Confieso que los acontecimientos que tengo que describir habiendo podido suceder de muchos modos, no es posible determinarme ó decidirme sobre la eleccion sino por conjeturas: pero ademas que estas conjeturas se convierten en razones, cuando son las mas probables que pueden deducirce de la naturaleza de las cosas, y los únicos medios que pueden emplearse para descubrir la verdad, las consecuencias que voy á deducir de las mias, no serán de ninguna manera conjeturales, puesto que no podrá formarse sobre los principios que acabo de establecer, ningun otro sistema que no me diese los mismos resultados y del cual no pudiese sacar las mismas conclusiones.

Esto me dispensará de estender mis reflexiones sobre el modo como el lapso del tiempo compensa la poca verosimilitud de los sucesos; sobre el poder

admirable de las mas ligeras causas, cuando obran sin intermission; sobre la imposibilidad en que se está por un lado, para destruir ciertas hipótesis, si del otro no se hallan medios de darles el grado que se requiere de certeza en los hechos; y sobre que de dos hechos que habiendo sido presentados, y dados como reales para enlazar por el conducto de una serie de otros intermediarios, desconocidos ó mirados como tales; es á la historia, cuando se tiene, á la que persenece dar los que los unen; y es á la filosofía, en su defecto, á quien toca determinar los parecidos que pueden ligarlos: enfin en materia de acontecimientos, la semejanza reduce los hechos á un número de clases diferentes mucho mas pequeño que puede imaginarse.

Creo me es suficiente ofrecer estos objetos á la alta consideracion de mis jueces; y pienso que me basta igualmente haber hecho de forma que los lectores ligeres no tuviesen necesidad de considerarlos.

SEGUNDA PARTE.

El primero que, habiendo cercado un terreno, se atrevio á decir, *esto es mio*, y halló gentes bastante dóciles y simples que le creyeron, fue sin disputa el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuantos crímenes, guerras, homicidios, miserias y horrores no hubiera evitado al género humano aquel que, arrancando las estacas ó cegando el foso, hubiese gritado á sus semejantes: guardaos bien de escuchar á ese impostor; vosotros pereceréis infaliblemente si olvidais que los frutos son de todos, y que la tierra no pertenece á nadie! Pero hay grandes presunciones y appariencias de que entonces las cosas habian llegado ya á un punto, en el cual no podrian exîstir por mas tiempo: porque ésta idea de propiedad, procediendo de muchas otras anteriores, que no pudieron nacer sino sucesivamente, no se formó de una vez solamente en el espíritu humano: fue necesario para ello hacer bastantes pro-

gresos, adquirir suficiente industria y luces, transmitirlas y aumentarlas de edad en edad, antes de llegar á este último período del estado natural. Volvamos pues á tomar las cosas desde mas alto, y procuremos reunir bajo un solo punto de vista, esta lenta sucesion de acontecimientos y de conocimientos en su órden mas natural.

El primer sentimiento del hombre fué el de su existencia; su primer cuidado el de su conservacion. Las producciones de la tierra le suministraban todos los víveres y recursos necesarios, y el instinto le conducia á hacer uso de ellos. El hambre, y otros apetitos le hacian esperimentar alternativamente diversos modos de exìstir; hubo uno de entre ellos que le incitó á perpetuar su especie y esta inclinacion ó propension ciega, desprovista de todo sentimiento del corazon, no producia mas que un acto puramente animal: la necesidad satisfecha, los dos sexos no se reconocian mas, y el hijo mismo no pertenecia mas á la madre, en el momento en que podia vivir sin el auxìlio de ella.

Tal fue la condicion del hombre al nacer: tal fue la vida de un animal limi-

tado precisamente á las puras sensaciones, el cual no se aprovechaba casi de los dones que le ofrecia la naturaleza, y no pensaba de ninguna manera en utilizarse de nada de ella : mas muy pronto se presentaron difficultades, y fue necesario aprender á vencerlas : la altura de los árboles que le impedia alcanzar sus frutos, la concurrencia de los animales que trataban igualmente de sustentarse de ellos, y la ferocidad de aquellos que conspiraban contra su propia vida, todo esto le obligó á aplicarse á los egercicios del cuerpo, y fue indispensable hacerse ágil, ligero en la carrera, y vigoroso en el combate. Las armas naturales, que son las ramas de los árboles y las piedras, se hallaron muy pronto á su disposicion, él aprendió á superar los ostáculos de la naturaleza, á combatir en los casos fortuitos á los otros animales, y á disputar su subsistencia á los hombres mismos, ó á indemnizarse de aquello que se vió precisado de ceder al mas fuerte.

A medida que el género humano se propagaba, los trabajos y fatigas se multiplicaron con los hombres. La diferencia de los terrenos, de los climas, y de las estaciones, pudo obligarlos a variar en sus

modos de vivir. Años estériles, inviernos largos y crudos, y estíos secos, calurosos y abrasadores que todo lo consumian y aniquilaban, exigieron de ellos una nueva industria. En las márgenes y orillas del mar y de los rios, inventáron el sedal y el anzuelo, y se convirtieron en pescadores é ictiófagos: en los bosques se construyeron arcos y flechas, y vinieron á ser cazadores y guerreros; y en los paises frios se cubrieron con las pieles de las bestias que habian matado. El trueno, un volcan, ó alguna feliz casualidad les hizo conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; ellos aprendieron á conservar este elemento, en seguida á reproducirlo, y en fin á preparar con él las carnes que antes devoraban crudas.

Esta aplicacion reiterada que hacía de los seres diversos á él, y de los unos á los otros, debia naturalmente engendrar en el entendimiento del hombre las percepciones de ciertas analogías. Estas relaciones que nosotros espresamos por medio de las voces, grande, pequeño, fuerte, debil, ligero, lento, medroso, atrevido, y otras ideas iguales, comparadas en la necesidad y casi sin pensar

en ellas, produgeron enfin en él cierta especie de reflexîon, ó mas bien una prudencia maquinal, que le indicaba las precauciones las mas urgentes para su seguridad.

Las nuevas luces que resultaron de este desenvolvimiento, aumentaron su superioridad sobre los otros animales, haciéndola conocer distintamente. El se egercitó y ocupó en armarles trampas ó lazos, mudándolos y cambiándolos de mil maneras diferentes âfin de engañarles; y aun cuando muchos de aquellos que podian serles útiles ó perniciosos, tenian fuerzas muy superiores á las suyas en el combate, y mayor ligereza en la carrera, llegó con el tiempo á ser el señor de los unos, y el azote de los otros. Así fue como la primera mirada que echó sobre sí mismo, produjo el primer movimiento de orgullo; y así fue igualmente como, apenas sabiendo distinguir las clases, y considerándose la primera por su especie, se preparaba desde lejos â pretender la por solo su individuo.

Aun cuando sus semejantes no fuesen para él lo que son para nosotros, y

no tuviese mucho mas comercio con ellos que con los otros animales, sin embargo estos no dejaron de tener parte en sus observationes. Las conformidades que el tiempo pudo hacer apercibir entre ellos, su hembra, y él mismo, le hicieron juzgar de aquellas que no distinguia; y viendo que se conducian todos de la misma suerte que él lo hubiera hecho en iguales circunstancias, concluyó que sus modos de pensar y de sentir eran enteramente conformes á los suyos; y esta importante verdad, bien establecida en su espíritu, le hizo seguir y adoptar, por un presentimiento tan seguro, y mas pronto que la dialéctica, las mejores reglas de conducta, que le convenia guardar con ellos, para su beneficio y seguridad.

Instruido por la esperiencia, que el amor del bien estar es el solo móvil de las acciones humanas, se halló muy pronto en estado de distinguir las ocasiones raras en que el interes comun debia hacerle contar con la asistencia de sus semejantes, y aquellas mas raras todavía en que la concurrencia debia hacerle desconfiar de ellos. En el primer caso, se unia con ellos en bandas, ó

cuando mas, por medio de una especie de asociacion libre, que no obligaba á nadie, y que no duraba sino tanto cuanto la necesidad pasagera que la habia formado. En el segundo, cada uno buscaba como sacar sus ventajas, ya por la fuerza abierta, si creia poderlo conseguir; ya por la destreza y astucia, si se consideraba mas débil.

Ve aquí de que modo los hombres pudieron adquirir insensiblemente alguna idea, aunque grosera, de los empeños mutuos, y de la ventaja de desempeñarlos; mas era solamente en tanto que lo exigia el interes presente y sensible, y nada mas: pues la prevision no era conocida, ni tenia lugar entre ellos, y lejos de ocuparse de un porvenir remoto, no pensaba ni siquiera en el dia siguiente. Se trataba de coger un ciervo, cada uno sabia muy bien que era indefectible para ello guardar fielmente su puesto; pero si una liebre pasaba en el interin cerca de alguno de ellos, no debe dudarse que la persiguiese sin ningun escrúpulo, y que habiendo logrado alcanzar su presa, no se le diese el mas mínimo cuidado de haber sido causa de que sus compañeros no hubiesen conseguido coger la suya.

Es facilísimo comprender que semejante comercio no exigia un lenguage mucho mas refinado que el de las Cornejas ó de los Monos, quienes se atropan casi de la misma manera.

Gritos inarticulados, muchos gestos, y alguuos sonidos imitativos, debieron componer durante largo tiempo la lengua universal, á lo cual añadiendo en cada comarca algunos sones articulados y convencionales, de los que, como ya tengo dicho, no es casi posible esplicar la institúcion, formaron y tuvieron lenguas particulares, pero groseras, imperfectas y tales sobre poco mas ó menos como tienen hoy dia diversas naciones salvages.

Yo recorro con la velocidad del rayo una multitud de siglos, forzado por el transcurso del tiempo, por la abundancia de cosas que tengo que decir, y por el progreso casi imperceptible en los principios; porque cuanto mas lentos fueron en sucederse los acaecimientos tanto mas pronto se describen.

Estos primeros progresos pusieron por fin al hombre en estado de hacer otros mas rápidos; y á proporcion que el entendimiento se ilustraba mas, mucho mas

se perfeccionaba la industria. Bien pronto cesando de dormirse bajo el primer arbol, ó de retirarse en sus cavernas, hallaron unas especies de hachas de piedras duras y cortantes que les sirvieron para partir leña, cavar la tierra, y hacer chozas de ramas, las que imaginaron despues revocar con arcilla y barro. Fue entonces la época de una primera revolucion que formó el establecimiento y la distincion de las familias: y que introdujo una suerte de propiedad, de donde puede ser nacieron ya infinitas querellas y combates. No obstante como fueron, probablemente, los mas fuertes, los primeros que se construyeron habitaciones, los cuales se hallaban capaces y en estado de defenderlas, es de creer que los debiles, tuvieron por oportuno y por mucho mas corto y seguro, el imitarles que tentar de desalojarlos; y por lo que respeta á aquellos que tenian ya cabañas, ninguno debió tratar con empeño de apropiarse la de su vecino, mucho menos porque no le pertenecia, que porque le era inútil, y que no podia apoderarse de ella sin esponerse á un combate muy reñido y vivo con la familia que la ocupaba.

Los primeros desenvolvimientos del corazon fueron efecto de una situacion nueva, que reunia en una habitacion comun los maridos y las mugeres, los padres y los hijos; la costumbre de vivir juntos produjo y dió á luz los mas dulces sentimientos, que han conocido los hombres, el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia vino á ser una pequeña sociedad tanto mas bien unida, cuanto eran el afecto recíproco, el cariño y la libertad, los únicos lazos. Y fue entonces cuando se estableció la primera diferencia en el modo de vivir de los dos sexos, que hasta allí no habian tenido sino uno mismo. Las mugeres principiaron á ser mas sedentarias, y se acostumbraron á guardar la cabaña y los hijos, mientras el hombre iba á buscar la subsistencia comun. Los dos sexos comenzaron tambien por medio de una vida un poco mas muelle, á perder alguna cosa de su ferocidad y vigor; pero si cada uno separadamente vino á ser menos á propósito para combatir las bestias salvages, en recompensa les fue mucho mas fácil el reunirse para resistirles en comun.

En este nuevo estado, con una vida

simple y solitaria, con unas necesidades muy limitadas, y con los instrumentos que habian inventado para proveerse, los hombres disfrutando de una ociosidad bastante estensa se ocuparon en procurarse infinitas clases de comodidades desconocidas á sus padres; y este fue el primer yugo que se impusieron sin pensar en el, y el primer y principal manantial de los males que prepararon á sus descendientes: porque ademas de que continuaron así, debilitándose el cuerpo y el espíritu, sus comodidades habiendo por el hábito perdido casi todo cuanto las hacian agradables, y al mismo tiempo degenerado en verdaderas necesidades, la privacion de ellas vino á ser aun mas cruel, que grata su posesion, y eran desgraciadísimos cuando las perdian, sin ser felices poseyéndolas.

Se descubre aquí algo mejor, aunque confusamente, de que modo el uso de la palabra se estableció ó se perfeccionó insensiblemente en el seno de cada familia, y se puede conjeturar tambien, como diversas causas particulares pudieron estender el lenguage, y acelerar sus progresos, haciéndole mucho mas urgente. Grandes inundaciones o terre-

motos cercaron ó rodearon de aguas ó de precipicios algunos cantones habitados; y revoluciones del globo separaron y convirtieron en islas varias porciones del continente. Se concibe sin repugnancia, que entre los hombres reunidos de esta suerte, y forzados á vivir juntos, debió formarse un idioma comun, mas bien que entre aquellos que erraban libremente en las selvas de tierra firme; así pues, es muy posible que despues de los primeros ensayos de la navegacion, los isleños nos hayan traido é introducido entre nosotros el uso de la palabra; y es á lo menos muy verosímil, que la sociedad y las lenguas tuvieron su orígen en las islas, y que allí se perfeccionaron, antes de ser conocidas en el continente.

Todo principió á cambiar de aspecto. Los hombres errantes hasta aquí en los bosques, habiendo adoptado un método mas sentado y fijo, se aproxîman con lentitud, se reunen en diversas bandas, y forman en fin en cada comarca una nacion particular, unida por las costumbres y por el carácter, no por reglamentos ni por leyes, pero sí por el mismo genero de vida y de alimentos, y por la influen-

cia comun del clima. Una vecindad permanente no pudo dejar de engendrar con el tiempo algunos enlaces entre varias familias. Jóvenes de diferentes sexos habitaban las cabañas vecinas, el trato pasagero que exige la naturaleza trae consigo muy pronto otro, no menos dulce y mas permanente, respecto a la mutua frecuentacion: acostumbrandose á considerar diversos objetos, y á hacer comparaciones, se adquieren insensiblemente ideas del mérito y de la hermosura, las que producen sentimientos de preferencia. A fuerza de verse, no se puede ya pasar sin volverse á ver. Un sentimiento tierno y dulce se insinua en el alma, y por la menor oposicion se convierte en un furor impetuoso: los zelos se despiertan y nacen con el amor, la discordia triunfa, y á la mas dulce y alagueña de todas las pasiones se le inmolan víctimas humanas.

A proporcion que las ideas y los sentimientos se suceden, que el entendimiento y el corazon se ejercen, el género humano continúa á domesticarse, los enlaces se estienden y propagan, y los vínculos se estrechan y restriñen. Se acostumbraron á reunirse en las puer-

tas de las cabañas ó al rededor de un árbol : el canto y la danza, verdaderos hijos del amor y del ocio, vinieron á ser el entretenimiento ó mas bien la ocupacion de las mugeres y de los hombres ociosos y congregados. Cada uno principió á mirar á los otros, y á querer ser mirado igualmente, y la estimacion pública tuvo su precio. Aquel que cantaba ó baylaba mejor, el mas bello, el mas fuerte, el mas hábil y sagaz, ó el mas elocuente, fueron los mas considerados; y he aquí el primer paso ácia la desigualdad y ácia el vicio al mismo tiempo: de estas primeras preferencias nacieron de un lado la vanidad y el menosprecio, del otro la vergüenza y la envidia: y la fermentacion causada por estos nuevos ácidos produjeron enfin unos mixtos muy funestos á la felicidad y á la inocencia.

Al momento que los hombres principiaron á apreciarse mutuamente, y que la idea de la consideracion se formó en sus espiritus, cada cual pretendia tener derecho á ella: y ya no fue posible impunemente dejar de concedérsela á todos. De allí emanaron los primeros deberes de la urbanidad, aun entre los salvages, y de allí todo agravio voluntario se con-

virtió en el ultrage, porque con el mal que resultaba de la injuria, el ofendido veia el menosprecio de su persona; infinitas veces mucho mas insuportable que el mismo mal. De aquí se originó que, cada uno castigando el desprecio que le habian hecho ó demostrado, de una manera proporcionada al caso que hácia de sí mismo, las venganzas principiaron á ser terribles, y los hombres sanguinarios y crueles. Ve aquí precisamente el grado al cual habian llegado la mayor parte de los pueblos salvages que nos son conocidos; y por no haber distinguido suficientemente las ideas ni observado cuan distantes estaban ya estos pueblos del primer estado natural, muchos se hán apresurado á fallar que el hombre es naturalmente cruel, y que tiene necesidad de pulimento para dulcificarse; mientras que nada es tan dulce como él lo era en su estado primitivo, y cuando colocado por la naturaleza á distancias iguales de la estupidez de los brutos y de las luces funestas del hombre civil, y limitado igualmente por el instinto y por la razon â preservarse del mal que le amenazaba, se abstenia por la piedad natural de hacer por sí mis-

mo mal á nadie, sin verse obligado á ello por algun motivo poderoso, aun despues de haberlo sufrido: porque segun el axioma del sabio Locke, *no podrá haber injuria allí en donde no hay propiedad.*

Pero es necesario observar que principiada ya la sociedad, y establecidas igualmente las relaciones entre los hombres, exigian en ellas cualidades diferentes de las que tenian en su constitucion primitiva; que principiando la moralidad á introducirse en las acciones humanas, y siendo cada uno, antes que hubiese leyes, el solo juez y vengador de las ofensas que habia recibido, la bondad proporcionada y provechosa al puro estado natural no era ya la que convenia á la sociedad naciente; y que era forzoso que los castigos aumentasen en severidad á medida que las ocasiones de ofender se hacian mas frecuentes, supuesto que era el terror de las venganzas quien debia ocupar el lugar del freno de las leyes. En esta atencion aun cuando los hombres hubiesen llegado á ser menos sufridores ó tolerantes, y que la piedad natural hubiese ya esperimentado alguna alteracion, este periodo del desenvolvimiento de las facultades humanas,

siendo un justo medio entre la indolencia del estado primitivo y la impetuosa actividad de nuestro amor propio, debió ser la epoca mas felíz y mas duradera. Mientras mas se reflexiona acerca de esto, mas bien se advierte que este estado era el menos propenso á revoluciones, el mejor y mas á propósito para el hombre (*p*), y del cual no ha debido salir sino por alguna funestísima casualidad, la que por la felicidad y utilidad comun no debió jamas haber tenido lugar. El ejemplo de los salvages, á los que se han hallado en este punto, parece confirmar que el género humano estaba hecho para permanecer eternamente en él; que este estado es el de la verdadera juventud del mundo, y que todos los progresos ulteriores han sido en la aparencia otros tantos pasos hechos ácia la perfeccion del individuo, y en la realidad no han sido sino ácia la decrepitud de la especie.

En tanto que los hombres se contentaron con sus cabañas rusticas, en tanto que se redujeron á coser sus vestidos de pieles con espinas ó con huesos, ó aderezarse con plumas y conchas, á pintarse el cuerpo de varios colores, á perfeccio-

nar y hermosear sus arcos y sus flechas, á construir con piedras cortantes algunas canoas de pescadores ó algunos groseros instrumentos de música, en una palabra, en tanto que no se aplicaron sino á obras que uno solo podia hacer, y á artes que no tenian necesidad del concurso de muchas manos, vivieron libres y sanos, fueron buenos y dichosos, tanto cuanto podian serlo por su naturaleza, y continuaron á disfrutar entre ellos de las bellezas y dulzuras de un comercio independiente. Pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad del auxilio de otro: desde que se apercibieron que era útil á uno solo el tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, la propiedad se introdujo, el trabajo vino á ser indispensable, y las vastas selvas se metamorfosearon en agradables y risueñas campiñas, que fue preciso regar con el sudor de los hombres, y en las cuales se vieron muy pronto á la esclavitud y á la miseria germinar y crecer con las cosechas.

La metalurgía, y la agricultura fueron las dos artes cuya invencion produjo esta grande revolucion. Para el poeta, es el oro y la plata, pero para el filósofo,

son el hierro y el trigo los que han civilizado á los hombres, y perdido al género humano: así el uno y el otro eran desconocidos á los salvages de la América, por lo cual han subsistido siempre tales: los otros pueblos parecian igualmente haber permanecido barbaros en el interin que han practicado el uno de estos artes sin el otro; y una de las mas sólidas razones que hay, para decir por que causa la Europa ha sido, sino antes, á lo menos mas generalmente y mejor civilizada que las otras partes del mundo, es porque ella es á la vez la mas abundante en hierro, y la mas fértil en trigo.

Es muy dificil conjeturar de que modo los hombres han llegado á conocer y á emplear el hierro, pues no es creible que hayan imaginado por sí mismos el estraer la materia de la mina, y el darle las preparaciones indispensables para ponerla en fundicion antes de saber lo que de ella resultaria. Por otra parte, se puede tanto menos atribuir este descubrimiento á algun incendio accidental, cuanto las minas no se forman sino en los sitios áridos, y desnudos de árboles y de plantas; de

suerte que se diria que la naturaleza habia tomado sus precauciones para ocultarnos este fatal secreto. No queda, pues, otra cosa sino la circunstancia estraordinaria de algun volcan, que habrá dado á los observadores, arrojando materias metálicas en licuacion, la idea de imitar esta operacion de la naturaleza; y aun es preciso suponerles mucho ánimo y prevision para emprender un trabajo tan penoso, y para reconocer desde tan enorme distancia, las ventajas que de ella podian sacar; lo que no es propio ni conviene casi nunca sino á entendimientos algo mas egercitados de lo que debian ser estos.

En cuanto á la agricultura, sus principios fundamentales eran conocidos mucho tiempo antes que su práctica fuese establecida; y no es casi posible que los hombres, ocupados sin cesar en sacar su subsistencia de los árboles y de las plantas, no tuviesen incontinente el conocimiento de los conductos ó vias que emplea la naturaleza para la generacion de los vegetales: pero su industria no se dirigió probablemente sino muy tarde hácia este objeto, ya sea respecto á que los árboles, que con la caza y la pesca

proveian

proveian suficientemente á su manutencion, no tenian necesidad de sus cuidados, ya por falta de conocer el uso del trigo, y por carecer de prevision acerca de las urgencias futuras, ya sea enfin por faltarles los medios para impedir á los otros el apropiarse el fruto de su trabajo. Cuando llegaron á ser mas industriosos, se puede creer que valiéndose de piedras afiladas y de palos puntiagudos, principiaron á cultivar algunas legumbres ó raices al rededor de sus cabañas, mucho tiempo antes de saber preparar el trigo, y de tener los instrumentos necesarios para la cultura en grande, sin contar que para entregarse á esta ocupacion y sembrar tierras, es forzoso resolverse á perder infaliblemente alguna cosa, para ganar mucho en lo sucesivo; precaucion muy distante del genio y entendimiento del hombre salvage, que esperimenta y tiene, como ya he dicho, un trabajo demasiado improbo, ó mas bien una repugnancia innata, en pensar por la mañana en sus urgencias de la noche.

La invencion de las otras artes se hizo por consecuencia indispensable, para obligar al género humano á aplicarse á la de la agricultura. Desde el momento

en que los hombres fueron necesarios para fundir y forjar el hierro, hubo tambien necesidad de otros hombres para mantenerlos. A proporcion que el número de los obreros se multiplicaba, disminuian los brazos empleados en proveer á la subsistencia comun, sin que hubiese por esto menos bocas para el consumo, y como que fue forzoso que los unos tomasen víveres en cambio de su hierro, los otros encontraron enfin el secreto de emplear el hierro para la multiplicacion de los víveres; de allí nacieron, de un lado la labranza y la agricultura, y del otro el arte de trabajar los metales y de multiplicar sus usos.

De la cultura de las tierras se siguió precisamente su reparticion, y de la propiedad una vez reconocida, las primeras reglas de justicia: pues para dar á cada cual lo suyo, es indispensable que cada uno deba tener alguna cosa; á esto se agrega que los hombres principiando á dirigir sus miras ácia el porvenir, y teniendo todos algunos bienes que perder, no habia ninguno entre ellos que no tuviese que temer por sí la represalia de los perjuicios que pudiese hacer á cualquier otro. Este origen es tanto mas

natural cuanto es imposible concebir la idea de la propiedad naciente de otra cosa que del trabajo personal: porque no se ve, ni se comprende lo que el hombre, para apropiarse los objetos que el no ha hecho, pudo dar, ó poner para ello ademas de su trabajo. Solo el trabajo es que dando derecho al cultivador sobre el producto de la tierra que ha labrado, se lo da tambien por consecuencia sobre el terreno mismo, á lo menos hasta la cosecha: y así de año en año; lo que constituyendo una posesion continua, se transforma facilmente en propiedad. Cuando los antiguos, dice Grocio, dieron á Céres el epíteto de legisladora, y á una fiesta celebrada en su honor el nombre de *Tesmoforias*, hicieron ver con esto que la reparticion de las tierras ha producido un nuevo género de derecho, es decir, el derecho de propiedad diferente del que resulta de la ley natural.

Las cosas hubieran podido permanecer igualadas, en este estado, si los talentos hubiesen sido iguales, y si el empleo del hierro, por ejemplo, y el consumo de los víveres hubieran siempre guardado un exacto equilibrio: pero la proporcion (que no habia nada que la mantu-

viese) fue muy pronto destruida; el mas fuerte hacia mas labor; el mas sagaz sacaba mejor partido de la suya; el mas ingenioso hallaba medios de abreviar el trabajo; el labrador tenia mas necesidad de hierro, y el herrero mucha mas de trigo; y trabajando todos igualmente, el uno ganaba mucho, mientras el otro apenas podia vivir. Así la desigualdad natural se despliega insensiblemente con la de la combinacion, y las diferencias de los hombres desenvueltas por las de las circunstancias, vienen á ser mas palpables, mas permanentes en sus efectos, y principian á influir guardando la misma proporcion, sobre la suerte de los particulares.

Las cosas habiendo llegado hasta este punto, es fácil imaginar el resto. Yo no me detendré en describir la invencion sucesiva de las otras artes, los progresos de las lenguas, la prueba y el empleo de los talentos, la desigualdad de los bienes, el uso ó el abuso de las riquezas, ni todos los pormenores que siguen á estos, y que cada cual puede comodamente agregar. Me limitaré unicamente á echar una ojeada sobre el

género humano colocado en este nuevo órden de cosas.

Ve aquí enfin todas nuestras facultades desenvueltas, la memoria y la imaginacion en movimiento, el amor propio interesado, la razon puesta en actividad, y el entendimiento casi habiendo ya llegado al término de la perfeccion de que es susceptible. He aquí tambien todas las cualidades naturales puestas en accion, la clase y la suerte de cada hombre establecidas, no solamente sobre el numero de los bienes, y del poder de ser útil ó de dañar, pero aun sobre el entendimiento, la hermosura, la fuerza ó la destreza, el mérito ó los conocimientos; y estas cualidades siendo las solas que podian atraerse ó grangearse la consideracion, se hizo muy pronto indispensable tenerlas ó afectarlas. Fue necesario para la utilidad individual manifestarse otro de lo que era en realidad: ser y parecer vinieron á ser dos cosas totalmente diferentes, y de esta distincion salieron á luz el fasto asombroso, la astucia engañosa, el artificio malicioso, y todos los vicios que forman la comitiva de estos. En este supuesto de libre é independiente que era antes el hombre,

he le aquí por un immenso número de nuevas necesidades sometido, por decirlo así, á toda la naturaleza; y sobre todo á sus semejantes, de los cuales viene á ser esclavo, aun cuando llegue á ser su señor; rico, sus servicios les son indispensables; pobre, tiene necesidad de sus socorros, y la mediocridad no le pone en estado de poder pasar sin el auxilio de alguno de ellos. Es forzoso enfin que trate sin cesar de atraerse la voluntad de ellos, y hacer de modo que se interesen en su suerte; é igualmente de hacerles ver en realidad ó en apariencia las ventajas que ellos deben sacar ocupándose y trabajando por la suya: todo lo cual le convierte en falaz y artificioso para con los unos; imperioso y cruel para con los otros; y le pone en la dura situacion de engañar á todos aquellos de quienes tiene necesidad, siempre que no halla medios de hacerse temer, ó que no encuentra su interes en servirles útilmente. Enfin la ambicion devoradora, y el ardor de aumentar su riqueza relativa, mucho menos por una verdadera necesidad, que por colocarse en un lugar superior á los demas; estas dos Arpias inspiran á todos los hom-

bres la horrenda y negra propension de perjudicarse mutuamente, y una envidia ó zelotipia secreta tanto mas dañosa, cuanto ella se presenta, para dar su golpe con mas seguridad, disfrazada con los adornos de la benevolencia: en una palabra, concurrencia y rivalidad de una parte, oposicion de intereses de la otra, y siempre el deseo oculto de hacer su negocio en perjuicio de los demas: todós estos males son hijos del primer efecto de la propriedad, y la comitiva inseparable de la desigualdad naciente.

Antes que se hubiesen inventado los signos representativos de las riquezas, estas no podian consistir en otra cosa que ganados y tierras, los solos bienes reales que los hombres podian poseer. Luego que las heredades se aumentaron en número y en estension, hasta ocupar toda la superficie de la tierra y estar contiguas las unas con las otras, estas no pudieron agrandarse mas, sino á costa de las otras, y de los supernumerarios á quienes la debilidad ó la indolencia habian impedido adquirir bienes á su turno (viniendo á ser pobres sin haber perdido nada, respecto á que, cambiando todo al rededor de ellos, eran

únicamente ellos los que no habian cambiado) se vieron obligados á recibir ó arrancar su subsistencia de las manos de los ricos, y de aquí principiaron á nacer, segun los diversos carácteres de los unos y de los otros, la dominacion y el vasallage, la violencia y las rapiñas. Apenas los ricos llegaron á conocer por su parte el placer de dominar, cuando al momento desdeñaron á todos los otros, y sirviéndose de sus antiguos esclavos para hacer otros nuevos, ya no pensaron en otra cosa sino en subyugar y someter á todos sus vecinos : parecidos á aquellos lobos hambrientos que habiendo una vez gustado la carne humana, desechan y miran con tedio cualquier otro alimento, y no quieren ni ansian otra cosa que devorar hombres. Fue así como los mas poderosos ó los mas miserables, constituyendo de sus fuerzas ó de sus necesidades una especie de derecho sobre los bienes agenos, equivalente, segun ellos, al de la propiedad ; la igualdad así despreciada y rota, se vió seguida del mas horroroso desorden ; así las usurpaciones de los ricos, los latrocinios de los pobres, y las pasiones desenfrenadas de los unos y de los otros, su-

focando la piedad natural y la voz aun débil de la justicia, convirtieron á los hombres en avaros, ambiciosos y perversos. Se suscitaba entre el derecho del mas fuerte y el del primer *ocupante* un conflicto perpetuo, el cual no se terminaba sino por medio de combates y de muertes (*q*). La sociedad aun en su cuna hizo lugar al estado de guerra el mas terrible: el género humano envilecido y desolado no pudiendo ya retrogradar, ni renunciar á las adquisiciones desgraciadas que habia hecho, y no trabajando sino en su deshonor por el abuso de las facultades preciosas que le honran, se condujo por sí mismo al borde del precipicio y próximo á su total ruina.

Attonitus novitate mali, divesque, miserque,
Effugere optat opes, et quæ modò voverat, odit.

No es posible que al cabo los hombres no hiciesen reflexiones acerca de una situacion tan desdichada é infeliz, y sobre las calamidades de que se hallaban abrumados. Los ricos sobre todo debieron muy pronto reconocer cuan perjudicial y nada ventajoso era para ellos una guerra perpetua, en la cual pagaban solos todos los gastos, y en

donde el riesgo de la vida era comun, y el de los bienes particular. Ademas, fuera cual fuese el motivo con que quisiesen colorear sus usurpaciones, ellos conocian suficientemente que no se hallaban establecidas sino sobre un derecho precario y abusivo, y que no habiendo sido adquiridas sino con la fuerza, la fuerza podia volvérselas á quitar, sin que tuviesen razon para quejarse de ello. Aquellos mismos á quienes habia enriquecido solo la industria, no podian casi fundar su propriedad sobre mejores titulos. Cualquiera de estos podia decir para manifestar y probar su razon y derecho: yo he edificado esa pared, y he ganado ese terreno por medio de mi trabajo; ¿Y quien os ha dado las delineaciones? (podian reponderle) ¿y en virtud de que pretendeis ser pagado á nuestras espensas, de un trabajo que nosotros no os hemos impuesto? ¿Ignorais acaso que un número inmenso de vuestros hermanos perecen ó sufren de miseria, por causa de los bienes que teneis sobrados, y que os era indispensable un consentimiento espreso y unánime del género humano para apropiaros, de lo que pertenece á la

subsistencia comun, todo cuanto escede la vuestra? Destituido de razones sólidas y valederas para justificarse, y de fuerzas suficientes para defenderse, aniquilando facilmente á uno solo, pero aniquilado él mismo por el gran número de bandidos: solo contra todos, y no siéndole posible, á causa de las envidias mutuas, unirse con sus iguales contra unos enemigos unidos por la esperanza comun del pillage, el rico obligado por la necesidad, concibió finalmente el proyecto el mas meditado y capcioso que ha podido caber en el espíritu humano: y fue el de emplear en su favor las fuerzas mismas de aquellos que le atacaban, de hacer sus propios defensores de sus adversarios, de inspirarles otras máximas, y de darles unas instituciones, que le fuesen á él tan favorables, como el derecho natural le era contrario.

Con este objeto, despues de haber manifestado á sus vecinos el horror de una situacion que armaba á los unos contra los otros, que hacia tan onerosas sus posesiones como sus necesidades, y en la cual nadie podia hallar su seguridad, ni en la pobreza, ni en la riqueza, inventó con facilidad razones especiosas

para atraerse á todos y conseguir sus intentos. « Unámonos, les dijo, para
» preservar de la opresion á los débiles,
» contener á los ambiciosos, y asegurar
» á cada uno la posesion de todo cuanto
» le pertenece: instituyamos reglamen-
» tos de justicia y de paz, á los cuales
» esten todos obligados á conformarse,
» que no esceptuen á nadie, y que repa-
» ren de cierto modo los caprichos de la
» fortuna, sometiendo de la misma ma-
» nera al poderoso y al pobre á servicios
» y deberes mutuos. En una palabra,
» en lugar de dirigir nuestras fuerzas
» contra nosotros mismos, reunámoslas
» en un poder supremo que nos gobierne,
» por medio de sabias y justas leyes, que
» proteja y defienda todos los miembros
» de la asociacion, repela los enemigos
» comunes, y nos mantenga en una
» eterna concordia ».

No fue necesario ni aun la mitad del equivalente de este discurso, para persuadir á hombres groseros, muy fáciles de seducir, que tenian ademas muchos asuntos que aclarar y ventilar entre ellos para no poder permanecer sin árbitros: y demasiada avaricia y ambicion para que les fuese posible existir por mucho

tiempo

tiempo sin tener señores. Todos corrieron y se anticiparon á recibir sus cadenas, creyendo asegurar su libertad; porque á pesar que tenian bastante razon para conocer las ventajas que les resultarian de un establecimiento político, les fatalba la esperiencia para preveér los peligros y perjuicios que podia ocasionar: los mas capaces para presentir los abusos, eran precisamente aquellos que contaban aprovecharse de ellos; y los sabios mismos vieron que era forzoso resolverse á sacrificar una parte de su libertad, y perder un brazo para salvar el resto del cuerpo.

Tal fue ó debió ser el orígen de la sociedad y de las leyes, las que dieron nuevas trabas á los pobres, y nuevas fuerzas á los ricos (*r*); destruyeron para siempre la libertad natural, fijaron para in eternum la ley de la propiedad y de la desigualdad; de una sagaz usurpacion hicieron un derecho irrevocable, y por el beneficio, ó utilidad de algunos ambiciosos, sometieron desde entonces todo el género humano, al trabajo, á la servidumbre, á la pobreza y á la miseria. Se ve claramente de que modo el establecimiento de una so-

L

ciedad sola, hizo indispensable el de todas las demas, y como, para resistir á las fuerzas unidas, fue necesario unirse igualmente. Multiplicándose las sociedades, ó propagándose rapidamente, cubrieron muy pronto toda la superficie de la tierra, y ya no era posible hallar un solo rincon en el universo en donde se pudiese estar manumiso ó exento del yugo, y sustraer su cabeza de la cuchilla, infinitas veces mal dirigida, que cada hombre veia perpetuamente suspendida sobre la suya. El derecho civil habiendo de esta suerte venido á ser la regla comun de los ciudadanos, la ley natural no tuvo ya lugar sino entre las diversas sociedades, en donde bajo el nombre de derecho de gentes, fue atemperada por algunas convenciones tácitas, afin de hacer posible el trato y comunicacion, y suplir á la conmiseracion natural, que ya no reside, perdiendo de sociedad en sociedad casi toda la fuerza que ella tenia de hombre en hombre, sino en algunas grandes almas cosmopolitas, las que, traspasando las barreras imaginarias que separan los pueblos, abrazan á ejemplo del ser soberano que las ha creado, todo el género humano en el ardor sagrado de su benevolencia.

Los cuerpos politicos permaneciendo por esta causa entre ellos en el estado natural, se resintieron muy en breve de los inconvenientes que habian obligado á los particulares á salir dél: y este estado vino á ser aun mas funesto entre estos grandes cuerpos, que antes lo habia sido entre los individuos de los que se encontraban compuestos. De aquí tuvieron orígen las guerras nacionales, las batallas, las muertes, las represalias, que hacen temblar á la naturaleza, y combaten á la razon, y todas estas preocupaciones horrorosas que colocan en la clase de las virtudes, el honor de derramar la sangre humana. Las gentes mas de bien y honradas aprendieron á contar en el número de sus deberes el de asesinar á sus semejantes: se les vió enfin á los hombres destruirse por millares sin saber porque, y se cometian mas muertes en un solo dia de combate, y mas horrores en la toma de una sola ciudad, de los que se habian cometido en el estado natural durante siglos enteros sobre toda la superficie de la tierra. Tales son los primeros efectos que se descubren en la division del género humano en diferentes sociedades: tratemos ahora de su institucion.

Yo sé que muchos han dado otros orígenes á las sociedades políticas, como por ejemplo, las conquistas del mas poderoso, ó la union de los mas débiles; y la eleccion entre estas causas es diferente segun voy á establecer: sin embargo la que acabo de esponer, me parece la mas natural, por las razones siguientes. 1. Que en el primer caso, el derecho de conquista no siendo de modo alguno un derecho, no ha podido por esta causa fundar ningun otro; y el conquistador y los pueblos conquistados permaneciendo siempre en estado de guerra, á menos que la nacion repuesta en plena libertad elija voluntariamente á su vencedor por su gefe, no ha podido tampoco establecer ninguna clase de derecho. Hasta entonces todas las capitulaciones que se hayan hecho, como que no han podido basarse sino sobre la violencia, y que por consiguiente son nulaspor el hecho mismo, no puede constituir en esta hipótesis ni verdadera sociedad, ni cuerpo político, ni otra ley que la del mas fuerte. 2. Que estas voces de *fuerte* y *débil* son equívocas en el segundo caso; que en el intervalo que se encuentra entre el establecimiento del derecho de propiedad ó de primer *ocu-*

pante, y de los gobiernos políticos, el sentido de estos términos se halla mejor espresado por los de *pobre* y de *rico*, porque en efecto el hombre no tenia antes que hubiese leyes otro medio de subyugar à sus iguales sino apoderándose de sus bienes, ó dándoles alguna parte de los suyos. 3. Que los pobres no teniendo nada que perder sino su libertad, hubiera sido sin duda una gran locura de parte de ellos, el privarse voluntariamente del unico bien que les quedaba, para no ganar ninguna cosa en cambio; que al contrario, los ricos siendo, por decirlo así, sensibles en todas las partes de sus bienes, era mucho mas fácil hacerles daño; que ellos tenian en esta atencion mucho mas precauciones que tomar á efecto de precaverse de él; y que enfin está mas en razon el creer que una cosa ha sido inventada por aquellos á quienes es útil, que no por aquellos á quienes perjudica.

En este supuesto el gobierno naciente no tuvo una forma constante y regular. La falta de filosofía y de esperiencia no dejaba apercibir otra cosa que los inconvenientes prosentes; y no se pensaba nunca en remediar á los demas sino

á medida que se presentaban. A pesar de todos los cuidados y trabajos de los mas sabios legisladores, el estado político permaneció siempre muy imperfecto, respecto de que era casi hechura de la casualidad; y que mal principiado, el tiempo no pudo jamas, descubriendo los defectos y sugiriendo los remedios, reparar los vicios de la constitucion; se corregia y enmendaba sin cesar, en lugar de que hubiera sido mas conveniente comenzar por purificar el aire y separar todos los materiales viejos, como hizo Licurgo en Esparta, para construir ó levantar un buen edificio. La sociedad no consistia sino en algunas convenciones generales, que todos los particulares se obligaban á observar, y de las cuales la comunidad salia por garante á cada uno de ellos. Fue forzoso que la esperiencia demostrase cuan débil era semejante constitucion, y cuan fácil igualmente á los infractores el evitar la conviccion ó el castigo de unas faltas, de las cuales el pueblo solo debia ser el testigo y el juez: fue indispensable que la ley se viese eludida de mil modos; fue necesario tambien que los inconvenientes y los desórdenes se multiplicasen sin

intermision, para que pensasen enfin confiar á particulares el peligroso depósito de la autoridad pública, y que cometiesen á magistrados el celo y cuidado de hacer observar las débiles aciones del pueblo: porque decir que los gefes fueron elegidos antes que la confederacion estuviese instalada, y que los ministros de las leyes existieron antes que las leyes mismas, esta es una suposicion tan ridícula, que no merece ser impugnada seriamente.

Sería tambien absurdo creer que los pueblos sin mas ni mas se han arrojado entre los brazos de un señor absoluto, sin condiciones y para siempre, sin apelacion, y que el primer medio que hayan imaginado los hombres altivos é indómitos, de proveer á la seguridad comun, haya sido precipitarse en la esclavitud. En efecto, ¿ para que se han dado superiores, sino para que los defiendan contra la opresion, protejan sus bienes, su libertad y sus vidas, que son, por decirlo así, los elementos constitutivos de su ser? Bajo este concepto, y siendo así, que en las relaciones de hombre á hombre, lo peor que puede acontecer al uno, es verse sometido á la

discrecion del otro, ¿ no hubiera sido contra todo buen sentido el principiar por despojarse, y abandonar entre las manos de un gefe, las únicas cosas para la conservacion de las cuales tenian necesidad de su auxilio? ¿ Que cosa podia él ofrecerles equivalente á la concesion de tan bello derecho? ¿ Y si él hubiese osado exigirlo, bajo el pretesto de defenderlos, no hubiera recibido al momento la respuesta del apólogo: que mas nos podrá hacer el enemigo? Es pues incontestable, y esta es la máxima fundamental de todo el derecho político, que los pueblos se han dado gefes para defender su libertad, y no para que los hagan esclavos. *Si tenemos un principe (decia Plinio á Trajano) es afin que nos preserve de tener un señor.*

Nuestros politicos establecen sobre el amor de la libertad los mismos sofismas, que nuestros filosofos han presentado sobre el estado natural: en virtud de las cosas que ven, juzgan de cosas muy diferentes que no han visto jamas, y atribuyen á los hombres una propension natural á la esclavitud, en razon de la paciencia con la cual aquellos que tienen á la vista suportan y sufren la

suya, sin pensar que sucede lo mismo con la libertad que con la innocencia y la virtud, de las cuales no se conoce el precio sino en tanto que uno mismo disfruta de ellas, y cuyo conocimiento se pierde al momento que ellas dejan de exìstir. Yo conozco las delicias de tu pais (decia Brasidas á un Sátrapa que comparaba la vida de Esparta con la de Persèpolis) pero tu no puedes conocer los placeres del mio.

Del mismo modo que un corcél indómito eriza sus crines, da coces al aire, patea la tierra, se resiste y mueve impetuosamente solo á la vista del bocado, mientras que un caballo adestrado sufre con paciencia la vara y las espuelas, así el hombre bárbaro no dobla nunca su cerviz al yugo que el hombre civilizado sufre sin murmurar ni quejarse, y prefiere la mas borrascosa y peligrosa libertad á la esclavitud mas dulce y tranquila. No es de modo alguno por medio del envilecimiento de los pueblos sojuzgados y esclavos por donde debe juzgarse de las disposiciones naturales del hombre en favor ó en contra del vasallage ó servidumbre: pero sí por los prodigios que han hecho todos los pueblos libres, afin

de precaverse de la opresion. No ignoro que los primeros no hacen sino ensalzar sin intermision la paz y el reposo de que disfrutan en sus cadenas, y que *miserrimam servitutem pacem appellant*: mas cuando veo á los otros sacrificar los placeres, el reposo, la riqueza, el poder y aun la vida misma por la conservacion de este solo bien, tan despreciado de aquellos que le han perdido; cuando veo á los animales que nacieron libres, y que aborreciendo la cautividad, se estrellan la cabeza contra las rejas de su prision; y cuando observo enfin una multitud inmensa de salvages desnudos, mirar con tedio las sensualidades Europeas, despreciar el hambre, el hierro, el fuego, la muerte por conservar solamente su independencia, conozco y esperimento que no es dado, ni pertenece por ningun título, á los esclavos, el discutir y hacer raciocinios sobre la libertad.

Por lo que hace á la autoridad paternal, de la cual muchos hacen derivar el gobierno absoluto y toda la sociedad, sin recurrir á las pruebas contrarias de Locke y de Sídney, será suficiente observar, que nada hay en el mundo

tan distante del espíritu feroz del despotismo como la dulzura de esta autoridad, que mira mas bien á la ventaja del que obedece que á la utilidad del que manda; que con respecto á la ley natural, el padre no es dueño del hijo sino durante el tiempo que su auxilio le es necesario; que pasado este término vienen á ser iguales, y que entonces el hijo, independiente del padre, le debe unicamente el respeto, pero no la obediencia; pues el agradecimiento es un deber que es muy justo reconocer, pero no un derecho que pueda exigirse. En lugar de decir que la sociedad civil emana del poder paternal, seria mucho mejor que se digese que es de ella de quien este poder deriva su fuerza principal; un individuo no fue reconocido por padre de muchos otros, sino cuando ellos permanecieron reunidos en su compañía: los bienes del padre, de los que es verdaderamente dueño, son los vínculos que retienen á sus hijos bajo su dependencia, y puede no darles parte en su sucesion, sino en proporcion que se hagan acreedores á ello, por su continuo respeto, y por la obediencia á sus voluntades. Luego, lejos de que los vasa-

llos tengan algun favor semejante que esperar de su déspota, como le pertenecen en propiedad, tanto ellos como todo cuanto poseen (ó á lo menos el lo pretende así) están reducidos á recibir como una gracia que les deje gozar de sus propios bienes; él obra en justicia cuando los despoja y priva de ellos; y les hace merced si les deja la vida.

En continuando de esta suerte en el examen de los hechos por el derecho, no se hallará mucha mas solidez que verdad en el establecimiento voluntario de la tiranía, y seria muy difícil manifestar la validacion de un contrato que no obligaría sino á una de las partes, ó en el cual se hallaría todo de un lado y nada del otro, y que no se convertiría sino en perjuicio del que se obligaba. Este sistema odioso se halla muy distante de ser hoy dia el de los sabios y buenos monarcas, y sobre todo de los reyes de Francia, como pueden verlo en diversos párrafos de sus edictos, y en particular en el pasage siguiente de un escrito célebre, publicado en 1667, en nombre y por órden de Luis XIV. *Que no se diga enfin que el soberano no está sugeto á las leyes de su estado, porque la proposicion*

posicion contraria es una verdad del derecho de gentes que la adulacion ha tratado de atacar y destruir algunas veces, pero que los buenos principes han defendido siempre como una divinidad tutelar de sus estados. ¡ Cuanto mas legitímo es decir con el sapientisimo Platon, que la perfecta felicidad de un reino, es que un principe sea obedecido de sus subditos; que el principe obedezca á la ley, y que la ley sea recta y dirigida en todos tiempos al bien publico! No me detendré á indagar si siendo la libertad la mas noble de todas las facultades del hombre, no es en efecto degradar su naturaleza, el ponerse al par de las bestias esclavas del instinto; ofender igualmente al autor de su ser, el renunciar sin reserva al mas precioso de todos los dones, y el someterse á cometer todos los crímenes que nos pròhibe, para complacer á un amo feroz ó insensato; y si este arquitecto sublime debe estar mas irritado de ver destruir, que de ver envilecer, su mas bella obra. Omitiré si así lo quieren, la autoridad de Barbeyrac, quien declara positivamente segun Locke, que ninguno puede vender su libertad hasta el grado de someterse á un poder arbitrario, que

lo trate á discrecion, *porque*, añade él, *esto seria vender su propia vida, de la cual nadie es dueño.* Y preguntaré únicamente, ¿Con que derecho, aquellos que no temen degradarse ellos mismos hasta este punto, han podido someter su posteridad á la misma ignominia, y renunciar por ella á los bienes que no debió á su liberalidad, y sin los cuales la vida misma es onerosa á todos cuantos son dignos de ella?

Puffendorf dice, que de la misma manera que se transfiere un bien á cualquier otro, por convenciones y contratos, puede tambien el que quiera privarse de su libertad en favor de quien se le antoje. Este modo de raciocinar, segun me parece, es absurdísimo: porque primeramente, el bien que enageno, me es por consecuencia una cosa totalmente estrangera, y el abuso del cual me es indiferente; pero me es importantísimo que no se abuse de mi libertad, y no puedo sin hacerme complice del mal que se me obligará á hacer, esponerme á ser el instrumento del delito. Ademas de esto el derecho de propiedad no siendo sino de convention y de institucion humana, todo hombre puede á su gusto disponer de lo

que posee : mas no es lo mismo, ni concurren en él las mismas circunstancias con relacion á los dones esenciales de la naturaleza, tales como la vida y la libertad, de los cuales es permitido á cada uno el goce, pero es dudoso, á lo menos, que tenga derecho de despojarse de ellos : el hombre privándose del uno de estos dones degrada su ser ; y quitándose el otro, lo aniquila tanto cuanto está en su poder ; y como ningun bien temporal es capaz de resarcir ni el uno ni el otro, seria sin duda ofender á un mismo tiempo á la naturaleza y á la razon, el renunciar á ellos, á cualquier precio que fuese : Pero aun cuando uno pudiese enagenar su libertad como sus bienes, la diferencia seria grandísima para los hijos, que no disfrutan de los bienes del padre sino por transmision de su derecho, en lugar que la libertad siendo un don que ellos tienen de la naturaleza en calidad de hombres, sus padres no han podido tener ningun derecho para privarlos de ella, de suerte que como para establecer la esclavitud ha sido forzoso hacer violencia á la naturaleza, fue tambien necesario el cam-

biarla para perpetuar este derecho ; y los jurisconsultos que han pronunciado con gravedad, que el hijo de un esclavo nacerá esclavo, han decidido en otros términos, que un hombre no naceria hombre.

Me parece pues cierto, que no solamente los gobiernos no han principiado por el poder arbitrario, que solo es corrupcion, término estremo, y conduce á la sola ley del mas fuerte, de la cual ellos fueron ó quisieron ser el remedio ; sino que, aun cuando así hubiesen comenzado, este poder siendo ilegítimo por su naturaleza, no ha podido servir de base á los derechos de la sociedad, ni por consiguiente á la desigualdad de institucion.

Sin entrar hoy en las indagaciones que están aun por hacer sobre la naturaleza del pacto fundamental de todo gobierno, me ciño especialmente, siguiendo la opinion comun, á considerar aquí el establecimiento del cuerpo político como verdadero contrato entre el pueblo y los gefes que él se ha elegido ; contrato por el cual las dos partes se obligan á la observancia de las leyes que en él se han estipulado, y que forman los lazos de su union. El pueblo ha-

biendo, acerca del capítulo de las relaciones sociales, reunido todas sus voluntades en una sola, todos los artículos sobre los cuales esta voluntad se esplica, vienen á ser otras tantas leyes fundamentales, que obligan á todos los miembros del estado sin escepcion, y una de las que prescriben y ordenan la eleccion y el poder de los magistrados encarcagados de celar la egecucion de las demas. Este poder se estiende á todo cuanto puede mantener la constitucion, sin poder llegar jamas hasta el término de cambiarla; á él agregan honores que hacen respetables las leyes y sus ministros, y para estas prerogativas personales que los indemnizan de los penosos trabajos que trae consigo, y cuesta una buena administracion. El magistrado, por su parte, se obliga á no usar del poder que le ha sido confiado, sino segun la intencion de sus comitentes, á mantener á cada uno en el tranquilo goce de lo que le pertenece, y á preferir en toda ocasion la utilidad pública á su interes propio.

Antes que la esperiencia hubiese manifestado, ó que el conocimiento del corazon humano hubiese hecho prever

los abusos inevitables, de semejante constitucion, ella debió parecer tanto mejor, cuanto los encargados de celar su conservacion, eran los mas interesados en ella: porque el magistrado y sus derechos no hallándose establecidos sino sobre las leyes fundamentales, al momento que ellas fuesen destruidas, los magistrados cesarian de ser legítimos, y el pueblo no estaria ya obligado á obedecerles: y como que no habria sido el magistrado, sino la ley quien habria constituido la esencia del estado, cada uno volveria á entrar de derecho en su libertad natural.

Por poco que sobre este objeto se reflexionase, lo que acabo de decir se confirmaria por medio de nuevas razones, y por la naturaleza del contrato verian que no puede ser irrevocable: porque si no habia ningun poder superior, que pudiese ser garante de la fidelidad de los contrayentes, ni forzarlos al cumplimiento de sus empeños recíprocos, las partes serian los solos jueces en su propia causa, y cada una de ellas tendria en todo tiempo el derecho de renunciar al contrato en el momento que

la otra violase las condiciones, ó que estas cesasen de convenirle. Sobre este principio parece que el derecho de abdicar puede estar fundado. Luego, no considerando, como hacemos, sino la institucion humana, si el magistrado que tiene todo el poder en su mano, y que se apropia todas las ventajas del contrato, goza ademas del derecho de renunciar á la autoridad, con mas justa razon el pueblo, que paga todas las faltas de los gefes, deberia tener el derecho de renunciar á la dependencia. Pero las disensiones horrorosas, los desórdenes infinitos que produjera necesariamente un tan peligroso poder, manifiestan mas que otra cosa, cuan grande era la necesidad que tenian los gobiernos humanos de una base mas sólida que la de la sola razon, y cuan indispensable era para la tranquilidad pública que la voluntad divina interviniese, para dar á la autoridad soberana un carácter sagrado é inviolable, que quitase á los súbditos el funesto derecho de disponer de ella. Aun cuando la religion no hubiese hecho á los hombres sino este bien, él seria muy suficiente para que todos debiesen amarla, y adoptarla, aun con sus inu-

merables abusos, pues que ella por sí evita mucha mas efusion de sangre, que el fanatismo hace derramar : mas sigamos el hilo de nuestra hipótesis.

Las diversas formas de los gobiernos traen su orígen de las diferencias, mas ó menos grandes, que se encontraron entre los particulares al momento de la institucion. Si se hallaba, por ejemplo, un hombre eminente en fuerza, en virtud, en riqueza, ó en crédito, este fue el solo á quien se eligió por magistrado, y el estado vino á ser monárquico. Si muchos casi iguales entre ellos, eran superiores á todos los demas, estos fueron elegidos juntos, é instalaron una aristocracia. Aquellos cuyos bienes y talentos guardaban mejor proporcion, y que se habian alejado menos del estado natural, conservaron en commun la administracion suprema y erigieron una democracia. El tiempo verificó la cual de estas formas era la mas ventajosa á los hombres : los unos permanecieron sometidos unicamente á las leyes, los otros obedecieron muy pronto á señores : los ciudadanos quisieron conservar y guardar su libertad, los vasallos no pensaron sino en quitársela á sus vecinos, no pudiendo

sufrir que otros disfrutasen de un bien del cual no gozaban mas ellos mismos. En una palabra, de un lado pasaron las riquezas y las conquistas, y del otro la felicidad y la virtud.

En estos diversos gobiernos todos los magistrados fueron no obstante electivos; y cuando la riqueza no prevalecia para ser nombrado, la preferencia se concedia al mérito, que da un ascendiente natural, y á la edad que da esperiencia en los asuntos, y calma en las deliberaciones. Los ancianos de los Hebreos, los Gerontes de Esparta, el senado de Roma, y la etimologia misma de nuestra palabra *Señor*, manifiestan cuan respetada era otras veces la vejez. Mientras mas las elecciones recaian sobre hombres avanzados en edad, tanto mas frecuentes venian á ser, y mas sus embarazos y dificultades se hacian sentir: las cabalas y las maquinaciones se introdugeron, las facciones se formaron, los partidos se enfurecieron, y las guerras civiles se excitaron; enfin la sangre de los ciudadanos fue sacrificada á la pretendida felicidad del estado, y se estuvo en vísperas de recaer en la anarquía de los tiempos anteriores. La ambicion de

los principales se aprovechó de tales circunstancias, para perpetuar sus empleos en sus familias; el pueblo, acostumbrado ya á la dependencia, al reposo á las comodidades de la vida, y hallándose ya en un estado muy distante de poder romper sus prisiones, consintió en dejar aumentar su esclavitud para asegurar su tranquilidad, y fue así por lo que los gefes viniendo á ser hereditarios, se acostumbraron á mirar la dignidad de magistrado como un patrimonio de familia; à mirarse ellos mismos como los propietarios del estado, del cual no eran en el principio sino los oficiales; á llamar á sus conciudadanos sus esclavos; à contarlos, como si fuesen rebaños, en el número de las cosas que les pertenecian; y á decirse ellos mismos iguales á los dioses, y reyes de los reyes.

Si seguimos los progresos de la desigualdad en las diferentes revoluciones, hallarémos que el establecimiento de la ley y del derecho de propiedad fue su primer término, la institucion del magistrado el segundo, y que el tercero y el último fue el cambio del poder legítimo en poder arbitrario; de modo que el estado de rico y de pobre fue autorizado

por la primera época; el de poderoso y débil por la segunda; y por la tercera el de señor y el de esclavo, que es el último en el cual vienen á parar todos los otros, hasta tanto que nuevas revoluciones disuelvan del todo el gobierno ó le hagan aproximarse de la institucion legítima.

Para comprender la necesidad de tal progreso, es indispensable considerar mucho menos los motivos del establecimiento del cuerpo político, que la forma que toma en su egecucion, y los inconvenientes que trae consigo; porque los vicios que hacen urgentes las instituciones sociales, son los mismos que hacen inevitables los abusos en ella: y como las leyes en general (esceptuando la sola Esparta, en donde la ley velaba principalmente sobre la educacion de los niños y en donde Licurgo estableció unas costumbres que le dispensaban casi de añadirles leyes) son mas débiles que las pasiones, contienen á los hombres sin cambiarlos. Seria muy fácil probar que todo gobierno que marchase siempre, sin corromperse ni alterarse, exactamente segun el objeto de su institucion, habria sido instituido sin necesidad, y que un pais

en el cual nadie eludiria las leyes, ni abusaria del magistrado, no tendria tampoco necesidad de magistrados ni de leyes.

Las distinciones políticas traen consigo infaliblemente las distinciones civiles. La desigualdad creciendo entre el pueblo y sus gefes, se hizo muy pronto conocer entre los particulares, y se modificó en ellos de mil maneras, segun las pasiones, los talentos y las circunstancias. El magistrado no podrá usurpar un poder ilegítimo sin el apoyo de algunas personas, á las cuales se ve precisado á cederles una parte. De otra suerte, los ciudadanos no se dejan oprimir sino en tanto que impelidos por una ambicion desenfrenada y ciega, y mirando mas bien por debajo que por encima de ellos, la dominacion les es mas grata y apreciable que la independencia, y consiente en llevar cadenas, afin de poder á su turno hacerlas arrastrar por otros. Es dificilísimo reducir á la obediencia al que no desea mandar; y el político mas sagaz no conseguirá jamas someter á hombres que no anhelan, ni quieren otra cosa mas que ser libres: mas la desigualdad se propaga sin trabajo ni repugnancia entre las almas ambiciosas y

viles,

viles, dispuestas en todas ocasiones á correr las contingencias y riesgos de la fortuna, y á dominar ó servir, casi indiferentemente, segun esta les es favorable ó contraria. Así fué sin duda como debió llegar un tiempo, en el cual los ojos del pueblo fueron fascinados hasta tal punto, que sus conductores no tenian mas que decír al mas pequeño de todos los hombres: sé grande, tú y toda tu casta, y al instante parecia grande á todo el mundo, y aun á simismo; y sus descendientes se iban engrandeciendo á medida que se alejaban de él: mientras mas incierta y remota era la causa, tanto mas aumentaba el efecto; y mientras mas ociosos y haraganes podian contarse en una familia, tanto mas ilustre venia ella á ser.

Si fuese aquí el lugar donde debiera entrarse en por menores de este órden, esplicaria facilmente de que modo, sin que aun el gobierno se mezcle en ello, la desigualdad de crédito y de autoridad se hace inevitable entre los particulares (s), al momento en que reunidos en una misma sociedad, se ven obligados á compararse entre sí, y á hacer mencion de las diferencias que hallan en el uso continuo que tienen que hacer los unos

de los otros. Estas diferencias son de muchas especies : pero en general la riqueza, la nobleza ó la clase, el poder y el mérito personal siendo las distinciones principales por las cuales nos medimos en la sociedad, probaré que la conformidad ó la discordancia de estas diversas fuerzas, es la indicacion mas segura de un estado bien ó mal constituido : haré ver que entre estos cuatro géneros de desigualdad, las cualidades personales siendo el orígen de todas las otras, la riqueza es la última á la cual se reducen todas al fin, porque siendo la mas útil é inmediata al bien estar, es por consecuencia la mas fácil á comunicarse, y se sirven de ella muy comodamente para comprar todo el resto. Observacion que puede por sí misma hacer juzgar con bastante exactitud del modo, como, y porque, cada pueblo se ha alejado de su institucion primitiva, y del camino que ha hecho ácia el término estremo de la corrupcion. Demostraré hasta la evidencia cuanto y de que manera este deseo universal de reputacion, de honores y de preferencias, que nos devora á todos, ejerce y compara los talentos y las fuerzas; cuanto escita y multiplica las pasiones ;

hasta que grado hace que todos los hombres sean pretendientes; rivales, ó mas bien enemigos; y cuantos infortunios, felicidades y catástrofes de toda especie causa todos los dias, haciendo correr la misma lid á tantos aspirantes. Manifestaré que este ardor de hacer que se hable de sí, este furor de distinguirse, es lo que nos tiene casi siempre enagenados; á quienes debemos todo cuanto hay de mejor y de peor entre los hombres, nuestras virtudes, y nuestros vicios, nuestras ciencias y nuestros errores, nuestros conquistadores y nuestros filósofos, es decir, una multitud inmensa de cosas malas sobre un pequeño número de buenas. Probaré enfin que si se ve un puñado de poderosos y de ricos en la cumbre de las dignidades y de la fortuna, mientras la multitud vive envilecida y desgraciada en la obscuridad y en la miseria, es porque los primeros no aprecian las cosas de que disfrutan, sino en cuanto los otros se ven privados de ellas, y que, sin cambiar de estado, cesarian de ser dichosos, si el pueblo cesase de ser pobre.

Mas estos por menores, solos, serian materia suficiente para una obra consi-

derable, en la cual se compararian las ventajas y los inconvenientes de toda especie de gobierno, con relacion á los derechos del estado natural; y en donde se descubririan todas las formas diferentes bajo las cuales la desigualdad se ha manifestado hasta este dia, y podrá manifestarse en los siglos futuros, segun la naturaleza de sus gobiernos, y las revoluciones que los tiempos traerán consigo indispensablemente. Se vería á la multitud oprimida en lo interior, por la misma serie de precauciones que babia tomado contra lo que la amenazaba por la parte esterior: se veria crecer y aumentarse continuamente la opresion, sin que los oprimidos pudiesen nunca saber hasta que término llegaria, ni que medios legítimos les quedarian para reprimirla, y detener su curso: se verian los derechos de los ciudadanos y las libertades nacionales estinguirse poco á poco, y las reclamaciones de los débiles, tratadas de murmuraciones sediciosas: se veria á la política restringir á una porcion mercenaria del pueblo el honor de defender la causa comun; se veria de allí producirse la necesidad de los impuestos; al culti-

vador desanimado abandonar su campo durante la paz, y dejar el arado para ceñir la espada; se verian nacer las máximas funestas y ridículas de lo que llaman punto de honor; y se veria tambien á los defensores de la patria venir á ser, tarde ó temprano, los enemigos de ella, tener sin cesar el puñal levantado sobre sus conciudadanos, y llegaria un tiempo en que se les oiria decir al opresor de su pais.

Pectore si fratres gladium juguloque parentis
Condere me jubeas, gravidæque in viscera partu
Conjugis, invitâ peragam tamen omnia dextrâ.

De la estrema desigualdad de las condiciones y de las riquezas, de la diversidad de las pasiones y de los talentos; de las artes inútiles, de las artes perniciosas, y de las ciencias frívolas, salieron una multitud de preocupaciones contrarias á un mismo tiempo á la razon, á la felicidad y á la virtud: se veria fomentar por los gefes todo cuanto pudiese debilitar y desunir á hombres reunidos; todo lo que pudiese dar á la sociedad un aire aparente de concordia, y sembrar en ella un gérmen de division real; todo aquello que puede inspirar á las diferentes clases una des-

confianza y un odio mutuo con respecto á la oposicion de sus derechos y de sus intereses, y fortificar de consiguiente el poder que contiene y oprime á todos.

Es del seno de este desórden y de estas revoluciones de donde el despotismo, levantando por grados su cabeza monstruosa y horrenda, y devorando todo cuando viese de bueno y de sano en todas las partes del estado, conseguiria en fin hollar y menospreciar las leyes y el pueblo, y establecerse sobre las ruinas de la república. Los tiempos que precederian á este último trastorno serian tiempos de confusion y de calamidades, mas al fin todo seria destruido por el monstruo, y los pueblos no tendrian ya gefes ni leyes, sino tiranos únicamente. Desde este mismo instante cesarian tambien de existir las costumbres y la virtud, y no se hablaria mas de ellas; pues por todas partes en donde reina el despotismo *cui ex honesto nulla est spes*, no sufre ningun otro señor: al momento que habla, no hay ya ni probidad ni ningun deber que consultar, y la mas ciega obediencia es la sola virtud que queda á los esclavos.

Es este el último término de la de-

sigualdad, y el punto estremo que cierra el circulo, y toca con el punto de donde hemos salido: es este el caso en que todos los particulares vuelven á ser iguales, pues que no son nada, y que los vasallos no teniendo ya otra ley sino la voluntad del amo; ni el señor otra regla mas que sus pasiones, las nociones del bien, y los principios de la justicia se desvanecen de nuevo. Es en esta circunstancia en la que todo vuelve y se reduce á la sola ley del mas fuerte, y por consiguiente á un nuevo estado natural diferente de aquel por el cual hemos principiado, respecto de que el una era el estado natural en toda su pureza, y que este último es el fruto de un esceso de corrupcion. Hay pues tan poca diferencia entre estos dos estados, y el contrato del gobierno se halla de tal modo disuelto por el despotismo, que el déspota no es señor, sino tanto tiempo cuanto el es el mas fuerte, y que al punto que pueden espulsarle, no tiene nada que reclamar contra la violencia. El motin que acaba por ahorcar ó destronar á un Sultan, es un acto tan jurídico como aquellos por los cuales él disponia el dia antes de las vidas y de

los bienes de sus vasallos : la fuerza sola era quien le sostenia, la fuerza sola es quien le derriba : todas las cosas pasan así, y tienen este curso segun el órden natural; y sea cual pueda ser el acontecimiento de estas cortas y frecuentes revoluciones, nadie podrá quejarse de la injusticia de otro, sí no únicamente de su propia imprudencia ó de su desgracia.

Descubriendo y siguiendo de esta suerte los caminos olvidados y perdidos, que del estado natural han debido conducir al hombre al estado civil; en restableciendo, con las aserciones intermedias que acabo de indicar, aquellas que la urgencia del tiempo y mi priesa me han hecho suprimir, ó que la imaginacion no me ha sugerido, todo lector reflexivo no padrá dejar de admiraise del espacio immenso que separa estos dos estados. En esta lenta sucesion de cosas verá la solucion de una infinidad de problemas de moral y de política que los filósofos no pueden resolver. Conocerá que el género humano de una edad no siendo de ninguna manera el género humano de otra edad, la razon porque Diógenes no hallaba un

hombre, es que búscaba entre sus coetáneos el hombre de un tiempo que ya habia pasado. Caton pereció con Roma y con la libertad, porque no era hombre del siglo en que nació; y el mas grande de los hombres no hizo sino sorprender y maravillar á las gentes que hubiera gobernado quinientos años antes. En una palabra, él esplicará de que modo el alma y las pasiones humanas alterándose insensiblemente, cambian, por decirlo así, de naturaleza; por que causa nuestras necesidades y nuestros placeres varían de objetos con el tiempo; por que razon el hombre original desvaneciéndose gradualmente, la sociedad no ofrece á los ojos del sabio sino una reunion de hombres artificiales, y de pasiones facticias que son hechura de todas esas nuevas relaciones, y que no tienen ningun verdadero fundamento en la naturaleza. Todo cuanto la reflexion nos enseña sobre esto, la observacion lo confirma perfectamente: el hombre salvage y el hombre civilizado difieren de tal suerte acerca del fondo del corazon y de las inclinaciones, que aquello que hace la felicidad suprema del uno, reduciria al otro á un

estado de desesperacion : el primero no anhela ni respira, sino el reposo y la libertad; no quiere sino vivir y permanecer ocioso; y aun la ataraxia misma del estoico no llega á la profunda indiferencia que esperimenta por cualquier otro objeto : al contrario, el ciudadano siempre en actividad, suda, se agita, y se atormenta sin cesar á fin de buscar ocupaciones aun mas laboriosas; él trabaja hasta la muerte, y corre á ella igualmente, por medio de aquello mismo que desea para poder hallarse en estado de vivir, ó renuncia á la vida por adquirir la inmortalidad. Obsequia á los grandes á quienes aborrece, y á los ricos á quienes desprecia; no admite nada á efecto de obtener el honor de servirles; se gloria orgullosamente de su bajeza y de la proteccion de ellos; y soberbio y contento de su esclavitud, habla con menosprecio de aquellos que no tienen la dicha ni el honor de ser participes. ¡Que espectáculo seria para un Caribe ver ó conocer los trabajos penosos y envidiados de un ministro europeo! ¡Cuantas muertes crueles no preferiria este indolente salvage al horror de una vida semejante, que muchas veces no se

ve siquiera dulcificada por el placer de hacer bien! Mas para ver el fin de tantos cuidados y fatigas, seria necesario que estas voces *poder* y *reputacion* tuviesen un sentido en su entendimiento; que comprendiese que hay una clase de hombre que cuentan por una gran cosa los acatamientos del resto del universo, y que saben ser felices y estar contentos de ellos mismos con las demostraciones y testimonios agenos, mas bien que con los suyos propios. Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas esas diferencias: el salvage vive en sí mismo: el hombre social, siempre fuera de sí, no sabe vivir sino en la opinion de los otros; y del juicio solo, por decirlo así, que ellos hacen de él, deduce el sentimiento de su propia existencia. No es de mì incumbencia, ni tiene conexion con mi asunto, el demostrar por que causa, de una disposicion de esta especie nace tanta indiferencia para el bien y el mal, con tan bellos discursos morales: por que razon reduciendose todo á las apariencias, no hay cosa que no se convierta en facticia y frívola: el honor, la amistad, la virtud, y muchas veces hasta los vicios mismos, de

los cuales se halla enfin el secreto de glorificarse; de que manera, en una palabra, preguntando siempre á los otros lo que somos, y no osando jamas interrogarnos sobre ello á nosotros mismos, en medio de tanta filosofía, humanidad, urbanidad y máximas sublimes, no tenemos sino un esterior engañoso, vano é insustancial, honor sin virtud, razon sin sabiduría, y placer sin felicidad. Creo me es suficiente haber probado que no es este el estado original del hombre; y que únicamente el espíritu de la sociedad y la desigualdad que él engendra, cambian y alteran de este modo todas nuestras inclinaciones naturales.

He procurado esponer el orígen y el progreso de la desigualdad, el establecimiento y los abusos de las sociedades políticas, tanto cuanto estas cosas pueden deducirse de la naturaleza del hombre, por las luces solas de la razon é independientemente de los dogmas sagrados que dan á la autoridad soberana la sancion de derecho divino. De aquí se sigue en virtud de esta esposicion, que la desigualdad, siendo casi nula en el estado natural, debe su orígen, fuerza

y aumento al desenvolvimiento de nuestras facultades y á los progresos del espíritu humano, y viene enfin á hacerse estable y legítima por el establecimiento de la propiedad y de las leyes. Se sigue, ademas, que la desigualdad moral autorizada por el derecho positivo solo, es contraria al derecho natural todas las veces que ella no concurre en la misma proporcion con la desigualdad física, distincion que determina suficientemente lo que se debe pensar, acerca de esto, de la clase de desigualdad que reina entre todos los pueblos civilizados pues es manifiestamente contra la ley natural, de cualquier manera que la definan, que un niño mande á un viejo, que un mentecato conduzca á un hombre sabio, y que un puñado de gentes abunden y esten repletas de superfluidades, mientras á la multitud hambrienta falta lo necesario.

FIN DEL DISCURSO.

NOTAS.

(*a*). Préfacio, *Pagina* 1.

Desde mi primer paso, me apoyo con confianza sobre una de aquellas autoridades respetables para los filósofos, en atencion á que emanan de una razon sólida y sublime que ellos solos saben hallar y conocer.

« Sea cual sea el interes que tengamos en » conocernos nosotros mismos, no sé si no » conocemos mucho mejor todo lo que no es » nosotros. Provistos por la naturaleza de » organos destinados unicamente a nuetra con» servacion, no los empleamos sino en percibir » impresiones estrangeras: no buscamos otra » cosa que esparcirnos lejos de este objeto, » y existir fuera de nosotros; demasiado ocu» pados en muliplicar las funciones de nues» tros sentidos, y en aumentar la estension » esterior de nuestro ser, rara vez hacemos » uso de esta sensacion interior que nos reduce » á nuestras verdaderas dimensiones, y que » separa todo cuanto no se halla en nosotros. » Este no obstante es el sentido del que debe» mos servirnos, si queremos conocernos, es » este el solo por el cual podriamos juzgarnos; » ¿mas como se dará á este sentido su activi-

» dad y toda su estension? ¿de que modo
» podrá librarse ó desprenderse nuestra alma,
» en la cual él reside, de todas las ilusiones
» de nuestro espíritu? Nosotros hemos perdido
» la costumbre de emplearla; ella ha perma-
» necido sin ejercicio en medio del tumulto
» de nuestras sensaciones corporales, y se ha
» secado por el fuego de nuestras pasiones:
» el corazon, el espíritu, el sentido, todo ha
» conspirado contra ella». *Historia natural*, to. 4, página 151, *De la naturaleza del hombre.*

(*b*). Discurso, *pagina*, 1.

Las variaciones y cambios que el largo uso de andar en dos pies ha podido producir en la conformacion del hombre; las relaciones que se observan aun entre sus brazos y las piernas anteriores de los cuadrúpedos, y la induccion sacada de su modo de marchar, han podido hacer nacer las dudas sobre cual debia sernos mas natural. Todos los niños principian por marchar en cuatro pies, y tienen necesidad de nuestro ejemplo y de nuestras lecciones para aprender á tenerse derechos. Hay tambien algunas naciones salvages, tales como los Hotentotes, que, no haciendo caso de los niños ó no cuidándose de ellos, los dejan andar con las manos tanto tiempo, que tienen despues mucho trabajo para poderlos hacer tener derechos; lo mismo sucede con los hijos de los Caribes de las Antillas. Hay varios ejemplos de hombres cuadrúpedos, y podria citar entre otros el del muchacho que se halló en 1344, cerca de Hesse, el cual habia sido criado por los lobos, y que decia despues en la corte del principe Enrique,

que si hubiera estado en su mano, habria preferido volver á vivir con ellos, mas bien que entre los hombres. Se habia de tal suerte habituado á andar como aquellos animales, que fue indispensable atarle unas piezas de madera que le obligasen á tenerse derecho y en equilibrio sobre sus dos pies. Lo mismo sucedió con el muchacho que hallaron en 1694, en los bosques de la Lituania, y que vivia entre los osos. No daba, dice el señor Condillac, ninguna señal de razon, andaba en cuatro pies, no hablaba ni conocia ninguna lengua, y formaba unos sonidos que no se parecian en nada á los de los hombres. El salvage de Hanover, que condujeron hace algunos años á la corte de Inglaterra, sufria muchisimo para sugetarse á andar en dos pies, y se encontraron en 1719, otros dos salvages en los Pirineos, que corrian por las montañas de la misma manera que los cuadrúpedos. En cuanto á lo que podrán objetar que eso es privarse del uso de las manos, del cual sacamos tantas ventajas, ademas de que el ejemplo de las monas manifiesta que la mano puede muy bien emplearse de dos maneras, esto probará solamente que el hombre puede dar á sus miembros una aplicacion mas cómoda que la de la naturaleza; pero no, que la naturaleza ha destinado al hombre para que marche de otro modo que como ella le ha enseñado.

Mas hay, segun me parece, razones mucho mas sólidas que dar para sostener que el hombre es un bipedo. Primeramente, cuando se hiciese ver que ha podido no obstante haber sido conformado de otra suerte que del modo que lo

vemos, y sin embargo llegar á ser al fin lo que es, esto no seria suficiente para fallar què haya sucedido asi, porque, despues de haber demostrado la posibilidad de estas mutaciones, seria necesario, aun antes de admitirlas, manifestar á lo menos la verisimilitud. Ademas, si los brazos del hombre pareciesen haber podido servirle de piernas en la urgencia, esta seria la sola observacion favorable de este sistema, sobre un gran número de las que le son contrarias. Las principales son, que del modo como la cabeza del hombre se halla unida á su cuerpo, en lugar de dirigir su vista horizontalmente, como la tienen todos los otros animales, y como la tiene él mismo marchando en dos pies, la hubiera tenido marchando en cuatro, fijada directamente ácia la tierra, situacion poco favorable para la conservacion del individuo; que la cola que le falta, y de la que nada tienen que hacer andando en dos pies, es útil á los cuadrúpedos, y que ninguno de ellos se halla privado de este miembro; que el pecho de la muger, perfectamente situado en un bípedo que lleva su hijo en sus brazos, se hallaria muy mal en un cuadrúpedo, pues ninguno ha conducido sus hijos así; que la parte posterior siendo de una altura escesiva en proporcion de las piernas delanteras, hace que cuando marchamos en cuatro pies, nos arrastramos sobre las rodillas; que todo esto hubiera hecho un animal mal proporcionado, y andar con suma incomodidad; que si hubiera puesto el pie de plano, así como la mano, hubiera tenido en la pierna posterior una articulacion de menos que los otros animales; a saber aquella

que une la *canilla* con el *tibía* ; y que no aplicando sino la punta del pie (como se hubiera visto obligado á hacer) el *tarso* , sin hablar de los muchos huesos que le componen , parece demasiado grueso para poder servir de *canilla* ; y sus articulaciones con el *metartaso* y el *tibia* muy inmediatas para dar á la pierna humanà , en esta situacion , la misma flexibilidad que tienen las de los cuadrúpedos. El ejemplo de los niños siendo tomado en una edad en que las fuerzas naturales no se encuentran todavía desplegadas , ni los miembros afirmados , no resuelve nada absolutamente , y yo creeria decir tanto ó mas que esto , si digese que los perros no se hallan destinados para andar , puesto que no hacen mas que arrastrarse durante algunas semanas despues de su nacimiento. Los hechos particulares no tienen aun bastante fuerza contra la práctica universal de todos los hombres , ni aun con la de las naciones , que no teniendo ninguna comunicacion con las otras , no habian podido imitarles en nada. Un niño abandonado en un bosque antes que supiese andar , y criado por alguna bestia , habrá seguido el ejemplo de su nodriza ejercitandose á marchar como ella ; el hábito podrá haberle dado facilidades que no tenia de modo alguno por la naturaleza ; y así como los mancos llegan á hacer , a fuerza de ejercicio , con los pies , todo cuanto nosotros hacemos con las manos , este conseguirá enfin emplear sus manos en los mismos usos que si fueran pies.

(c) *Pagina* 10. Si se hallase entre mis lectores alguno mas físico , el cual tratase de poner

dificultades sobre la suposicion de esta fertilidad natural de la tierra, voy á responderle por el pasage siguiente.

« Como los vegetales reciben para su ali-
» mento mucha mas sustancia del aire y del
» agua que de la tierra, sucede que pudriéndose
» dan á la tierra mucho mas de lo que tomaron
» de ella; ademas de eso una selva determina ó
» resuelve las aguas de la lluvia conteniendo los
» vapores. Así pues, en un bosque que se con-
» serve mucho tiempo sin tocarle, la cama de
» tierra que sirve para la vegetacion aumentaria
» considerablemente; mas los animales devuel-
» ven á la tierra mucho menos de lo que sacan
» de ella, y los hombres haciendo consumos
» enormes de leña y de plantas por medio del
» fuego y de los demas usos, se sigue que
» la cama vegetal de un pais habitado debe
» siempre disminuir, y venir á ser enfin como
» el terreno de la Arabia petrea, y como el de
» tantas otras provincias del oriente, que es en
» efecto el clima mas antigüamente habitado,
» en donde no se halla otra cosa que sal y
» arenas; porque la sal fija de las plantas y de
» los animales permanece, mientras que todas
» las otras partes se volatizan. *M. de Buffon*,
» *Hist. nat.* »

Se puede añadir á esto la prueba de hecho por la cantidad de árboles y de plantas de toda especie de que se hallaban llenas casi todas las islas desiertas que han sido descubiertas en estos últimos siglos, y por todo cuanto la historia nos dice acerca de los inmensos bosques que ha sido necesario destruir en toda la tierra, al paso

que ella se ha ido poblando ó civilizando ; sobre lo cual haré aun las tres observaciones siguientes. La una es, que si hay alguna clase de vegetales que puedan compensar la diminucion de la materia vegetal que se hace por los animales, segun el modo de pensar de M. de Buffon, estos son sobre todo los árboles, cuyas cimas y hojas reunen y se apropian mas aguas y vapores que las otras plantas. La segunda, que la destruccion del terreno, es decir, lé pérdida de la sustancia propia á la vegetacion, debe acelerarse á proporcion que la tierra es mas cultivada, y que los habitantes mas industriosos consumen con mayor abundancia sus producciones de toda especie. Mi tercera observacion y la mas importante es que los frutos de los árboles dan al animal un alimento mas abundante que el que pueden dar los otros vegetales; esperiencia que he hecho yo mismo, comparando los productos de dos terrenos iguales en estension y en calidad, el uno lleno de castaños y el otro sembrado de trigo.

(*d*) *Pagina* 10. Entre los cuadrúpedos, las dos distinciones mas universales de las especies voraces se toman, la una de la configuracion de los dientes, y la otra de la conformacion de los intestinos. Los animales que no viven sino de vegetales. tienen todos los dientes planos como el caballo, el buey, el carnero, y la liebre ; mas los voraces los tienen puntiagudos, como el gato, el perro, el lobo, y el raposo ; por lo que hace á los intestinos, los frúgivoros tienen algunos, tales como el

colon, que no se halla en los animales voraces. Parece pues que el hombre, teniendo los dientes y los intestinos como los tienen los animales frugívoros, deberia naturalmente ser colocado en esta clase; y no solamente las observaciones anatómicas confirman esta opinion, sino que los monumentos de la antigüedad le son aun muy favorables. Dicearco, dice S. Gerónimo, cuenta en sus libros de las antigüedades griegas, « que bajo el reinado de » Saturno, en el cual la tierra era aun fértil » por ella misma, ningun hombre comia carne, » pues todos vivian de los frutos y legumbres » que crecian naturalmente. » (*Lib. 2. adv. Jovinian.*) Esta opinion se puede aun apoyar por medio de las relaciones de algunos viageros modernos: Francisco Correal asegura entre otros que la mayor parte de los habitantes de las Lucayas que los Españoles transportaron á las islas de Cuba, de Santo Domingo y otras, murieron por haber comido carne. Por aquí se verá que no hago caso de las ventajas que sobre este asunto podria sacar; porque siendo la presa casi el único motivo del combate entre los animales carnivoros, y los frugívoros viviendo entre sí en una paz continua, si la especie humana fuera de esta última clase, es evidente que le hubiera sido mucho mas fácil subsistir en el estado natural, y hubiera tenido mucha menos necesidad y ocasiones de salir de él.

(*e*) *Pagina* 12. Todos los conocimientos que piden reflexion, todos los que no se adquieren sino por el encadenamiento de las ideas, y no

se perfeccionan sino sucesivamente, parecen estar del todo fuera del alcance del hombre salvage, por falta de comunicacion con sus semejantes, es decir, por falta del instrumento que sirve á esta comunicacion y de las necesidades que la hacen indispensable. Su saber y su industria se reducen á saltar, correr, reñir, tirar una piedra, y subir á un árbol. Pero si no hace mas que estas cosas, en recompensa las hace mucho mejor que nosotros que no tenemos de ellas la misma nécesidad que el; y como dependen únicamente del ejercicio del cuerpo, y no son susceptibles de ningun progreso de individuo á individuo, el primer hombre ha podido ser tan hábil sobre esta materia como sus últimos descendientes.

Las relaciones de los viageros se hallan llenas de ejemplos, de la fuerza y del vigor de los hombres entre las naciones bárbaras y salvages; estas no alaban menos su destreza y su ligereza; y como no hay necesidad sino de tener ojos para observar estas cosas, nada se opone á que no se deba dar fe á cuanto certifican sobre ello los testigos oculares; acerca de lo cual saco algunos ejemplos, sin buscarlos espresamente, de los primeros libros que me han venido á las manos.

« Los Hotentotes, dice Kolben, saben y » conocen mejor el arte de pescar que los Eu- » ropeos del Cabo. Su habilidad es igual, ya » sea con la red, ya con el anzuelo y con el » dardo, tanto en las ensenadas como en los » rios: ellos cogen con igual destreza el pes- » cado con la mano, y tienen una agilidad

» incomparable para nadar. Su modo de nadar » tiene una cosa admirable, y que les es » totalmente propia; ellos nádan con el cuerpo » derecho y las manos estendidas fuera del » agua de manera que parece que andan sobre » la tierra. En las mayores agitaciones del mar, » y cuando las olas forman tantas como mon- » tañas, entonces bailan en algun modo sobre » la superficie de las olas, subiendo y bajando » como un pedazo de corcho ».

» Los Hotentotes, dice aun el mismo autor, » son de una rara destreza para la caza, y la » ligereza de su carrera soprepuja á la imagi- » nacion ». Se maravilla que no hagan con mas frecuencia mal uso de su agilidad, lo que les sucede algunas veces, como se puede juzgar, por el ejemplo que se da sobre ello. « Un ma- » rinero Holandes al saltar en tierra el cabo » tomó un Hotentote para que le llevase un » rollo de tabaco de veinte libras, y le con- » dujese á la ciudad. Luego que se hallaron » los dos á una distancia regular de la tropa, » el Hotentote preguntó al marinero si sabia » correr. Correr! respondió el Holandes, si, » perfectamente. Veámoslo, replicó el Afri- » cano, y huyendo con el tabaco; desapareció, » casi al momento. El marinero confundido de » tan maravillosa velocidad, no pensó en per- » seguirle, y no volvió á ver jamas ni su tabaco, » ni su conductor ».

» Ellos tienen la vista tan rápida y perspicaz, » y la mano tan certera; que los europeos no » pueden compararseles de modo alguno. A » cien pasos tirarán una pedrada á un blanco del

« tamaño

» tamaño de una peseta ; y lo que hay mas
» raro es , que en lugar de fijar los ojos sobre
» el punto , hacen movimientos y contorsiones
» continuamente. Parece que la piedra se halla
» dirigida por una mano invisible ».

El P. Du Tertre dice casi lo mismo acerca de los salvages de las Antillas , que lo que acaba de leerse de los Hotentotes del cabo de Buena-Esperanza. Alaba sobre todo su puntería con las flechas , como que matan los pájaros al vuelo y los pescados nadando , los cuales cogen en seguida , zambulliéndose en el agua. Los salvages de la América septentrional no son menos célebres por sus fuerzas y por su agilidad ; y ve aquí un ejemplo por el cual podrá juzgarse de las de los Indios de la América meridional.

En el año de 1746 , un Indio de Buenos-Aires habiendo sido condenado á galeras en Cadiz , propuso al gobierno comprar su libertad esponiendo su vida en una fiesta pública. Prometió que atacaria solo , y sin otra arma en la mano que una cuerda , al toro mas furioso que hubiese ; que le derribaria y aterraria , que le cogeria con su cuerda por el sitio que le indicasen , que le ensillaria , le embridaria , le montaria y combatiria , sobre él , otros dos toros cualesquiera , y los mas terribles que se hallasen en el toril : que en seguida los mataria uno á uno , al instante que se lo ordenasen y sin el auxilio de nadie ; cuya gracia le fue concedida. El Indio cumplió su palabra , y se salió con todo cuanto habia prometido : sobre el modo como él lo hizo y sobre todo el por menor del

combate, pueden consultar el primer tomo en 12, de las *Observaciones sobre la historia natúral de M. Gautier*, de donde este hecho ha sido sacado, página 262.

(*f*). *Pagina* 16. « La duracion de la vida » de los caballos, dice M de Buffon, es pro- » porcionada, como en todas las demas es- » pecies de animales, al tiempo que echan en » crecer y formarse. El hombre que permanece » catorce años creciendo, puede vivir seis ó » siete veces tanto, es decir, noventa ó cien » años; el caballo, cuya formacion se hace en » cuatro años, puede vivir seis ó siete veces » tanto, es decir, veinte y cinco ó treinta años. » Los ejemplos que pudieran ser contrarios, » á esta regla son tan raros, que no deben ni » siquiera mirarse como una escepcion de la » cual puedan deducirse consecuencias; y » como los caballos bastos crecen en menos » tiempo que los caballos finos, viven por esta » razon menos tiempo y son viejos á la edad de » quince años ».

(*g*). *Pagina* 16. Yo creo observar entre los animales carnívoros y los frugívoros aun otra diferencia mas general que la que he manifestado en la nota (*e*), respecto á que esta se estiende hasta las aves. Esta diferencia consiste en el número de los polluelos y cachorrillos, que no pasa jamas de dos en cada camada, de las especies que no viven sino de vegetales, y que pasa ordinariamente de este número en las de los animales voraces. Es muy fácil el conocer

sobre este objeto, la disposicion de la naturaleza por el número de tetas, que no es sino de dos en cada hembra de la primera especie, como son la yegua, la baca, la cabra, la oveja, la cierva, *etc.*, y que son siempre en número de seis ó de ocho en las otras hembras, tales como la perra, la gata, la loba, la tigra, *etc.* La gallina, la gansa, la ánade, que son todas aves voraces, así como el águila, el gavilan, la lechuza, aovan y empollan un gran número de huevos, lo que no sucede nunca á la paloma, á la tórtola, ni á las aves que no comen absolutamente sino granos, las cuales no aovan ni empollan mas de dos huevos á la vez. La razon que pueden dar de esta diferencia, es que los animales que no viven sino de yerbas y de plantas, permaneciendo casi todo el dia en los pastos, y estando obligados á emplear mucho tiempo en su nutricion no podrian ser á propósito para criar muchos hijuelos, en lugar de que los voraces, no empleando sino un instante en su manutencion, pueden con mas facilidad y con mas frecuencia ir á cuidar de sus hijuelos, volver á la caza, y reparar la disipacion de una tan grande cantidad de leche. Habria no ostante muchas reflexiones y observaciones particulares que hacer acerca de todo esto; pero no es aquí el lugar conveniente, y así es bastante haber manifestado en esta parte el sistema mas general de la naturaleza, sistema que da y presenta una nueva razon para sacar al hombre de la clase de los animales carnívoros, y colocarle entre las especies frugívoras.

(*h*). *Pagina* 27. Un autor célebre calculando los bienes y los males de la vida humana, y comparando las dos sumas, ha hallado que la última es muy superior á la primera, y que considerándolo todo, la vida era para el hombre un presente bastante fatal. Yo no me he admirado de su conclusion; pues que ha sacado todos sus razonamientos de la constitucion del hombre civil: si hubiese subido hasta el hombre natural, se puede juzgar que hubiera encontrado resultados muy diferentes; que hubiera reconocido que el hombre no tiene casi otros males que los que él se ha creado; y que entonces la naturaleza hubiera sido justificada completamente. No sin muchos afanes hemos conseguido llegar á ser tan desgraciados. Cuando de una parte se consideran los inmensos trabajos de los hombres, tantas ciencias profundizadas, tantas artes inventadas, tantas fuerzas empleadas, abismos cegados, montañas arrasadas, rocas desmenuzadas y destrozadas, rios que se han hecho navegables, tierras desmontadas, lagos cavados y construidos, pantanos desaguados y secos, edificios enormes levantados sobre la tierra y el mar cubierto de barcos y de marineros; y de la otra se buscan, con una poca de meditacion, las verdaderas ventajas que han resultado de todo esto para el bien de la especie humana, no se puede menos de quedar aturdido de la terrible desproporcion que reina entre estas cosas, y deplorar la ceguedad del hombre, que, por alimentar su loco orgullo y no sé que vana admiracion de sí mismo, le hace correr con

ardor en pos de todas las miserias de que es susceptible, y que la benéfica naturaleza habia tenido el cuidado de separar de él.

Los hombres son perversos; una triste y continua esperiencia dispensade probarlo, no ostante el hombre es naturalmente bueno, creo haberlo demostrado; ¿ que es, pues, lo que puede haberle depravado hasta este punto, sino las mutaciones sobrevenidas en su constitucion, los progresos que ha hecho, y los conocimientos que ha adquirido? Que admiren tanto cuanto quieran la sociedad humana, no será por esto menos cierto, que ella conduce necesariamente á los hombres á aborrecerse los unos á los otros, á proporcion que sus intereses se cruzan y multiplican; á hacerse mutuamente servicios en apariencia; y en realidad todos los males imaginables. ¿ Que es lo que puede pensarse de un comercio en el cual la razon de cada particular le dicta máximas directamente contrarias á aquellas que la razon pública dicta al cuerpo social, y en donde cada uno halla su beneficio en la degracia agena? No hay puede ser un hombre rico, á quien herederos codiciosos, y muchas veces sus propios hijos no le deseen la muerte en secreto; no hay un barco en el mar, cuyo naufragio no fuese una buena noticia para algun negociante; no hay casa á la que un deudor de mala fe, no quiera ver arder con todos los papeles que contiene; y no hay un pueblo que no se regocije de los desastres de sus vecinos. Es asi el modo como hallamos nuestro beneficio en el perjuicio de nuestros semejantes, y como la pérdida del

uno hace casi siempre la prosperidad del otro: pero lo que hay mas horroroso aun, es que las calamidades públicas forman el anhelo y la esperanza de una multitud de particulares. Los unos desean las enfermedades, los otros la mortandad, los otros la guerra, y los otros el hambre; he visto hombres tan perversos que lloraban de dolor al aspecto de un año fertil, y el grande y funesto incendio de Londres, que costó la vida y los bienes á tantos desgraciados, hizo, puede ser, la fortuna á mas de diez mil personas. Yo sé que Montaigne vitupera al ateniense Démades por haber hecho castigar á un obrero que ganaba mucho, vendiendo muy caros los feretros, con la muerte de los ciudadanos; mas la razon que alega Montaigne, siendo que en tal caso seria necesario castigar á todo el mundo, es evidente que ella confirma las mias. Que penetren desde luego, por en medio de nuestras frívolas demostraciones de benevolencia, lo que pasa en el fondo de los corazones, y que se reflexione acerca de lo que debe ser un estado de cosas, en donde todos los hombres están obligados á acariciarse y á destruirse mutuamente, y en el cual nacen enemigos por deber, y falaces por interes; si se me responde que la sociedad se halla constituida de tal manera que cada hombre gana sirviendo á los otros, replicaré que esto seria muy bueno sino ganase mas aun en hacerles daño. No hay utilidad por legítima que sea que no se halle sobrepujada por la que se puede hacer ilegítimamente, y el mal hecho al próximo es en todos tiempos mas lucrativo que los servicios,

No se trata, ni es cuestion sino de hallar los medios de asegurarse la impunidad, y es en lo cual los poderosos emplean todas sus fuerzas, y los débiles todas sus astucias.

El hombre salvage, luego que ha comido, está en paz con toda la naturaleza, y es el amigo de todos sus semejantes. Si le es forzoso alguna vez disputar su comida, no viene jamas á las manos sin haber antes comparado la dificultad de vencer con la de encontrar en otra parte su subsistencia; y como el orgullo no se introduce en el combate, este se termina por algunas puñadas; el vencedor come, el vencido va á buscar fortuna, y todo queda pacificado. Mas con el hombre en sociedad estos son asuntos de otra clase; se trata primeramente de proveer á lo necesario, y despues á lo supérfluo; en seguida llegan las delícias, despues las inmensas riquezas, luego los vasallos, y en el momento los esclavos, no tiene un instante de reposo; lo que hay mas singular, es que mientras menos naturales y urgentes son las necesidades, tanto mas se aumentan las pasiones, y lo que es aun peor, el poder satisfacerlas; de suerte que despues de largas prosperidades, despues de haber consumido infinitos tesoros y desolado muchos hombres, mi héroe acabará con destruir y aniquilarlo todo, hasta tanto que llegue á ser el único dueño del universo. Tal es en compendio el cuadro moral, sino de la vida humana, á lo menos de las pretensiones secretas del corazon de todo hombre civilizado.

Comparad sin preocupaciones el estado del

hombre civil, con el del hombre salvage, y buscad si podeis, cuantas nuevas puertas, ademas de su maldad, de sus necesidades, y de sus miserias, ha sido el primero á abrir al dolor y á la muerte. Si considerais las penas del ánimo que nos consumen, las pasiones violentas que nos aniquilan y desolan, los trabajos escesivos de que los pobres se hallan sobrecardados, la molicie aun mas perjudicial á la cual los ricos se abandonan, y que hacen morir á los unos de sus necesidades, y á los otros de sus escesos; si considerais las monstruosas mezclas de los alimentos, sus perniciosos condimentos, los géneros corrompidos, las drogas falsificadas, las picardías de aquellos que las venden, los errores de aquellos que las emplean, y el veneno de las vasijas en las que se preparen; si haceis atencion á las enfermedades epidémicas engendradas por el mal aire que se respira entre las multitudes de hombres reunidos, á las que ocasionan la delicadeza de nuestro método de vida, los tránsitos alternativos de lo interior de nuestras casas al aire libre, el uso de los vestidos puestos ó quitados con poca precaucion, y todos los cuidados que nuestra escesiva sensualidad ha convertido en hábitos necesarios, y cuya negligencia ó privacion nos cuesta en seguida la vida ó la salud; si añadieseis á todo esto y hicieseis cuenta de los terremotos y de los incendios que hacen perecer, consumiendo ó echando por tierra ciudades enteras, miliares de habitantes; en una palabra, si reunis los peligros que todas estas causas congregan con-

tinuamente sobre nuestras cabezas, conoceréis lo caro que la naturaleza nos hace pagar el desprecio que hemos hecho de sus lecciones.

No repetiré aquí lo dicho en otra parte respecto á la guerra; mas querria que personas instruidas quisiesen ó intentasen dar una vez al público, el por menor de los horrores que se cometen en los ejércitos por los asentistas de los víveres y de los hospitales: se veria que sus maniobras, no muy secretas, por las cuales los ejércitos los mas brillantes se reducen á menos que nada, hacen perecer muchos mas soldados que destruye la cuchilla enemiga. Es cálculo no menos asombroso el de los hombres que el mar sumerge todos los años, ya sea por el hambre, ya por el escorbuto, ya por los piratas, ya por el fuego, y ya por los naufragios. Es evidente que es indispensable atribuir á la propiedad establecida, y por consecuencia, á la sociedad, los asesinatos, los atosigamientos, los robos en los caminos, y los castigos mismos de estos delitos, castigos necesarios para prevenir mayores males, pero que, por el asesinato de un hombre, costando la vida á dos ó á mas, no dejan de doblar realmente la pérdida de la especie humana. ¡Cuantos medios vergonzosos para impedir el nacimiento de los hombres, y para engañar la naturaleza! ya sea por esos gustos brutales y depravados que insultan á su mas bella obra, gustos que los salvages ni los animales no conocieron nunca, y que no deben su existencia en los paises civilizados sino á una imaginacion corrompida; ya sea por esos abortos secretos,

dignos frutos de la disolucion y del honor viciado ; ya sea por la esposicion ó la muerte de una multitud de niños , víctimas de la miseria de sus padres , ó del pudor bárbaro de sus madres ; y ya sea enfin por la mutilacion de esos desgraciados, de los cuales una parte de la existencia , y toda la posteridad son sacrificadas á vanas canciones , ó , lo que es peor aun , á los brutales zelos de algunos hombres : mutilacion que, en este último caso , ultraja doblemente á la naturaleza , ora por el tratamiento que reciben aquellos que la sufren , ora por el uso al cual son destinados.

¿ Pero no se dan mil casos mucho mas frecuentes y mas perjudiciales aun , en los cuales los derechos paternales ofenden abiertamente á la humanidad ? ¡ Cuantos talentos sepultados y perdidos , y cuantas inclinaciones forzadas por la imprudente violencia de los padres ! ¡ Cuantos hombres se hubieran distinguido en un estado conveniente , que mueren desdichados y deshonrados en otro estado por el cual no tenian ningun gusto ! ¡Cuantos matrimonios felices aunque desiguales han sido rotos ó perturbados, y cuantas esposas castas deshonradas por este órden de condiciones siempre en contradiccion con el de la naturaleza ! ¡ Cuantas otras uniones estraordinarias , ridículas y caprichosas , formadas por el interes , y desaprobadas por el amor y por la razon! ¡ Cuantos esposos honrados y virtuosos se construyen mutuamente su suplicio , por no haber examinado antes los caracteres ! ¡ Cuantas jóvenes y desgraciadas víctimas de la avaricia de los padres , se su-

mergen en el vicio, ó pasan sus tristes dias inundadas en llanto, y gimiendo en unos lazos indisolubles que el corazon rechaza y mira con horror, y que el oro solo ha formado! ¡Felices algunas veces aquellas á quienes su valor y virtud misma quitan la vida, antes que una violencia bárbara les obligue á pasarla en el delito ó en la desesperacion! ¡Perdonad estas justas reflexiones, padre y madre para siempre deplorables; yo acibaro á mi pesar vuestros dolores; mas ojalá sirvan de ejemplo eterno y terrible á cualquiera que osa, en el nombre mismo de la naturaleza, violar el mas sagrado de sus derechos!

Si no he hablado mas que de aquellos nudos mal formados, que son obra de nuestra civilizacion, ¿piensan por eso que aquellos á que el amor y la simpatía han presidido, estén ellos mismos exentos de inconvenientes? ¿Que seria pues si emprendiese el presentar la especie humana acometida en el orígen mismo, y hasta en el mas santo de todos los vínculos, en el cual no osan escuchar el grito de la naturaleza, sino despues de haber consultado el interes, y en donde el desórden civil confundiendo las virtudes y los vicios, la continencia viene á ser una precaucion criminal, y el negarse á dar la vida á su semejante un acto de humanidad? Mas sin rasgar el velo que cubre tantos horrores, contentémonos con indicar el mal al cual otros deben aplicar el remedio.

Que se agregue á todo esto esa cantidad de oficios mal sanos que abrevian los dias ó destruyen el temperamento, cuales son los

trabajo de las minas, las diversas preparaciones de los metales, de los minerales, sobre todo del plomo, del cobre, del mercurio, del cobalto, del arsénico, y del rejalgar: esos otros oficios peligrosos que cuestan todos los dias la vida á muchos obreros, los unos trastejadores, los otros carpinteros, los otros albañiles, y los otros canteros; que se reunan, digo, todos estos objetos, y podrán ver en el establecimiento y perfeccion de las sociedades las causas de la diminucion de la especie observada por mas de un filósofo.

El lujo, imposible de precaver ni de evitar entre los hombres avaros de sus propias comodidades, y de la consideracion de los otros, completa muy pronto el mal que las sociedades han principiado; y so color de hacer vivir á los pobres, que no hubiera sido necesario hacer, empobrece á todo el resto, y despuebla el estado, tarde ó temprano.

El lujo es un remedio mucho peor que el mal que pretende curar; ó mas bien es él mismo el peor de todos los males, en cualquier estado sea grande ó pequeño donde se halle, pues que para mantener una multitud de criados y de miserables que él ha hecho, abruma y arruina al labrador y al ciudadano: semejante á esos vientos abrasadores del medio dia, que cubriendo la yerba y la verdura de insectos devoradores, quitan la subsistencia á los animales útiles, y llevan el hambre y la muerte á todos los parages en donde se hacen sentir.

De la sociedad y del lujo que ella engendra nacen las artes liberales y mecánicas, el comercio,

mercio, las letras, y todas esas inutilidades que hacen florecer la industria, enriquecen y pierden los estados. La razon de esta ruina es muy sencilla. Es muy fácil conocer que la agricultura por su naturaleza debe ser la menos lucrativa de todas las artes, porque su producto sirviendo al uso mas indispensable para todos los hombres, el precio debe ser proporcionado á las facultades de los mas pobres. De este mismo principio se puede deducir y sacar esta regla, que en general las artes son lucrativas en razon inversa de su utilidad, y que las mas necesarias deben enfin venir á ser las menos cultivadas; por donde se ve lo que se debe pensar de las verdaderas ventajas de la industria y del efecto real que resulta de sus progresos.

Tales son las causas sensibles de todas las miserias en donde la opulencia precipita enfin á las naciones las mas fastuosas. A proporcion que la industria y las artes se propagan y florecen, el cultivador despreciado, cargado de impuestos necesarios al mantenimiento del lujo, y condenado á pasar su vida entre el trabajo y el hambre, abandona sus campiñas para ir á buscar en las ciudades el pan que debia traer á ellas. Mientras mas las capitales sorprenden y causan admiracion á los ojos estúpidos del pueblo, tanto mas seria forzoso gemir de ver los campos abandonados, las tierras en erial, y los caminos reales inundados de desgraciados ciudadanos convertidos en mendigos ó en ladrones, y destinados á acabar su miseria sobre el cadalso ó en un muladar. De este modo el estado enriqueciéndose de un lado

se debilita y se despuebla po otro, y es as
como las mas poderosas mor.rquías, despu
de infinitos trabajos para hacerse opulentas
desiertas, acaban por venir á ser la presa
las naciones pobres que sucumben á la funes
tentacion de invadirlas, y que se enriquecen
debilitan á su turno, hasta tanto que ellas mi
mas vienen á ser tambien invadidas y destruid
por otras.

Que se dignen esplicarnos una vez que es l
que pudo producir esas nubes de bárbaros q
han inundado, durante tantos siglos, la Europ
el Asia y el Africa. ¿Era á la industria
sus artes, á la sabiduría de sus leyes, á la exc
lencia de su civilizacion, á quienes ellos deb
tan prodigiosa poblacion? Que nuestros sab
tengan la bondad de decirnos ¿por que razon
lejos de multiplicarse hasta tal grado, e
hombres feroces y brutales, sin luces, sin fren
y sin educacion, no se degollaban á cada insta
todos entre sí, para disputarse su alimento ó
casa? ¿Que nos espliquen de que modo es
miserables han tenido la osadía de mirar car
cara, y acometer á gentes tan hábiles como éram
nosotros, con una tan bella disciplina mil
como teníamos, tan bellos códigos, y con t
sabias leyes? ¿Enfin porque despues que
sociedad se ha perfeccionado en los paises d
norte, y que se han tomado tanto trabajo pa
enseñar á los hombres sus deberes mutuos
y el arte de vivir agradable y tranquilamen
juntos, no se ve salir de allí ninguna cosa p
recida á aquellas irrupciones y multitudes
hombres que producian otras veces? Yo s
pecho que alguno se atreva al fin á responder

diciendo, que todas esas grandes cosas, á saber las artes, las ciencias y las leyes, han sido sabiamente inventadas por los hombres, como una peste saludable para impedir la escesiva multiplicacion de la especie, de miedo que este mundo, que nos está destinado, no venga á ser al cabo demasiado pequeño para sus habitantes.

Pues que! ¿será necesario destruir las sociedades, anular, y concluir con lo tuyo y lo mio, y volver á vivir en las selvas con los osos? consecuencia igual á las que deducen mis adversarios, y que me complazco tanto en prevenir como en dejarles la vergüenza de sacarla. ¡O vosotros, á quienes la voz celestial no se ha hecho oir, y que no reconoceis para vuestra especie otro destino que el de ecabar en paz esta corta vida, vosotros que podeis dejar y abandonar en medio de los pueblos vuestras funestas adquisiciones, vuestros espiritus turbulentos é inquietos, vuestros corazones corrompidos y vuestros deseos desenfrenados, volved á tomar, pues que depende de vosotros, vuestra antigua y primera inocencia: id á los bosques á perder de vista y de memoria los delitos de vuestros contemporáneos, y no temais de modo alguno envilecer vuestra especie, renunciando á sus luces afin de renunciar á sus vicios! En cuanto á los hombres parecidos á mi, y en quienes las pasiones han destruido para siempre la original simplicidad, que no pueden ya sustentarse de yerbas y de bellotas, ni dispensarse de leyes y de gefes; aquellos pues que fueron honrados y favorecidos en sus primeros padres, con lecciones sobrenaturales;

aquellos que verán, en la intencion de dar, sin duda, á las acciones humanas una moralidad que no hubieran adquirido por sí en mucho tiempo, la razon de un precepto indiferente por sí mismo é inesplicable en cualquier otro sistema; aquellos en una palabra, que están convencidos de que la voz divina llama á todo el género humano á la participacion de las luces y á la felicidad de las celestes inteligencias: todos procurarán por el ejercicio de las virtudes que se obligan a practicar aprendiendo á conocerlas, el merecer el premio eterno que deben esperar por ello; respetarán los sagrados vínculos de la sociedad de la cual son miembros; amarán a sus semejantes y les servirán con todas sus fuerzas; obedecerán escrúpulosamente á las leyes y á los hombres que son los autores y los ministros de ellas; honrarán sobre todo á los buenos y sabios príncipes que sabrán prevenir, curar ó paliar esta multitud de abusos y de males siempre dispuestos á abrumarnos; animarán el celo de sus dignos gefes, manifestándoles sin temor y sin lisonja la dignidad y grandeza de sus funciones y el rigor y rectitud de sus deberes: mas ellos no dejarán de vituperar y despreciar una constitucion que no puede mantenerse sino con el auxilio de tantas gentes respetables que se desean con mas frecuencia que se obtienen, y de la cual, á pesar de todos los cuidados, nacen siempre mas calamidades efectivas que ventajas aparentes.

Pagina 17. (*i*). Entre los hombres que conocemos, ó por nosotros mismos, ó por los historiadores, ó por los viageros, los unos son

negros, los otros blancos, los otros rojos; los unos tienen los cabellos muy largos, los otros no tienen sino una especie de lana ensortijada; los unos son casi todos velludos, los otros no tienen ni aun barbas: ha habido y hay aun naciones donde los hombres son de una estatura gigantesca; y dejando á parte la fábula de los pigmeos, que puede muy bien no ser sino una exageracion, se sabe que los Lapones, sobre todo los Groenlandeses, son mucho mas pequeños que la estatura mediana del hombre; hay quien pretende tambien que hay pueblos enteros que tienen colas como los cuadrúpedos, y sin dar una creencia ciega á las relaciones de Herodoto y de Ctesias, se puede cuando menos deducir esta opinion muy verosimil, que si se hubieran podido hacer observaciones exactas en los tiempos antiguos, en los cuales los diversos pueblos seguian unos métodos de vivir mucho mas diferentes entre si, que los que tienen hoy dia, se hubieran igualmente observado, en la figura, y en la conformacion y hábito de los cuerpos, variaciones aun mas estrañas. Todos estos hechos, de los cuales es bien fácil dar pruebas irrefragables, no pueden maravillar sino á aquellos que están acostumbrados á mirar unicamente los objetos que los rodean, y que ignoran los poderosos efectos de la divergencia de climas, del aire, de los alimentos, del modo de vivir, de los habitos en general, y sobre todo de la fuerza prodigiosa de estas mismas causas, cuando ella obra continuamente sobre una larga serie de generaciones. Hoy que el comercio, los viages y las

Q 3

conquistas reunen mucho mas á los diversos pueblos, y que sus modos de vivir se van aproximando ó identificando sin cesar por medio de la frecuente comunicacion, se repara que ciertas diferencias nacionales han disminuido; y por ejemplo, cada uno puede notar que los franceses de hoy dia no tienen ya aquellos grandes cuerpos blancos y rubios descritos por los historiadores latinos, aunque el tiempo, unido á la mezcla de los francos y de los normandos, blancos y rubios ellos en si mismos, hubiese debido restablecer aquello que por la frecuentation de los romanos pudo perderse de la influencia del clima, sobre la constitucion natural y el color de los habitantes. Todas estas observaciones sobre las variedades que mil causas pueden producir y han producido en efecto en la especie humana, me hacen dudar sí diversos animales parecidos á los hombres, tomados por los viageros ó considerados como bestias, sin gran exámen, ó en razon de algunas diferencias que hallaron en la conformacion esterior, ó solamente porque estos animales no hablaban, serian en efecto verdaderos hombres salvages, cuya raza dispersada antiguamente en las selvas no habia tenido ocasion de desenvolver ninguna de sus facultades virtuales, no habia adquirido ningun grado de perfeccion, y por consecuencia se encontraba todavía en el estado primitivo de la naturaleza. Demos un ejemplo de lo que quiero decir.

» Se halla, dice el traductor de la historia » de los viages, en el reino de Congo, una gran

» cantidad de esos grandes animales que llaman » *Orangutanes*, en las Indias orientales, y que » guardan un cierto medio entre la especie hu- » mana y los *Babuinos*. Battel cuenta qué en los » bosques de Mayomba, en el reino de Luango, » se ven dos clases de monstruos de los cuales, » los mayores se llaman *Pongos* y los otros » *Enjocos*. Los primeros tienen una semejanza » exacta con los hombres: pero son mucho mas » gruesos y de una estatura mayor. Tienen » una figura humana, pero los ojos muy hun- » didos: sus manos, sus mejillas y sus orejas » no tienen pelo alguno, mas los de sus cejas » son muy largos. Aun cuando tienen el resto » del cuerpo bastante velludo, el pelo no es » muy espeso y su color es moreno. Enfin la » sola cosa que los distingue de los hombres es » la pierna, en la cual no tienen pantorrilla. » Andan derechos, agarràndose con la mano » los pelos del cuello; su acogida es en los » bosques, duermen sobre los árboles, y se » construyen en ellos una especie de tejado » que los pone á cubierto de la lluvia. Sus » alimentos son frutas ó nueces silvestres; jamas » comen carne. La costumbre que tienen los » negros que atraviesan los bosques, es de en- » cender fuego durante la noche, y observan » que por la mañana, luego que parten, los » *Pongos* se ponen al rederor del fuego, y no » se retiran hasta tanto que se apaga del todo; » porque á pesar de su grande destreza, no » tienen bastante conocimiento para conser- » varle echándole leña ».

» Van muchas veces en bandas, y matan à

» los negros que atraviesan las selvas. Se ar» rojan tambien sobre elefantes que vienen á » pacer en los sitios que ellos habitan, y los » incomodan tan fuertemente con puñadas, ó » á palos, que les obligan á huir dando bra» midos. No se coge nunca ningun Pongo » vivo, á causa de que son tan robustos que diez » hombres apenas podrian sugetarle; mas los » negros cogen muchos pequeños despues de » haber matado á la madre, al cuerpo de la » cual el hijuelo se agarra fuertemente. Cuan» do alguno de estos animales muere, los » otros cubren su cuerpo con un monton de » ramas y de hojas. Purchas añade que, en las » conversaciones que tuvo con Battel, supo de » él mismo que un Pongo le quitó un negrillo, » el cual pasó un mes entero en la sociedad » de estos animales; pues no hacen ningun » mal á los hombres que sorprenden, á lo » menos cuando estos no los miran, como » habia observado el negrillo. Battel no ha » descrito la segunda especie de monstruos ».

» Dapper confirma que el reino de Congo » está lleno de aquellos animales que llaman en » las Indias *Orangutanes*, es decir, habitantes » de los bosques, y que los Africanos llaman » *Cuojas-Moros*. Esta bestia, dice, es tan pa» recida al hombre, que á algunos viageros les » ha venido á la idea, que podia haberse pro» ducido de una muger y de un mono: quimera » que aun los mismos negros reprueban. Uno » de estos animales fue transportado desde » Congo á Holanda y presentado al principe de » Orange, Frederico-Enrique. Era de la altura

» de un niño de tres años y de una mediana » robustez, pero cuadrado y bien proporcio- » nado, muy ágil, y muy vivo, las piernas » carnudas y gruesas, toda la delantera del » cuerpo desnuda, mas la trasera cubierta de » pelos negros. Á primera vista, su cara pa- » recia á la del hombre, pero tenía la nariz » chata y torcida; sus orejas eran como la de » la especie humana; su pecho (porque era » una hembra) era grueso, su ombligo hun- » dido, sus espaldas muy bien unidas, sus » manos divididas en dedos y proporcionadas, » sus pantorrillas, y sus talones gruesos y » carnosos. Andaba comunmente derecho sobre » sus piernas, y era capaz de levantar y de » llevar fardos bastante pesados. Cuando queria » beber, tomaba con una mano la tapadera del » jarro, y con la otra le tenia por el asiento; y » en seguida se limpiaba con bastante gracia » los labios. Se acostaba para dormir, la cabeza » puesta sobre una almohada, y se cubria con » tanta destreza que le hubieran tenido por un » hombre en la cama. Los negros cuentan » cosas muy raras de este animal: ellos ase- » guran que no solamente fuerzan á las mugeres » y á las mozuelas, sino que tambien se atreven » á embestir á los hombres armados; en una » palabra, hay suficiente apariencia para pensar » que este sea el Sátiro de los antiguos. Me- » rolla no habla, puede ser, sino de estos ani- » males, cuando cuenta que los negros cogen » algunas veces en sus caserías hombres y » mugeres salvages ».

Se habla tambien de esta especie de animales

Antropoformes en el tercer tomo de la misma historia de los viages, bajo el nombre de *Beggas* y de *Mandrilles*; pero para no apartarnos de las relaciones precedentes, se hallan en la descripcion de estos pretendidos monstruos conformidades tan inmediatas con la especie humana, y diferencias aun menores que las que podrian señalarse de hombre á hombre. No se ve en estos pasages las razones sobre las cuales se fundan los autores para rehusar á los animales en cuestion el nombre de hombres salvages; bien fácil de conjeturar que esto es á causa de su estupidez, é igualmente porque no hablan: razones demasiado débiles para aquellos que saben que, aun cuando él órgano de la palabra sea natural al hombre, la palabra por sí misma no le es sin embargo natural, y que conocen hasta que punto su *perfectibilidad* puede haber elevado al hombre civil sobre su estado original. El corto número de renglones que contienen estas descripciones nos puede hacer juzgar cuan mal observados han sido estos animales, y con que preocupaciones han sido vistos. Por ejemplo, los califican de monstruos, y no ostante convienen en que engendran. En un parage Battel dice que los Pongos matan á los negros que atraviesan los bosques; y en otro, Purchas añade que no les hacen ningun mal aun cuando los sorprenden, á lo menos cuando los negros no atienden á mirarlos. Los Pongos se reunen al rededor de los fuegos encendidos por los negros, cuando estos se retiran, y ellos tambian se van á su turno cuando el fuego se apaga; ve aquí el hecho, y ve aquí al presente el comentario del

observador : *porque con mucha destreza, no tiene bastante sentido para entretenerle trayendo y poniendo leña.* Quisiera adivinar como Battel ó Purchas su compilador han podido saber que el parage de la acogida de los Pongos era un efecto de su bestialidad mas bien que de su voluntad. En un clima tal que el de Loango, el fuego no es una cosa muy necesaria á los animales, y si los negros lo encienden, es mucho menos á causa del frio que para espantar las bestias feroces ; es enfin muy natural que los Pongos despues de haber estado algun tiempo regocijados con la llama, ó habiéndose calentado bien, se cansen de permanecer siempre en el mismo sitio, y se vayan á buscar su alimento, que pide mucho mas tiempo que si comiesen carne. Ademas se sabe que la mayor parte de los animales, sin esceptuar de esto al hombre, son naturalmente perezosos, y que no se prestan á ninguna especie de cuidados que no sean de absoluta necesidad. Enfin parece muy estraño que los Pongos, de quienes alaban la destreza y la fuerza ; los Pongos que saben enterrar los muertos y hacer tejados de ramages, ¡no sepan atizar el fuego. Yo me acuerdo haber visto un mono hacer esta misma maniobra que no quieren que los Pongos puedan hacer : es verdad que mis ideas no hallándose por entonces dirigidas ácia tal objeto, cometí yo mismo la falta de que acuso á nuestros viageros, no hice caso ni examiné si la intencion del mono era en efecto la de mantener el fuego, ó simplemente, como creo, de imitar la accion del hombre. Sea como sea, está bien demostrado que el mono no es una variedad del

hombre; no solamente, porque está privado de la facultad de hablar, sino sobre todo porque su especie no tiene la de perfeccionarse, que es el carácter específico de la especie humana: esperiencias que no parecen haberse hecho con los Pongos y los Orangutanes, con bastante cuidado para poder sacar una consecuencia igual á la anterior. Habria no ostante un medio por el cual, si el Orangutan ó cualquier otro fuese de la especie humana, los observadores los mas groseros pudiesen asegurarse de ello por medio de una demostracion; pero ademas de que una sola generacion no seria suficiente para esta esperiencia, debe pasar por impraticable, porque sería indispensable que lo que no es mas que suposicion, pudiese ser demostrado como un axioma, antes que la prueba que debiese acreditar el hecho, pudiese ser emprendida inocentemente.

Los juicios precipitados, y que no son el fruto de una razon ilustrada, son propensos á dar en los escesos. Nuestros viageros, sin meditacion ni trabajo, hacen bestias bajo el nombre de *Pongos*, de *Mandrilles* y de *Orangutanes*, de los mismos seres, de los que, bajo el nombre de *Sâtiros*, de *Faunos* y de *Silvanos*, los antiguos hacian divinidades. Puede ser que despues de investigaciones exactas halláran que no son ni bestias, ni dioses, pero sí hombres. Entre tanto, me parece que hay suficiente razon para seguir la opinion de Merolla, religioso letrado, testigo ocular, y que á pesar de toda su ingenuidad no deja de ser hombre de entendimiento, mas bien que la del mercader Battel,

de

de Dapper, de Purchas y las de los demas compiladores.

¿ Que juicio piensan que hubieran hecho semejantes observadores sobre el niño hallado en 1694, del cual he hablado anteriormente, que no daba ninguna señal de razon; andaba sobre sus manos y sobre sus pies; no tenia ningun lenguage; y formaba unos sonidos que no se parecian en nada á los de un hombre? El permaneció mucho tiempo, continua el mismo filósofo que me ha comunicado este hecho, antes de poder proferir algunas palabras, y aun lo hacía de un modo bárbaro. Al momento que estuvo en estado de hablar, le interrogaron sobre su primer estado, pero no se acordaba de tal cosa, así como nosotros no nos acordamos de todo cuanto nos ha sucedido en la cuna. Si desgraciadamente para él, este niño hubiera caido entre las manos de nuestros viageros, no se puede dudar que despues de haber observado su silencio y su estúpidez, no hubiesen tomado el partido de volverle á enviar al bosque, ó de encerrarle en una leonera; despues de lo cual hubieran hablado sabiamente de él, en bellísimas relaciones, como de una bestia muy curiosa que se parecia mucho al hombre.

Despues de trescientos ó cuatrocientos años que los habitantes de la Europa inundan las otras partes del mundo, y publican sin cesar nuevas relaciones, estoy persuadido que nosotros no conocemos otros hombres mas que los solos europeos, y aun parece segun las preocupaciones ridiculas (que no se hallan estin-

guidas todavía, aun entre las gentes mismas de letras) que cada uno no sabe casi otra cosa; bajo el nombre pomposo de estudio del hombre, que el de los hombres de su pais. Los particulares pueden bien ir y venir; la filosofía parece que no viaja: así pues la de cada pueblo es por sí mismo poco á propósito para cualquier otro. La causa de esto es bien clara, á lo menos por lo que respecta á las regiones lejanas; no hay mas que cuatro clases de hombres que hagan viages dilatados, los marineros, los mercaderes, los soldados y los misioneros; luego no se debe casi esperar que las tres primeras clases produzcan buenos observadores, y en cuanto á los de la cuarta, ocupados de la vocacion sublime que los reclama, cuando no fuesen propensos á las preocupaciones de estado como todos los demas, se debe creer que no se entregarian voluntariamente á investigaciones que parecen de pura curiosidad, y que los distraerian de los trabajos mucho mas importantes á los cuales se destinan. Ademas, para predicar útilmente el evangelio no es necesario sino fervor y zelo, y Dios da lo demas; mas para estudiar á los hombres, son indispensables talentos que Dios no se obliga á dar á nadie, y que no hacen siempre parte del patrimonio de los santos. No se abre ningun libro de viages en donde no se hallen descripciones de los caracteres y de las costumbres; pero se queda uno maravillado al ver en ellas que estas gentes que han descrito tanto acerca de las cosas, no han dicho sino lo que cada uno sabia ya; no han sabido divisar al otro cabo del mundo

sino aquello que no hubiera dependido mas que de ellos el conocer y notar sin salir de su calle; pues aquellas señales verdaderas que distinguenâ las naciones, y que se manifiestan á los ojos hechos para ver, se han casi siempre ocultado ó escapado á los suyos. De aqui ha provenido ese bello adagio de moral, tan rebatido por la turba filosófica, que los hombres son por todas partes los mismos, y que teniendo igualmente por todas partes las mismas pasiones y los mismos vicios, es bastante inútil quere caracterizar los pueblos diversos; lo cual es casi tan buen modo de raciocinar como si se digese, que no se sabria ni podria distinguir ni hacer la diferencia de Pedro con Juan, porque tienen los dos una nariz, una boca y dos ojos.

¿No se verán renacer jamas aquellos tiempos felices en que los pueblos no se metian en filosofar, pero en los cuales los Platones, los Talés y los Pitagoras, penetrados de un deseo ardiente de saber, emprendiian largos viages con la mira sola de instruirse, é iban lejos de su patria á sacudir el yugo de las preocupaciones nacionales, á aprender á conocer á los hombres por medio de sus conformidades y de sus diferencias, y á adquirir aquellos conocimientos universales que no son de ningun modo los de un siglo, ó de un pais esclusivamente, sino que siendo de todos tiempos y de todos los lugares, son, por decirlo asi, la ciencia comun de los sabios?

Se admira la magnificencia de algunos curiosos que hacen ó han hecho hacer con grandes

gastos viages en el oriente, acompañados de sabios y de pintores, afin de dibujar allí algunas ruinas, y descifrar ó copiar algunas inscripciones; pero no puedo comprender por que razon en un siglo, en el cual todo el mundo se jacta de bellos conocimientos, no se hallan dos hombres bien unidos, y ricos, el uno en dinero, y el otro en ingenio, amando ambos la gloria, y aspirando á la inmortalidad, el uno sacrificando veinte mil escudos de su bolsillo, y el otro diez años de su vida para un viage célebre en el que diesen la vuelta al mundo, á efecto de estudiar por esta via, no las piedras y las plantas como regularmente se ha hecho, sino los hombres y las costumbres, y que despues de tantos siglos empleados en medir y considerar la habitacion, les venga á la idea enfin el querer conocer á sus habitantes.

Los académicos que han recorrido las partes septentrionales de la Europa y las meridionales de la América, tenian mas bien por objeto el de visitarlas como geómetras que como filósofos. No ostante, como eran lo uno y lo otro á la vez, no se deben mirar como totalmente desconocidas aquellas regiones que han sido vistas y descritas por los la Condamine, y los Maupertuis. El joyero Chardon que ha viajado como Platon, no ha omitido nada acerca de la Persia; la China parece que ha sido bien observada por los Jesuitas. Kempfer da una idea bastante regular de lo poco que vió en el Japon. Reducidos á estas relaciones, nosotros no conocemos los pueblos de las Indias orientales,

frecuentadas únicamente por los europeos, mucho mas curiosos de llenar sus bolsillos que sus cabezas. El Africa entera y sus numerosos habitantes, tan singulares por su caracter como por su color, están aun por conocer y examinar; toda la tierra está cubierta de naciones de las que no conocemos mas que los nombres; ¡ y nos atrevemos sin embargo á juzgar el género humano! Supongamos un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un D'Alembert, un Condillac, ú otros hombres de igual naturaleza, viajando para instruir á sus compatriotas, observando y describiendo, como lo saben hacer, la Turquia, el Egipto, la Berbería, el Imperio de Marruecos, la Guinea, los paises de los Cafres, lo interior del Africa, y sus costas orientales, los Malabares, el Mogol, las orillas del Ganges, los reinos de Siam, de Pegu, y de Ava, la China, la Tartaria y sobre todo el Japon: en seguida en el otro hemisferio el imperio de Méjico, el Perú, Chile, las tierras Magallanicas, sin olvidar los Patagones, verdaderos ó fabulosos, el Tucuman y el Paraguay, si era posible tambien, el Brasil, y enfin los Caribes, la Florida y todas las regiones salvages, viage el mas importante de todos, y el que era necesario hacer con el mayor celo y cuidado: supongamos luego que estos nuevos Hércules, de vuelta ya de sus memorables marchas, escribiesen en seguida muy despacio la historia natural, moral y política de lo que hubiesen visto, y veríamos nosotros mismos entonces salir un mundo nuevo de sus plumas, y sabríamos y aprenderíamos por este modo á co-

ñocer el nuestro : digo enfin que cuando semejantes observadores afirmáran que un tal es un hombre, y que tal otro es una bestia, será forzoso creerles ; pero me parece una gran simpleza fiarse sobre esto de unos viageros groseros, acerca de los cuales se vería uno tentado algunas veces de hacer la misma cuestion que ellos se atreven á resolver sobre los otros animales.

(*k*) *Pagina* 28. Esto me parece de una evidencia palpable, y no puedo concebir de donde nuestros filósofos pueden hacer provenir todas las pasiones que suponen y dan al hombre natural. Esceptuando la sola necesidad física, que la misma naturaleza pide, todas las otras no son tales sino por el hábito ; antes del cual no eran de ninguna manera necesidades ; ó por nuestros deseos, y jamas se desea ni puede desearse aquello que no se conoce ó que no se está en estado de conocer. De lo cual se sigue que el hombre salvage no deseando sino aquello cuya posesion está en su poder, ó que le es fácil de adquirir, nada puede haber que se halle en tanta tranquilidad como su alma, y nada mas limitado que su entendimiento.

(*l*) *Pagina* 56. Yo encuentro en el gobierno civil de Locke una objecion que me parece demasiado especiosa para poder disimularla.

» El objeto de la sociedad entre el varon y la
» hembra, dice este filósofo, no siendo simple-
» mente el de procrear, sino el de perpetuar
» la especie, esta sociedad debe durar aun des-
» pues de la procreacion, á lo menos tanto
» tiempo cuanto es indispensable para la nu-

» tricion y la conservacion de los procreados ;
» es decir, hasta tanto que ellos sean capaces
» por sí solos de proveer á sus necesidades.
» Esta regla, que la sabiduría infinita del
» Criador ha establecido en todas las obras de
» sus manos, la vemos observada constante-
» mente y con exactitud por todas las criaturas
» inferiores al hombre. Entre los animales que
» viven de yerba, la sociedad del macho y la
» hembra no dura mas tiempo que el de cada
» acto de copulacion, porque siendo suficientes
» las tetas de la madre para criar á los hi-
» juelos hasta que se hallan capaces de comer
» la yerba, el macho se contenta con engendrar
» y no interviene despues de esto en nada
» ni con la hembra ni con los hijuelos, á la
» susistencia de los cuales no puede contri-
» buir de ninguna manera. Mas por lo que
» hace á las bestias carnivoras, la sociedad dura
» mas tiempo, á causa de que la madre no
» siéndole posible proveer bien á su subsis-
» tencia propia, y criar á la vez sus hijuelos,
» por la sola presa que ella hiciese, cuya
» vida nutritiva es mas laboriosa que la de ali-
» mentarse de yerba, la asistencia del macho
» es de toda necesidad para el mantenimiento
» de la familia comun, si se puede emplear
» este término ; la cual hasta tanto que pueda
» ir á buscar alguna presa, no podria subsistir
» sin la asistencia del macho y de la hembra.
» Se observa lo mismo con respecto á todas las
» aves, de las cuales esceptuando algunas aves
» domésticas que se hallan en parages en los
» que la continua abundancia de alimentos

» dispensa al macho del cuidado de alimentar
» los polluelos ; se observa que mientras
» que los hijuelos en sus nidos tienen nece-
» sidad de nutrimento , el macho y la hem-
» bra solo traen , hasta tanto que ellos pueden
» volar y proveer á su subsistencia ».

» Y es en esto , segun mi dictámen , en lo
» que consiste la principal , si no es la sola
» razon , porque el varon y la hembra en el
» género humano se ven obligados á una so-
» ciedad mas larga que la que mantienen las
» otras criaturas. Esta razon es que la muger
» es capaz de concebir , y es ordinariamente
» de nuevo en cinta y da á luz un nuevo hijo ,
» mucho tiempo antes que el anterior se halle
» en estado de poder pasar sin el auxilio de
» sus padres , y por sí mismo proveer á sus ne-
» cesidades. Así pues , un padre estando obli-
» gado de cuidar de aquellos que ha engendrado ,
» y de continuar este cuidado durante mucho
» tiempo , se halla tambien en la obligacion de
» continuar viviendo en la sociedad conyugal
» con la misma muger de quien los ha tenido ,
» y de permanecer en esta sociedad mucho mas
» tiempo que las otras criaturas , de las cuales
» los hijuelos pueden subsistir por ellos mis-
» mos , antes que llegue el tiempo de una
» nueva procreacion : el vínculo que une al
» macho y la hembra se rompe en este caso por
» sí mismo , y el uno y el otro se encuentran
» en una plena libertad , hasta tanto que la es-
» tacion que acostumbra á estimular los ani-
» males á unirse , los obliga á escogerse nuevas
» compañeras. Y en esto no se sabrá admirar

» bastante la sabiduría del Criador, que ha-
» biendo dado al hombre las cualidades propias
» para precaver lo futuro del mismo modo que
» lo presente, ha querido y ha hecho de ma-
» nera que la sociedad del hombre durase
» mucho mas tiempo que la del macho y la
» hembra entre las demas criaturas, afin de
» que la industria del hombre y de la mu-
» ger fuese mas escitada, y sus intereses
» mas bien unidos, con la mira de hacer
» provisiones para los hijos y dejarles bienes,
» no pudiendo ser nada tan perjudicial á los
» hijos como una conjuncion incierta y vaga,
» ó una disolucion fácil y frecuente de la so-
» siedad conyugal ».

El mismo amor de la verdad que me ha hecho esponer sinceramente esta objecion, me impele á acompañarla de algunas observaciones, sino para poder resolverla, á lo menos para aclararla.

1º. Yo observaré por consecuencia que las pruebas morales no tienen una gran fuerza en materia de física, y que sirven mas bien á dar razon de los hechos existentes que á probar la existencia real de estos mismos hechos. Luego, tal es el género de prueba que Locke emplea en el pasage que acabo de manifestar; porque aunque pueda ser ventajoso á la especie humana que la union del hombre y de la muger sea permanente, de aquí no se sigue ni puede seguirse que haya sido así establecido por la naturaleza; de otra suerte seria forzoso decir que ella ha instituido igualmente en la sociedad civil, las artes, el comercio y todo cuanto pretenden que es útil á los hombres.

2°. Yo ignoro en donde Locke ha hallado que entre los animales carnívoros la sociedad del macho y de la hembra dura mas tiempo que entre aquellos que viven de yerbas, y que el uno ayuda al otro á alimentar los hijuelos; pues todos ven que el perro, el gato, el oso, y el lobo no reconocen sus hembras de un modo mejor ni mas demostrativo que el caballo, el carnero, el toro, el ciervo, y todos los demas animales cuadrúpedos. Al contrario parece que si los auxilios del macho fueran necesarios á la hembra para conservar sus hijuelos, esto seria sobre todo entre las especies que no viven sino de yerbas, puesto que es indispensable á la madre muchísimo tiempo para pacer; que durante este intervalo se ve obligada á descuidar su camada, en lugar de que la presa de una osa ó de una loba es devorada en un instante, y ella tiene, sin sufrir el hambre, mucho mas tiempo para dar de mamar á sus cachorrillos. Este razonamiento está confirmado por una observacion sobre el número relativo de tetas y de hijuelos que distingue las especies carnívoras de las frugívoras, y de lo que he hablado en la nota (*g*). Si esta observacion es justa y general, la muger no teniendo mas que dos pechos, y no dando a luz casi mas que un niño á la vez, ve aquí otra razon poderosa, para dudar que la especie humana sea naturalmente carnívora, de manera que parece que, para sacar la conclusion de Locke, seria necesario volver enteramente al reves todo su raciocinio. No se halla mayor solidez en la misma especie

de distincion aplicada á las aves. Porque ¡ quien podrá persuadirse que la union del macho y de la hembra es mas durable entre los buytres y los cuervos que entre las tórtolas? Tenemos dos clases de aves domésticas; la ánade y el palomo, las que nos dan ejemplos directamente contrarios al sistema de este autor. El palomo que no vive sino de grano, permanece unido á su hembra, y alimentan sus pichonzuelos entre los dos. El ánade, cuya voracidad es conocida, no reconoce ni á su hembra, ni á sus polluelos, y no ayuda en nada á su subsistencia; y entre las gallinas, especie que no es mucho menos carnívora, no se ve que el gallo se tome ningun trabajo por la nidada. Que si en las otras especies el macho parte con la hembra el cuidado de alimentar los hijuelos, es con motivo de que las aves que no vuelan al instante, y á quienes la madre no puede dar de mamar, se encuentran mucho menos en estado de privarse de la asistencia del padre que los cuadrúpedos, para los cuales es suficiente la teta de la madre á lo menos durante algun tiempo.

3º. Hay bastante incertidumbre sobre el hecho principal que sirve de basa á todo el razonamiento de Locke; porque para saber si, como él pretende, en el puro estado natural, la muger es de ordinario en cinta de nuevo y da á luz otro hijo, mucho tiempo antes que el anterior pueda por sí mismo proveer á sus necesidades, serian indispensables unas esperiencias que seguramente Locke no habia hecho, y que nadie se halla al alcance de hacer. La cohabitacion continua del marido y de la muger es

una ocasion muy próxima de esponerse á un nuevo preñado; siendo bien difícil de creer que el encuentro fortuito, ó la sola impulsion del temperamento produzcan efectos tan frecuentes en el puro estado natural como en el de la sociedad conyugal; lentitud que contribuiria puede ser á que los niños fuesen mas robustos, y que ademas podria ser compensada por la facultad de concebir, prolongada en aquellas mugeres que hubiesen abusado menos de ella en su juventud, hasta una edad mucho mas avanzada. Con respecto á los niños, hay bastantes razones para creer que sus fuerzas y sus órganos se desenvuelven mas tarde entre nosotros que en el estado primitivo de que hablo. La debilidad original que sacan de la constitucion de los padres, los cuidados que se toman de cubrirles y oprimirles todos sus mienbros; la molicie en la cual son criados, tal vez el uso de otra leche que la de la madre; todo contribuye y retarda en ellos los primeros progresos de la naturaleza. La aplicacion que les obligan á tener acerca de mil cosas sobre las cuales fijan continuamente su atencion, mientras que no dan ningun ejercicio á sus fuerzas corporales, todo esto puede dar una diversion considerable á su acrecentamiento; de suerte que si, en lugar de sobrecargar y fatigar con esto los espíritus de mil maneras, dejasen ejercer sus cuerpos en los movimientos continuos que la naturaleza parece pedirles, es de creer que ellos se hallarian mucho mas pronto en estado de andar, de obrar y de proveer ellos mismos á sus necesidades.

4°.

4º. Enfin Locke prueba que puede haber en el hombre un motivo para permanecer unido á la muger luego que ella tiene un hijo; mas no que ha debido adherirse á ella antes del parto y durante los nueve meses del preñado. Si tal muger es indiferente al hombre durante los nueve meses; si aun le viene á ser desconocida, ¿ por que razon la socorrerá ó auxiliará despues del parto? ¿ Porque le ayudará á criar un niño que ignora si le pertenece, y del cual no ha resuelto ni previsto el nacimiento? Locke supone como evidente lo que está en cuestion; pues no se trata de saber por que causa el hombre permanecerá junto á la muger despues del parto, sino porque se adherirá á ella depues de la concepcion. Satisfecho el apetito el hombre, no tiene ya necesidad de tal muger, ni la muger de tal hombre: él no tiene el menor recelo, ni la menor idea de las consecuencias de su accion: el uno se va por un lado, el otro por otro, y no hay apariencia de que al cabo de nueve meses tengan memoria de haberse conocido; porque esta especie de memoria por la cual un individuo da la preferencia á otro para el acto de la generacion, exige, como lo pruebo en el testo, mas progresos ó corrupcion en el entendimiento humano, que puede suponérsele en el estado de *animalidad*, del cual se trata aquí. Otra muger puede sin contradiccion contentar los nuevos deseos del hombre con tanta comodidad como aquella que ha conocido ya, y otro hombre

contentar de la misma manera á la muger, bajo la suposicion que ella se halle estimulada y acometida del mismo apetito durante el preñado, de lo que se puede razonablemente dudar. Mas si en el estado natural la muger no vuelve á sentir mas la pasion del amor despues de la concepcion del feto, el ostáculo á su sociedad con el hombre viene por esto á ser mucho mayor, pues en tal caso no tiene necesidad ni del hombre que la ha fecundado, ni de otro. No hay pues en el hombre ninguna razon para buscar de nuevo ó solicitar la misma muger, ni en la muger ningun motivo para pretender al mismo hombre. El razonamiento de Locke cae desbaratado, y toda la dialéctica de este filósofo no le ha libertado y puesto á cubierto de los yerros en que Hobbes y otros han incurrido. Ellos tenian que esplicar un hecho del estado natural, es decir, de un estado en el cual los hombres vivian aislados, y en donde tal hombre no tenia ningun motivo para permanecer al lado de tal hombre, ni los hombres morar al lado los unos de los otros, lo que es aun peor; y así no han pensado en transferirse mas allá de los siglos de sociedad, es decir, de esos tiempos en que los hombres tienen siempre una razon para vivir cerca los unos de los otros, y en el que tal hombre tiene muchas veces un motivo para vivir al lado de tal hombre ó de tal muger.

(*m*) *Página* 37. Yo me guardaré bien de engolfarme en las reflexiones filosóficas que

habria que hacer sobre las ventajas y los inconvenientes de esta institucion de las lenguas; no soyo á quien está permitido atacar los errores vulgares; y el pueblo letrado respeta demasiado sus preocupaciones para sufrir y soportar con paciencia mis pretendidas paradojas. Dejemos pues hablar á las gentes à quienes no se ha hecho ningun cargo por haber osado tomar algunas veces el partido de la razon contra la opinion y dictámen de la multitud. *Nec quidquam felicitati humani generis decederet, si, pulsâ tot linguarum peste et confusione, unam artem callerent mortales, et signis, motibus, gestibusque licitum foret quidvis explicare. Nunc vero ita comparatum est, ut animalium quæ vulgò bruta creduntur, melior longè quàm nostra hâc in parte videatur conditio, ut pote quæ promptiùs et forsan feliciùs, sensus et cogitationes suas sine interprete significent, quàm ulli queant mortales, præsertim si peregrino utantur sermone.* Is. Vossius de poemat. cant. et viribus rythmi, pág. 66.

(*n*) *Página* 46. Platon manifestando cuan necessarias son las ideas de la cantitad discreta y de sus relaciones para la menor de las artes, se burla con razon de los autores de su tiempo, que pretendian que Palamedes habia inventado los números en el sitio de Troya; como si Agamemnon, dice este filósofo, hubiese podido ignorar hasta entonces cuantas piernas tenia. En efecto, se conoce á primera vista la imposibilidad de que la sociedad y las artes hubiesen llegado al grado en que se hallaban en el tiempo de Troya, sin que los hombres conociesen y empleasen los números y el cálculo: pero la

necesidad de conocer los números antes de adquirir otros conocimientos, no hace por eso la invencion mas fácil de imaginar; los nombres de los números una vez conocidos, no es difícil esplicar el sentido, y crear y escitar las ideas que estos números representan; mas para inventarlos fue forzoso, antes de poder concebir estas mismas ideas, haberse familiarizado con las meditaciones filosóficas, haberse ejercitado en considerar á los seres por su sola esencia; é independientes de toda otra percepcion, abstraccion penosísima, muy metafísica, muy poco natural, y sin la cual no ostante estas ideas no hubieran jamas podido transmitirse de una especie ó de un género á otro, ni los números venir á ser universales. Un salvage podrá muy bien considerar separadamente su pierna derecha y su pierna izquierda, ó mirarlas juntas bajo la idea indivisible de un par, sin pensar nunca que tenía dos piernas, porque una cosa es la idea representativa que nos pinta un objeto, y otra cosa es la idea numérica que la determina. Menos aun podria calcular hasta cinco; y aun cuando poniendo sus manos la una sobre la otra, pudiese advertir que los dedos se correspondian exactamente, estaba muy lejos de pensar en su igualdad numérica; él no sabia mejor la cuenta de sus dedos que la de sus cabellos: y si despues de haberle hecho conocer y comprender que cosa era número, alguno le hubiese dicho que tenia tantos dedos en los pies como en las manos, se hubiera talvez sorprendido estraordinariamente contándolos al hallar que era verdad

(*o*) *Pagina* 52. No es necesario confundir el amor propio y el amor de si mismo, dos pasiones muy diferentes por su naturaleza y por sus efectos. El amor de sí mismo es un sentimiento natural que conduce á todo animal á velar sobre su propia conservacion, y que produce, (dirigido en el hombre por la razon y modificado por la piedad) la humanidad y la virtud.

El amor propio no es sino un sentimiento relativo, facticio y nacido en la sociedad, que conduce á cada individuo á hacer mucho mas caso de sí que de cualquier otro; que inspira á los hombres todos los males que se hacen mutuamente; y que es el verdadero manantial del honor.

Todo esto bien entendido, digo que, en nuestro estado primitivo, en el verdadero estado natural, el amor propio no existe; porque cada hombre particular se mira él mismo como el solo espectador que lo observa, como el único ser en el universo que toma interes por él, como el solo juez de su propio mérito, y así no es posible que un sentimiento que tiene su origen en la comparacion que no se halla en estado de hacer, pueda brotar ni hechar raices en su alma: por la misma razon este hombre no podrá tener ni odio ni deseo de venganza, pasiones que no pueden nacer sino de la opinion de alguna ofensa recibida; y como es el desprecio ó la intencion de hacer daño, y no el mal, quien constituye la ofensa, los hombres que no saben ni apreciarse ni compararse, pueden hacerse muchas violencias naturales, cuando ellas les producen

algunas ventajas, sin ofenderse nunca reciprocamente. En una palabra, cada hombre no viendo casi de otra suerte á sus semejantes que como veria á los animales de otra especie, puede quitar la presa al mas débil ó ceder la suya al mas fuerte, sin considerar estas rapiñas sino como acaecimientos naturales, sin el menor movimiento de insolencia ó de ira, y sin otra pasion mas que el dolor ó el gozo de un buen ó mal suceso.

(*p*) *Pagina* 89. Es una cosa estremamente rara, que depues de tantos años que los Europeos se atormentan para obligar á los salvages de diversas regiones del mundo à vivir como ellos, no hayan podido aun atraer à uno solo, ni aun con el auxilio del cristianismo, pues que nuestros misioneros hacen de ellos algunas veces cristianos, pero jamas hombres civilizados. Nada puede hacerles sobrepujar la invencible repugnancia que tienen para adoptar nuestras costumbres y vivir á nuestro modo. Si estos pobres salvages son tan desgraciados como se pretende ¿porque inconcebible depravacion de juicio rehusan constantemente civilizarse á nuestra imitacion, o aprender á vivir felices entre nosotros; mientras se lee en mil partes que muchos franceses y otros europeos se han refugiado voluntariamente entre estas naciones, y han pasado allí su vida, sin poder despues dejar una manera de vivir tan estraña, y que se ven aun muchos misioneros sensatos llorar de sentimiento al recordar los dias tranquilos é innocentes que habian pasado entre esos pueblos tan despreciados? Si se responde que ellos no tienen bastantes luces

para juzgar sanamente de su estado y del nuestro, yo replicaré que la estimacion de la felicidad es mucho menos un asunto de la razon que del sentimiento. Ademas, esta respuesta puede redargüirse contra nosotros con mucha mas fuerza; porque hay mucha mas distancia de nuestras ideas hasta la disposicion de espíritu en que se necesitaría estar para poder concebir el gusto que hallan los salvages en su modo de vivir, que de las ideas de los salvages hasta que se pueda hacerles concebir el nuestro. En efecto, despues de algunas observaciones, les es muy fácil conocer que todos nuestros trabajos se dirigen sobre dos objetos solos; á saber las comodidades de la vida, y la consideracion entre los otros ¿ Mas cual será el medio por donde nosotros podamos imaginar la especie de placer que esperimenta un salvage pasando su vida solo en medio de los bosques, ó en la pesca, y en soplar en una mala flauta, sin poder nunca sacar un solo tono, y sin cuidarse ni dársele nada de no aprenderlo?

Han traido muchas veces salvages á Paris, à Londres, y á otras ciudades; se han apresurado en hacerles ver ostentosamente nuestro lujo, nuestras riquezas y nuestras artes las mas útiles y las mas curiosas; todo esto no ha escitado jamas en ellos sino una admiracion estúpida, sin el menor movimiento de deseo ó codicia. Me acuerdo entre otras de la historia de un gefe de algunos Americanos setentrionales que trajeron á la Corte de Inglaterra, hace unos treinta años. Le hicieron ver mil cosas afin de poder hacerle un regalo que le

agradase, sin que encontrasen nada de que pareciese tener el menor deseo. Nuestras armas le parecian pesadas é incómodas. nuestros zapatos le herian los pies, nuestros vestidos le quitaban la libertad, y así todo lo despreciaba; al fin repararon que habiendo tomado una colcha de lana, parecia tener placer en cubrir con ella sus espaldas; no negaréis, á lo menos, le digeron al punto, la utilidad de ese mueble. Si, respondió el, esto me parece casi tan bueno como la piel de una bestia. Ni eso hubiera dicho, si hubiese llevado le uno y lo otro en tiempo de lluvia.

Puede ser me diran que es este hábito el que, aficionando á cada uno á su modo de vivir, impide á los salvages conocer lo que hay de bueno en el nuestro: y bajo este concepto debe parecer á lo menos muy estraordinario que el hábito tenga mas vigor para hacer permanecer á los salvages en el gusto de su miseria que á los europeos en el goce de su felicidad. Mas para dar á esta última objecion una respueta á la cual no haya ni una sola palabra que replicar, sin alegar todos los jóvenes salvages que se han esforzado en vano de civilizar; sin hablar de los Groenlandeses y de los habitantes de la Islandia, que han intentado educar y alimentar en Dinamarca, y que la tristeza y la desesperacion han hecho perecer á todos, unos de tedio, otros en el mar, adonde habian tentado á nado poder escaparse y llegar á su pais, yo me contentaré con citar un solo ejemplo bien probado, y que doy para que lo examinen los admiradores de la civilizacion europea.

» Todos los esfuerzos de los misioneros ho-
» landeses del Cabo de Buena-Esperanza no han
» sido jamas suficieutes para cenvertir á un solo
» Hotentote. Vander-Stel, gobernador del Cabo,
» habiendo tomado uno en la infancia, lo hizo
» educar en los principios de la religion cris-
» tiana, y en la práctica de los usos de la Europa.
» Le vistieron ricamente; le enseñaron muchas
» lenguas, y sus progresos correspondieron
» completamente con los cuidados que toma-
» ron en su educacion. El gobernador, espe-
» rando mucho del entendimiendo del jóven
» hotentote, le envió á las Indias con un Co-
» misario general, quien le empleó útilmente
» en los negocios de la compañia. Despues de
» la muerte del Comisario volvió al Cabo. Po-
» cos dias despues de su vuelta, en una visita
» que hizo á algunos Hotentotes de sus pa-
» rientes, tomó el partido de despojarse de
» sus galas europeas para revestirse de una piel
» de oveja. Volvio al fuerte con este nuevo
» trage, cargado de un paquete que con-
» tenia sus antiguos vestidos, y presentando-
» los al Gobernador, le dijo estas palabras:
» *Tenga la bondad, senor, de hacer atencion*
» *à que renuncio para siempré à estos atavios,*
» *y que renuncio igualmente, para toda mi vida*
» *a la religion cristiana; mi resolucion es de*
» *vivir y morir en la religion, en las costumbres*
» *y en los usos de mis antepasados. La única*
» *gracia que le pido es de dejarme el collar y el*
» *alfange que llevo: yo lo conservaré por su amor.*
» Al momento, sin esperar la respuesta de Vander-
» Stel, se desapareció huyendo, y nunca mas

» lo volvieron á ver en el Cabo. Hist. de los » viages tomo 5, pagina 105.

(*q*) *Pagina* 101. Podrán objetarme que los hombres, en semejante desórden, en lugar de degollarse entre ellos ostinadamente, se habrian dispersado, si no hubiese tenido límites su dispersion. Mas primeramente, aun cuando estos límites hubieran sido los del mundo; si se piensa á la escesiva poblacion que resulta del estado natural; se juzgará que la tierra en este estado no hubiera tardado en verse cubierta de hombres, obligados por esta causa á permanecer reunidos. Ademas ellos se hubieran dispersado si el mal hubiera sido rápido, y hubiese sido una mudanza hecha de un dia para otro; mas como nacian bajo el yugo, tenian la costumbre de soportarlo aunque sintiesen bien el peso, y se contentaban con esperar la occasion de sacudirle. Enfin, habituados ya á mil comodidades que les forzaban á vivir unidos, la dispersion no era ya tan fácil como en los primeros tiempos en los cuales no teniendo ninguno necesidad sino de sí mismo, cada cual tomaba su determinacion sin esperar el consentimiento de otro.

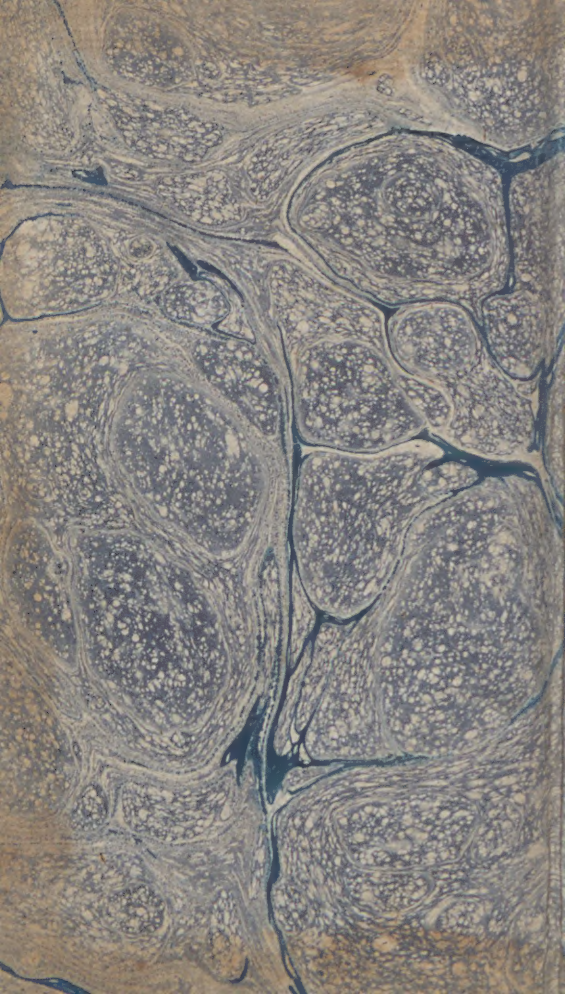
(*r*) *Pagina* 105. El Mariscal de V*** contaba que, en una de sus campañas, las escesivas picardias de un proveedor de víveres habiendo hecho sufrir y murmurar al ejercito, le reprendió agriamente y le amenazó de que le haria ahorcar. Esa amenaza no tiene conexion conmigo, le respondió osadamente el bribon, y tengo mucho gusto en poder decirle que no se ahorca nunca á un hombre que dispone de

senta mil duros. No se como sé hizo la cosa; añadia con sencillez y gracia el Mariscal, pero en efecto él no fué ahorcado, á pesar de que mereció serlo mas de cien veces.

(*s*) *Pagina* 129. La justicia distributiva se opondria ella misma á esta igualdad rigurosa del estado natural, aun cuando pudiese ser practicable en la sociedad civil, y como que todos los miembros del estado le deben servicios proporcionados á sus talentos y á sus fuerzas, los ciudadanos á su turno deben ser distinguidos y favorecidos á proporcion de sus servicios. En este sentido es necesario entender un pasage de Isócrates, en el cual ensalza á los primeros Atenienses por haber sabido distinguir perfectamente cual de las dos clases de igualdades era la mas ventajosa, de las que la una consiste en hacer participes de las mismas ventajas á todos los ciudadanos indiferentemente, la otra en distribuirlas segun el *mérito* de cada uno. Aquellos habiles políticos, añade el orador, desterrando esta injusta igualdad que no hace ninguna diferencia entre los malvados y las gentes de bien, se adhirieron inviolablemente á aquella que recompensa y castiga á cada uno segun su mérito. Pero primeramente no ha existido nunca una sociedad, á cualquier grado de corrupcion que haya podido llegar, en la que no se hiciese ninguna diferencia de los perversos y de las gentes honradas; y en materias de costumbres, en donde la ley no puede fijar una medida bastante exacta para que pueda servir de regla al magistrado, ha sido sabio que, para no dejar la suerte ó la clase de los

ciudadanos á su discretion, ella le prohibiese el derecho de juzgar las personas, para no dejarle sino el de juzgar las acciones. Solo las costumbres tan puras como eran las de los antiguos Romanos pueden soportar las censuras; y tales tribunales hubieran muy pronto trastornado y echado todo por tierra entre nosotros: solo á la estimacion pública pertenece hacer la diferencia de los malvados y de las gentes de bien; el magistrado no es juez sino de derecho riguroso, pero el pueblo es el verdadero juez de las costumbres; juez íntegro y muy ilustrado sobre este punto, á quien engañan alguna vez, péro que no corrompen nunca. Las clases de los ciudadanos deben pues estar arregladas, no sobre el mérito personal (lo que seria dejar al magistrado medios de hacer una aplicacion casi arbitraria de la ley) sino sobre los servicios reales que se hacen al estado, y que son susceptibles de una estimacion mas exacta.

FIN.




ROUSSEAU
DISCURSO